



# UN ASUNTO DE FAMILIA

Hirokazu Kore-eda

Traducción de Rumi Sato

 NOCTURNA  
EDICIONES

# **UN ASUNTO DE FAMILIA**

**HIROKAZU KORE-EDA**

Hirokazu Kore-eda

# UN ASUNTO DE FAMILIA

Traducción del japonés

Rumi Sato

 NOCTURNA  
EDICIONES

MANBIKI KAZOKU

© 2018 Hirokazu Kore-eda

Los derechos de la traducción al español se han gestionado con Takarajimasha, Inc. a través de Japan UNI Agency, Inc., Tokyo y Julio F. Yáñez Agencia Literaria S.L.

© de la traducción: Rumi Sato, 2019

© de las guardas: my may day, Peratek/Shutterstock

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.  
c/ Corazón de María, 39, 8.ºC, esc. dcha. 28002 Madrid  
[info@nocturnaediciones.com](mailto:info@nocturnaediciones.com)  
[www.nocturnaediciones.com](http://www.nocturnaediciones.com)

Primera edición en Nocturna: junio de 2019

Edición digital: Elena Sanz Matilla

ISBN: 978-84-17834-24-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

# CAPÍTULO 1

## CROQUETAS

Fue el verano del año anterior cuando Shota vio por primera vez a una niña en la entrada de un viejo barrio de bloques de cinco pisos. Los buzones de correos plateados formaban una fila, y debajo de ellos se encontraban estacionadas unas bicicletas infantiles e incluso había unas cajas de cartón que nadie se había molestado en llevar al cuarto de la basura. Allí estaba la niña, sentada en el suelo como si la hubieran castigado mientras observaba distraída a los transeúntes.

Ese barrio de apartamentos se ubicaba justo a mitad de camino entre la casa de Shota y el supermercado Shinsengumi que él y su padre frecuentaban una vez a la semana. La fachada de los edificios, que debió de ser blanca en el pasado, ahora se veía agrietada. Y los parches de pintura blanca recién aplicados para ocultar esas grietas hacían destacar aún más el estado actual de la pared, de un color gris sucio por el paso de tiempo.

«Qué trabajo más chapucero. Parece el de un aficionado», comentaba asombrado Osamu a su hijo Shota dándole un codazo. Se lo decía cada vez que pasaba por delante de esos bloques.

Osamu había sido pintor de brocha gorda en otra época. Cada vez que Shota le preguntaba a su padre: «¿Por qué lo dejaste?», Osamu respondía entre risas: «Ya sabes que tengo miedo a las alturas».

Su padre llamaba a ese barrio de apartamentos *viviendas públicas* y su madre Nobuyo lo llamaba *viviendas municipales*. Shota no sabía cuál de los dos términos era más correcto ni cuáles eran las diferencias entre ambos. Sin embargo, captaba que cuando Nobuyo decía: «El alquiler está tiraaado de precio», solía contener un tonillo de burla que podría interpretarse como envidia o desprecio.

Shota y su padre iban al supermercado todos los miércoles, aunque no para hacer la compra, sino con el objetivo de cumplir una misión importante para sostener la economía familiar de los Shibata. Los miércoles eran los días de venta especial del supermercado, por lo que acudían muchos compradores. «¡CADA PUNTO VALE POR 3! ¡APROVECHEN HOY!»», anunciaban los tentadores carteles fijados por todas partes dentro del establecimiento, pero Shota tampoco entendía bien qué tenía de especial esa oferta. Todos los miércoles padre e hijo entraban en el supermercado a las cinco, la hora punta en que estaba atestado de clientes que iban a abastecerse para la cena.

Ese día, el pronóstico del tiempo había estado alertando a la población desde por la mañana, anunciando que se había batido el récord de temperaturas más bajas en febrero y que al atardecer comenzaría a nevar.

En los quince minutos a pie que había desde la casa hasta el supermercado, a Shota se le habían quedado ateridas las yemas de los dedos y había perdido la sensibilidad, por lo que se arrepentía de no haberse puesto los guantes. Imposible trabajar en esas condiciones.

Shota se detuvo nada más entrar en el supermercado y movió de prisa los cinco dedos dentro del bolsillo para recuperar el tacto mientras recorría con la mirada el interior del local.

Unos pasos más atrás, Osamu también se internó en el supermercado y se puso en silencio al lado de Shota. No cruzaron las miradas, porque esa era una regla tácita entre ellos desde que habían comenzado con este trabajo.

Osamu cogió una de las mandarinas de degustación colocadas junto a la entrada y musitó: «Toma», y le dio la mitad a Shota sin mirarlo a la cara.

Notaba la mandarina fría en su palma. Para no perder el poco calor que había empezado a sentir en las manos, Shota engulló la mandarina de un bocado. La acidez se le extendió por la boca. Como era de esperar tratándose de una fruta gratis, no estaba muy dulce.

Tras mirarse el uno al otro espontáneamente, se pusieron a caminar juntos hacia el fondo del comercio. Osamu metió sin dudar en la cesta azul que colgaba de su mano un paquete de uvas, de las amarillentas que parecían caras. Por lo general, Osamu sólo tomaba uvas de granos pequeños de color púrpura rojizo porque le resultaba incómodo comer las que tenían pepitas. Shota sabía que en realidad lo hacía porque eran las más baratas, pero no se lo decía.

Sin embargo, ese día no tenían que preocuparse por el precio. Osamu añadió con indiferencia otro paquete de uvas caras en la cesta. Si avanzaban directamente hacia el fondo, llegarían a la sección de alimentos frescos. Si giraban a la izquierda, estarían en el departamento de los fideos instantáneos y los *snacks*. En ese punto, ambos chocaron sus puños ligeramente, como de costumbre, y se fueron cada uno por su lado. Shota giró despacio hacia la izquierda, luego se detuvo frente a uno de los expositores de golosinas que tenía marcado como objetivo y depositó la mochila a sus pies. El llavero de un avión que colgaba de la mochila osciló.

Shota vio en el espejo que tenía ante sí la imagen de un dependiente. Era un joven empleado a tiempo parcial que se había incorporado el mes anterior. Ese chico no era preocupante. Cuando comprobó su posición y miró a su izquierda, Osamu regresó con su hijo justo después de haber dado una vuelta por la tienda. Los dos utilizaban un sistema de señales manuales para comunicarse. Osamu levantó tres dedos e indicó a Shota dónde se encontraba cada uno de los dependientes en ese preciso momento. Shota asintió levemente, puso las manos una encima de otra a la altura del pecho, giró unas cuantas veces los índices y se besó el puño izquierdo.

Shota era zurdo. Invariablemente hacía ese gesto ritual que había aprendido de Osamu antes de empezar su *trabajo*. Sin apartar la vista del dependiente reflejado en el espejo, Shota extendió con prudencia la mano izquierda, que acababa de bendecirse con su gesto ritual, hacia un paquete de chocolatinas.

Recogió las chocolatinas sin hacer ruido ni bajar la mirada y las dejó caer dentro de la mochila, a la que previamente había abierto la cremallera. Ese sutil crujido quedó ahogado por la música de fondo y el bullicio del supermercado, por lo que ni los dependientes ni ninguno de los numerosos compradores se percató de la sospechosa maniobra.

Shota había podido iniciar la operación con buen pie. Se cargó la mochila de nuevo a la espalda y cambió de sitio. Los principales objetivos de ese día eran los vasos de fideos instantáneos. Se detuvo delante de un expositor en el que estaban expuestos en fila sus favoritos: fideos con cerdo y *kimchi*<sup>[1]</sup> extrapicante, y volvió a dejar la mochila en el suelo. Sin embargo,

un dependiente no se movía de delante de un expositor al otro lado del estrecho pasillo perpendicular. Se trataba de un veterano de mediana edad, que para Shota era un hueso duro de roer.

Osamu solía decirle: «Cuando tú solo puedas vencer a aquel tipo, te habrás convertido en todo un profesional», y el muchacho aceptó el desafío que suponía ese veterano como el punto culminante del *trabajo* del día.

Sin embargo, el hombre no se descuidaba ni un momento. Shota quería evitar permanecer más tiempo allí sin llevar una cesta de la compra. Llamaba demasiado la atención. Cuando empezó a plantearse renunciar a ese reto e ir a la otra sección, Osamu apareció con la cesta llena de artículos y se situó entre el empleado veterano y él, bloqueando así la visibilidad del cancerbero. Osamu se puso a buscar una botellita de tabasco.

Para Shota resultaba humillante que aún necesitara ayuda, pero eso le permitía *trabajar* con tranquilidad. Deslizó rápidamente en su mochila los vasos de gruesos fideos *udon* con *curry*, y los de fideos con cerdo y *kimchi*, los favoritos de Osamu y de él, respectivamente, y se dirigió a la salida. Cuando Osamu se hubo asegurado de que Shota había quedado a salvo fuera de la tienda, dejó la cesta de la compra allí mismo, junto a las estanterías de fideos, y tras coger otras mandarinas de cortesía con ambas manos, igual que cuando había entrado, abandonó el supermercado.

En el pasillo donde habían estado sólo quedó una cesta de la compra llena de ingredientes *gourmet*, como la ternera de Matsuzaka para *sukiyaki*[2] y un envase de *sashimi* de ventresca de atún, alimentos que estaban ausentes en la dieta diaria de padre e hijo.

En ese delito tipificado como *hurto* consistía el *trabajo* de estos dos hombres.

Cada vez que su *trabajo* terminaba con éxito, regresaban a casa atravesando una vieja zona comercial que se extendía frente a la estación del tranvía. Y aprovechaban para comprar unas croquetas en una carnicería llamada Fujiya.

—Por favor, póngame cinco croquetas[3]. —Shota, que había llegado poco antes que Osamu, le pidió a una dependiente de mediana edad el número exacto para que a la familia le tocara una por cabeza.

—Son cuatrocientos cincuenta yenes —respondió ella con su habitual sonrisa, y extendió las pinzas hacia las croquetas que Shota entreveía tras el cristal del mostrador empañado de vaho.

Shota acercó el rostro al cristal para comprobar qué croquetas escogía la dependiente. Aunque él llevara una prenda de segunda mano y el pantalón le quedara demasiado holgado porque no era de su talla, parecía un muchacho muy inteligente a simple vista, y sus ojos de grandes pupilas brillaban expectantes ante las croquetas. Nadie se habría imaginado que este chico hubiera estado haciendo aquel *trabajo* un rato antes.

Osamu, que estaba de buen humor por haber terminado la tarea del día, posó sobre la vitrina un *sake* caliente envasado en un frasco de vidrio, que acababa de comprar en una máquina expendedora, y sacó el monedero del bolsillo. Entre la cazadora roja desgastada, el pantalón de trabajo gris que llevaba y su pelo algo ralo, aparentaba más años de los cuarenta y pico que tenía.

—¿Cuánto es? —preguntó Osamu.

—Son cuatrocientos cincuenta yenes —repitió la dependiente.

Osamu fue colocando sobre la vitrina las monedas hasta reunir los cuatrocientos cincuenta

yenes y, mientras tanto, hablaba con Shota:

—Rompevidrios..., que tiene una forma así. —Hizo un gesto representando la forma de un mazo—. Con eso un cristal se hace añicos de un solo golpe, ¿sabes?

Parecía haberle llamado la atención esa herramienta que había visto en una tienda por la que había pasado durante la hora de descanso del verdadero trabajo.

—¿Y cuánto cuesta? —preguntó Shota con interés.

—Unos dos mil yenes, me imagino.

—Qué caro, ¿no? —Shota se mostró disgustado al enterarse del precio.

Osamu lo miró y dijo, riéndose:

—Si lo compras, claro.

Por lo visto, en ningún momento había tenido intención de comprarlo.

—Aquí las tienes. —La dependienta, entrecerrando aún más sus pequeños ojos, depositó la bolsa de croquetas sobre el mostrador.

Shota la recogió y reanudó el camino junto a su padre. La mochila llena con el botín le pesaba en la espalda, aunque sus pasos eran ligeros.

—Lo vi en la tienda de bricolaje de Mikawajima... Pero la vigilancia allí es muy estrecha. — Osamu parecía estar elaborando planes.

—Podemos hacerlo entre los dos —le aseguró Shota, y sonrió.

Osamu se giró hacia Shota y ambos volvieron a chocar los puños.

Al atravesar la zona comercial, el tráfico disminuyó de forma abrupta. A pesar de que aún no eran las seis de la tarde, las calles con pocas farolas se sumían en un silencio similar al de medianoche. La gente se habría tomado en serio el pronóstico del tiempo de esa mañana y habría regresado a casa temprano, pensó Shota. De hecho, después de anochecer, el frío ya era glacial. Ellos iban echando vaho al respirar.

El aceite de las croquetas comenzó a calar la bolsa de papel marrón. Con cuidado de no tocar esa parte, Shota sostenía la bolsa como un tesoro. Cuando llegara a casa, herviría agua, la vertería en el vaso de fideos, colocaría una croqueta sobre la tapa para recalentarla y luego se la comería mojándola en la sopa. Así lo había aprendido de Osamu.

Pero últimamente Osamu no podía esperar los diez minutos que faltaban para llegar a casa, por lo que también ese día empezó a comerse su croqueta antes de llegar al barrio de apartamentos.

—Está claro..., las croquetas tienen que ser de Fujiya —observó satisfecho.

—¿Verdad que sí? —A Shota también le apetecía comerse su croqueta cuanto antes y tragó saliva.

—¿Por qué no te la comes ya? —propuso Osamu, y señaló la bolsa de papel.

—Paciencia, paciencia... —Shota abrazó la bolsa.

—¿Qué es eso? Jo, no es más que una simple croqueta, ahora sí que pareces reealmente un pobretón —le reprochó Osamu como si justificara su propia impaciencia.

—¡Ah...! —Shota se detuvo de golpe.

—¿Qué te pasa? —Osamu, que iba unos pasos por delante del muchacho, retrocedió.

—Se me ha olvidado coger un champú... —murmuró Shota al recordar que la hermana

pequeña de Nobuyo, Aki, se lo había pedido antes de salir de casa.

—Lo dejaremos para la próxima vez.

No tenían ganas de volver a por el champú con ese tiempo tan gélido. Reanudaron el camino apresuradamente, con los pasos repiqueteando bajo el cielo nocturno de invierno.

En ese instante se produjo un chasquido, como si una botella de vidrio se hubiera caído al suelo de hormigón y rodara. Procedía de la galería exterior de la planta baja de uno de los edificios del barrio de apartamentos. Osamu se detuvo y miró en esa dirección.

A través de las vallas metálicas, vio a una niña pequeña sentada en el suelo. Iba vestida con un sucio chándal rojo. Calzaba unas sandalias de adulta sin calcetines. Al verla se preguntó cuántas veces se había topado ya con la cría. Siempre que se la encontraba, ella permanecía con la mirada ausente clavada en la puerta.

Osamu se giró y le dijo a Shota, receloso:

—Allí está otra vez. —Se acercó a la valla, se asomó entre los barrotes y le preguntó a la niña—: ¿Qué te pasa?

Ella se dio cuenta de la presencia de Osamu y lo miró, pero no respondió.

—¿Y tu mamá?

Ella negó con la cabeza.

—¿No puedes entrar?

Al parecer, la habían echado de casa por algún motivo.

Shota tiró de la manga a Osamu y lo apremió:

—Venga... Vámonos ya. Las croquetas se van a enfriar.

—Pero... —Osamu retuvo a Shota de mala gana, volvió a mirar a la niña y extendió la mano en la que tenía la croqueta a medio comer—. ¿Quieres una?

La casa de Shota era una construcción de una sola planta rodeada por tres flancos de altos bloques de apartamentos. Al lado de un pequeño bar de copas llamado Hobby, situado en la callejuela trasera, había un viejo edificio de dos pisos. Entre las dos viviendas de una planta que en origen ocupaban la finca, el propietario de entonces había demolido una que daba a la callejuela trasera y había construido un centro de estudios. La otra casa que se mantenía tal cual, como si se escondiera entre los mazacotes de apartamentos, era donde residía la familia de Shota. Tiempo atrás, varios agentes inmobiliarios habían acudido ahí con la intención de convertirla en un edificio alto; no obstante, la dueña, Hatsue, que llevaba cincuenta años viviendo allí, jamás había aceptado el trato. Incluso después de que todas las viviendas circundantes se hubieran transformado en altos bloques de apartamentos durante la burbuja financiera e inmobiliaria[4], sólo quedaba en pie esa casa, como un ombligo entre los bloques, la única que no había sido desalojada ni reconstruida, hasta que al final cayó en el olvido de los especuladores.

Cada vez que se refería a ese tema, Osamu bromeaba: «Será porque se enterarían de que ella había matado al viejo y lo enterró debajo de la casa, digo yo».

Cuando Shota y Osamu regresaron a casa con la niña, la familia estaba preparando la cena. La esposa de Osamu, Nobuyo, se encontraba en la cocina hirviendo los fideos *udon*. La abuela Hatsue estaba en el cuarto de estar, recogiendo las cosas dispersas sobre el *kotatsu*, la mesa camilla baja con una estufa eléctrica incorporada. A pesar de que se había propuesto despejar la mesa, no hacía más que cambiar las cosas de encima del *kotatsu* unos futones arrinconados en la

sala. La hermana pequeña de Nobuyo, Aki, nacida de diferente madre, no estaba ayudando en nada. Después de haberse dado un baño, se quedó ante la mesa *kotatsu*, toqueteándose el flequillo que se había cortado demasiado. Sin que ella moviera un dedo, le sirvieron los *udon* en la olla.

Toda la familia cenó esos simples fideos gruesos, sin aderezarlos ni siquiera con puerro picado ni huevo cocido ni tofu frito. Para ellos, no era una comida hecha para disfrutar, sino que podían darse por satisfechos si con ella llenaban el estómago y aguantaban el frío. El ruido que producían todos al sorber los *udon* hacía eco en la sala. La niña desconocida estaba sentada en un rincón frente al televisor y comía en silencio la croqueta que Osamu le había dado.

Nobuyo, tal vez por pereza de fregar los platos, comía con palillos directamente de otra olla en la mesa de la cocina. Fue ella quien rompió el silencio mientras miraba la espalda de la niña:

—En cualquier caso, si *recoges* algo, ¿por qué no traes algo que huela a dinero?

—No tengo buen olfato, ya lo sabes —respondió Osamu a modo de disculpa, y miró a Shota para que lo apoyara.

El chico estaba sacando de la mochila el botín de ese día y lo iba colocando en orden en la cesta donde almacenaban los objetos robados. Esa cesta también era la que se habían agenciado en el supermercado Shinsengumi.

—Shota, ¿y mi champú? —preguntó Aki, echando un vistazo en su interior.

—Se me ha olvidado —respondió él con franqueza.

Aki no hizo más que fruncir el ceño y de inmediato siguió comiéndose sus *udon*. Parecía estar más disgustada por el flequillo que por no tener champú, por suerte para Shota.

Nobuyo preguntó a la niña:

—¿Cómo te llamas?

La niña musitó algo, pero su voz fue ahogada por el ruido de un tren que pasaba fuera en ese instante y nadie la entendió. Todos adelantaron medio cuerpo para escuchar su voz.

—Ha dicho Yuri. —Shota, que se encontraba más cerca de ella, transmitió el nombre de la pequeña a todos.

Él era quien tenía mejor oído de la familia. Volvió con la mochila vacía al cuarto de estar, la metió en el armario empotrado y consultó la hora en el despertador. Faltaban treinta segundos para que los fideos estuvieran listos.

—Yuri... —repitió Nobuyo.

Hatsue había extendido un periódico a sus pies y se estaba cortando las uñas.

—¿Cuántos años tienes? —Nobuyo hizo otra pregunta.

Yuri le enseñó cinco dedos.

—Así que vas a la guardería —murmuró Nobuyo como para sí misma.

—Pues está muy flaca para tener cinco años, ¿verdad? —dijo Hatsue a nadie en particular tras terminar de cortarse las uñas.

Hatsue mantenía largo su cabello, que se había vuelto casi gris, y lo llevaba atado en una coleta por debajo de la nuca. Para tratarse de una anciana que rondaba los ochenta años, se conservaba muy activa mental y físicamente. Aun así, solía ir sin la dentadura puesta, por lo que al reírse dejaba ver unas encías oscuras y se parecía a una bruja.

Ella no tenía ninguna necesidad de cortarse las uñas justo al lado de la familia cuando estaban cenando, pero se comportaba de manera impertinente por costumbre. O tal vez sería más correcto decir que era perversa y siempre hacía algo desagradable a propósito delante de los demás para

regodearse con su reacción.

—Llévala a su casa cuando haya cenado, ¿de acuerdo? —advirtió Nobuyo a Osamu, y comenzó a comer de nuevo hundiendo casi la cara en la olla.

—Hoy hace mucho frío... ¿Mañana...?

—Que te digo que no. Esta casa no es un centro de acogida, ¿te enteras? —le interrumpió rápidamente Nobuyo, deduciendo lo que él iba a proponer: «¿Mañana mejor?».

Osamu esbozó una sonrisa divertida; señaló con los palillos a Hatsue, que estaba delante de él, y bromeó:

—Es que aquí tienes al héroe Tiger Mask. —Se refería al protagonista de manga y anime, profesional de la lucha libre al que le caracterizaba una cabeza de tigre.

—No me apuntes con los palillos. —A lo mejor Hatsue se había enfadado, porque miró a Osamu directamente a los ojos.

Acto seguido, recogió con ambas manos el periódico donde llevaba las uñas cortadas, se puso en pie y se tambaleó deliberadamente hacia Osamu.

—¡Qué asco! —gritó él mientras la evitaba exageradamente hacia el lado opuesto.

Hatsue, con el periódico abierto, se dirigió a la entrada. Tiró las uñas con brusquedad al suelo de hormigón, en el que varios pares de zapatos se alineaban en desorden, y sacudió el periódico ruidosamente.

—¡Abuela, te tengo dicho que no las tires ahí! —chilló Nobuyo, pero ya era tarde.

—¡Aúpa! —exclamó Hatsue por el esfuerzo que le supuso darse la vuelta.

Cuando regresó al cuarto de estar, arrojó el periódico en un rincón y se sentó junto a Yuri.

—Un hombre hecho y derecho que vive de la pensión de una anciana vale bien poco.

Osamu, objeto de críticas de la anciana como si se tratara de su suegra a causa de lo poquísimo que ganaba, tenía que aguantarse maldiciéndola en voz inaudible: «Siempre con la misma cantinela, maldita vieja».

Hatsue llamaba *mozo* a Osamu y *moza* a Nobuyo. A Shota a veces lo llamaba *muchacho*, otras *chaval* o incluso *enano*. Sólo cuando la abuela lo llamaba *enano* él replicaba: «Que no soy un enano».

En estos momentos, Shota estaba escuchando tales intercambios de palabras entre los adultos desde dentro del armario empotrado del cuarto de estar, que usaba como habitación[5]. Al principio era donde guardaban los futones, pero, como sobre todo en invierno no los recogían y los dejaban fuera extendidos alrededor de la mesa baja *kotatsu*, él se acabó instalando ahí.

La casa de madera donde vivían se había construido poco después de la Segunda Guerra Mundial, hacía más de setenta años, de modo que tenía averías y desperfectos por todas partes. Y para empeorar las cosas, como acabó rodeada de edificios altos, el sol apenas entraba durante el día y tampoco tenía ventilación, así que hacía un calor sofocante en verano y en invierno un terrible frío calaba los huesos por la noche. Cuando andaban descalzos sobre el suelo de tatami, sentían más frío que si caminaran por la calle. Aki, que era friolera, se ponía dos pares de calcetines incluso para dormir.

En el único estante del armario empotrado estaba expuesto cuidadosamente el tesoro de Shota: unas canicas de Ramune[6], un alambre de hierro que había recogido en la calle y un trozo de madera; aunque todo eso tenía poco de tesoro y no eran más que porquerías a ojos de cualquier adulto. Asimismo, de la pared del armario colgaba un casco con un foco frontal incorporado que

Osamu había usado hacía tiempo cuando era pintor. Ahora Shota lo utilizaba cuando leía por la noche. Incluso cuando toda la familia se sentaba alrededor de la mesa para comer, era habitual que Shota se llevara el plato al interior del armario y comiera allí.

La croqueta ya se había enfriado del todo por haberse entretenido con el asunto de la niña en el camino de regreso. Shota vertió agua caliente en el vaso de fideos que había robado y colocó la croqueta sobre la tapa para recalentarla en lugar de usar el microondas. Con un «¡ping!» que imitaba el pitido del microondas al terminar de calentar, Shota retiró la tapa vigorosamente y sumergió la croqueta en la sopa. El aceite de la croqueta se extendió por la superficie del caldo. La partió en dos con las puntas de los palillos desechables, apartó un bocado del puré de patatas que asomaba por el empanado y lo mezcló con los fideos para comérselos juntos tan a gusto. Ese era el premio que se daba a sí mismo por haber concluido su *trabajo* con éxito.

—Con la carita tan mona que tienes... —Hatsue escrutó a Yuri y le retiró el flequillo que le caía por la frente.

El pelo de Yuri era castaño como si se lo hubiera teñido. Ese color claro en una niña japonesa le daba un aire inexpresivo.

—¿Qué te ha pasado aquí? —preguntó Hatsue al ver una marca como de quemadura en el brazo de la niña. Parecía reciente.

—Me caí —respondió Yuri con más firmeza que cuando había dicho su nombre.

Quizás hubiera adquirido la costumbre de responder así cada vez que se lo preguntaban.

Hatsue le levantó a Yuri la camiseta. Tenía muchos hematomas rojos y azules en el abdomen. Aki frunció el ceño. Shota, mientras tragaba un trozo de croqueta, se fijó en la niña. Hatsue palpó esos hematomas. Yuri se apartó.

—¿Te duelen?

Yuri negó con la cabeza. Todos los presentes entendieron de golpe la situación de la chiquilla.

—Está llena de moratones —murmuró Hatsue.

Al oír esas palabras, Osamu se volvió hacia Nobuyo urgiéndola con la mirada: «¿Qué hacemos?».

La niña estaba pálida o, más bien, ausente. Aquello era una manifestación del instinto de defensa con que apagar el interruptor emocional, para que no la hirieran más de lo necesario en las situaciones que vivía y por los castigos que recibía. Nobuyo lo supo todo con sólo observarla un momento.

Nobuyo se hallaba sentada a la mesa de la cocina, que se había convertido en un punto de almacenamiento de objetos, y desde esa posición más elevada contemplaba al resto de la familia comiendo *udon* en el cuarto de estar. Ella siempre comía sola ahí, de modo que ese día era como cualquier otro. Con todo, mientras miraba la pequeña espalda de la niña —o, mejor dicho, mientras evitaba mirarla—, se percató de que estaba tratando de ignorar la vieja herida que aún le escocía en el fondo de su propio corazón. Desvió la vista de Osamu, recogió la olla y se puso a fregar.

—Antes de que llamen a la policía, devuélvela a su casa, ¿vale? —presionó a Osamu, y arrojó una lata vacía de cerveza al cubo de basura.

Al final, se decidió que Nobuyo y Osamu llevarían a Yuri a su casa. Si Nobuyo no lo hubiera propuesto, Osamu habría dejado que la niña pasara la noche en casa pretextando cualquier excusa. Eso era arriesgado para la familia, juzgó Nobuyo con calma.

«¿Qué más da si la dejamos pasar una sola noche aquí? Ni siquiera estamos seguros de que pueda entrar en su casa, aunque la llevemos a estas horas», había objetado Osamu. Nobuyo sabía que él no solía ser particularmente amable. Pero aunque ella, siendo muy generosa, admitiera que en este caso lo estaba siendo, seguiría tratándose de una amabilidad irresponsable.

La naturaleza de Osamu no cambiaría nunca. La irresponsabilidad guiaba la manera de ser y la conducta de este hombre. «Se me ocurrió eso y eso hice». En otras palabras: para él, las consecuencias no eran el resultado de las causas. Se contentaba con pasar cada día divirtiéndose lo máximo posible. Es decir, hacía gala de un comportamiento absolutamente infantil. Si hubiera sido un niño, todavía podría permitirselo; no obstante, en un hombre que rayaba los cincuenta y que se limitaba a dejar pasar un día tras otro, era una manera de desperdiciar la vida. En los últimos diez años, Osamu había ido de mal en peor. Y Nobuyo en esos diez años había ido rodando con él cuesta abajo y sin freno.

Con todo, Nobuyo no se separaba de Osamu porque era obvio que se volvería aún más inútil sin ella. Ese convencimiento la llenaba de autoestima, y tal vez aquello fuera una especie de amor, si es que el amor era eso. También era cierto que ese amor mantenía lejos de ella la felicidad. Y si tuviera otro motivo para estar con él, sería el de que lo consideraba mejor que todos los demás hombres que había conocido.

—¿Qué es lo que te atrae de ese hombre?

Un día, cuando Hatsue se lo preguntó a Nobuyo mientras estaba sentada a su lado en la pasarela exterior<sup>[7]</sup> que daba al jardín de la casa, esta respondió la verdad sin querer:

—No me pega.

Nobuyo recordaba que se miraron la una a la otra y se echaron a reír.

—Habrán muchos hombres que no peguen a las mujeres. —Hatsue miró compasiva a Nobuyo.

Por tanto, es fácil imaginar que Hatsue no había sido nada afortunada con los hombres.

Cuando Hatsue se emborrachaba, solía decir mirando a lo lejos:

—Me hubiese gustado entregarme a los brazos de un hombre un poco más atractivo que mi marido.

—Caramba..., ¿aún piensas en eso a tu edad? —bromeó Nobuyo, pero ella misma sabía mejor que nadie que ella también le murmuraría algo parecido a Aki dentro de unos veinte años.

—Pues vaya, y yo que ya me había dado un baño y con lo calentita que estaba... —se quejó Nobuyo mientras caminaba por la calle junto a Osamu, que llevaba a Yuri a la espalda.

Cuando él no sabía qué hacer, siempre buscaba a Nobuyo con una mirada perdida. Esa noche también le preguntó repetidamente con la mirada: «¿Qué hacemos?». Ella se enfadó por lo absurdo de la pregunta cuando era él quien había llevado a la niña a casa por propia iniciativa. No obstante, al cabo de tantos años conociéndolo, estaba más claro que el agua que él no había madurado ni maduraría nunca.

En su recorrido por las calles a oscuras, se cruzaron de frente con un oficinista que llevaba un abrigo negro e iba hablando por el móvil. La pareja paró en seco su conversación. El hombre tal vez estuviera hablando con su novia, pues sus risitas vulgares transmitían una especie de sensualidad.

—¿Se habrá pensado que es nuestra hija? —susurró Osamu mientras seguía con la vista la espalda del oficinista que se alejaba, y luego miró a Nobuyo, tan expectante como un niño a punto

de ser pillado en una travesura.

Pese a que Nobuyo también tenía una percepción anómala del bien y del mal, no llegaba al extremo de él, que, como era algo impulsivo, siempre acababa por ceder a la tentación de robar o timar arrastrado por otros. De hecho, cuando estaba haciendo algo malo, se mostraba más alegre y vivaz que nunca.

—Si no, nos caería un problema, ¿verdad?

—Tienes razón, pero...

—Pero ¿qué? ¿Es que quieres tener un hijo? —lo atosigó Nobuyo, y Osamu desvió la mirada hacia el suelo.

—No... porque tenemos a la abuela..., a Aki y a Shota. Ya es suficiente.

Nobuyo podía interpretar estas palabras tanto como que con cinco en la familia ya eran multitud o como que con su vida actual ya era lo bastante feliz. Estuvo a punto de preguntarle cuál de las dos cosas quería dar a entender. Pero se contuvo, pues sabía de sobra que él no haría más que devolverle la pregunta: «¿Tú qué crees?».

—¿Todo recto? —preguntó Nobuyo al llegar a una intersección.

—Ah, a la derecha, a la derecha —indicó Osamu como si se hubiera acordado de repente, y guiando a Nobuyo dobló la esquina y se adelantó para ir delante de ella.

El barrio de apartamentos, iluminado vagamente por las farolas, apareció ante sus ojos.

—¿Está dormida? —preguntó Osamu porque Yuri le pesaba en la espalda.

En efecto, poco después de salir de casa, la niña se había dormido.

—Hay que ver lo tranquila que se ha quedado después de haberse comido tres croquetas tan grandes. —Nobuyo tomó un sorbo del sake barato que llevaba en la mano.

Shota había luchado desesperadamente por no perder su croqueta, pero Yuri se había comido el resto. Al tratarse de una criatura inocente, nadie había protestado.

—¿Vas a llamar al timbre? —inquirió Nobuyo.

—No..., la dejaremos en silencio delante de la puerta.

—Pero si se va a morir de frío.

—Entonces..., ¿llamamos y salimos pitando?

—¿Acaso somos Papá Noel? —se rio Nobuyo, decepcionada al constatar que Osamu era un verdadero botarate.

Mientras oía cómo resonaban sus pasos bajo el cielo invernal, Nobuyo se planteó darse otro baño en cuanto hubieran devuelto a Yuri con su familia.

En ese momento estalló un chasquido seco, como si se hubiera roto un cristal, en la dirección adonde se dirigían.

—¿Es porque tú no la has vigilado como es necesario!

—¿Estaba jugando junto a la puerta hasta hace nada!

—¿No habrás estado liándote con otro hombre en casa?!

Osamu y Nobuyo se quedaron petrificados. Él no dudaba de que los reproches que en aquellos instantes se lanzaban un hombre y una mujer procedían del otro lado de la puerta donde habían visto a Yuri sentada.

—Voy un momento a ver qué pasa. —Bajó a Yuri de la espalda, se la entregó a Nobuyo y se acercó a la puerta con cuidado de no hacer ruido.

—Para empezar, no se sabe de quién es esta cría, ¿me equivoco? —espetó la voz masculina. A continuación, se oyó un ruido sordo, como si el hombre hubiera golpeado a la mujer.

—¡Ay, bruto! ¡Déjame, que me haces daño!

Instintivamente, Nobuyo apretó a Yuri contra su pecho. Podía notar lo flaca que estaba la criatura incluso por encima de la ropa. Aun así, el peso que Nobuyo sentía superaba con creces el peso real de Yuri.

—¡Yo tampoco quería tenerla!

Ante esas palabras de la mujer, Nobuyo se quedó paralizada, como si sus pies hubieran echado raíces. Se preguntó cuántas veces habría oído ella esas mismas palabras. Cada vez que su madre bebía, se desahogaba con la pequeña Nobuyo y le decía lo mismo.

—Si la dejamos ahora, no nos descubrirán —dijo Osamu, sin pararse a pensar ni por asomo que la causa de la pelea matrimonial era su propio acto irreflexivo de haber hecho nada menos que *secuestrar* a la niña.

Convencido de que eso le convenía, Osamu volvió e intentó recuperar a Yuri de las manos de Nobuyo. Como rechazándolo, Nobuyo se quedó acurrucada allí mismo. Mientras escuchaba el llanto de la mujer en la distancia, Nobuyo gritó en su fuero interno: «¡Nunca le devolveré esta niña a una desgraciada como tú!». Para evitar que Osamu se la arrebatara, abrazó a Yuri con más fuerza todavía. Aunque no se trataba de una fuerza nacida del amor por la criatura que tenía en su regazo, sino del odio emergió desde su propio pasado.

## CAPÍTULO 2

### TORTA CON GLUTEN

—¡Jo, qué frío! Vaya, pero si te has hecho pipí...

Shota se despertó antes de lo habitual por los escandalosos gritos de Osamu. En cuanto entreabrió la puerta corredera del armario empotrado, vio a Yuri distraída de pie, a quien la noche anterior supuestamente Osamu y Nobuyo habían llevado a su casa. Nobuyo, que había traído a Yuri de vuelta, la había acostado con la ropa puesta entre ella y Osamu. Y la chiquilla había mojado las sábanas.

Nobuyo estaba retirando con rudeza los futones doblados a un rincón del cuarto y se dirigió a la niña:

—¿Qué se dice?

Cuando su mirada se topó con la de Nobuyo, Yuri pensó que igual iba a recibir un bofetón, por lo que se puso rígida y cerró los ojos diciendo:

—Perdón..., perdón..., perdón...

—Ya basta. Cállate. —Mientras observaba los estrechos hombros de la niña, su corazón palpitó. Aunque sabía que no tenía sentido culpabilizarla, no podía controlar su tono áspero. Eso no era más que una señal de la irritación que sentía consigo misma por no haber sido capaz de dejar a Yuri con sus padres. E incluso a estas alturas de la vida se turbaba por su propio reconcomio ante su pasado.

—Después de todo, habría sido mejor que la hubiéramos devuelto ayer, ¿no crees...? —comentó Osamu, de nuevo con total irresponsabilidad.

—Tal vez sí. —Nobuyo sacó del fondo del armario empotrado una sudadera y un pantalón que Shota había llevado hacía tiempo.

—Eso es mío —protestó Shota, que permanecía acostado.

—Ya no te valen, ¿me equivoco? —Nobuyo no le hizo caso. Agarró con brusquedad a Yuri por el pecho y la atrajo hacia ella, le quitó la ropa mojada y la arrojó a un rincón de la estancia.

—Oye, ¿no has visto un cinturón..., el mío?

Osamu, con el pantalón puesto a medias, vagaba por el cuarto de estar desde hacía un rato. Cosa rara, ese día iba a trabajar de jornalero en una obra. Pero nada más levantarse ya estaba buscando algún motivo para no ir. Nobuyo, que se había dado cuenta de sus intenciones, le estaba ignorando dijera lo que dijera.

—Igual no voy... porque hace un frío que pela...

«Ya sabía yo», pensó Nobuyo.

—Avisaré de que me he resfriado por mensaje o algo por el estilo...

«Encima, pretende que yo me haga cargo de justificarlo, el muy cobarde». Nobuyo recogió el cinturón negro que estaba caído a sus pies y, sin girarse, lo lanzó con fuerza contra Osamu. La sudadera de Shota le quedaba grande a Yuri, pero Nobuyo pensó que era mejor eso que tener a la criatura desnuda.

—Abuela, ya se va —proclamó Nobuyo tras asegurarse, atisbando desde un rincón, de que Osamu acababa de ponerse por fin el cinturón.

—Sí, ahora mismo... —respondió Hatsue, que estaba hirviendo agua en la cocina, y luego comenzó a verter té verde en la *mahobin*[8], la «botella mágica».

Shota no entendía dónde estaba el truco mágico de esa botella, pero Hatsue siempre la llamaba así.

Casi empujándolo por la espalda, Nobuyo acompañó a Osamu que se dirigía a la entrada de mala gana, y le pidió:

—Tira eso, la bolsa de ahí.

La mayoría del contenido de la bolsa de basura depositada en el suelo de hormigón eran latas vacías de cerveza.

—Venga, mozo..., toma.

Osamu recibió la *mahobin* plateada de las manos de Hatsue y se dispuso a calzarse las deportivas.

—¡Ay! —dijo un grito y se puso a mirar el interior de las zapatillas.

«¿Qué se supone que alegrará ahora? ¿Después del cinturón, el tiempo; después del tiempo, el calzado? Es incorregible». Mientras pensaba eso, Nobuyo apenas podía soportar el entumecimiento que notaba en los pies por el frío del suelo entarimado y quería regresar al cuarto de estar cuanto antes. Pero se mantuvo alerta, no fuera que a su marido se le ocurriera descalzarse y darse media vuelta si bajaba la guardia.

—Una ña tuya. —Osamu reveló una expresión de asco que no podía ser más exagerada; recogió entre el pulgar y el índice la ña de Hatsue que se había colado en una deportiva y se la enseñó a las dos mujeres.

Su mueca manifestaba: «Qué mal agüero», pero pronto fue neutralizado por Hatsue:

—Ah, si sólo es mi ña.

Finalmente, Osamu se dio por vencido y, tan pronto como tiró la ña al suelo de malas maneras, recogió la bolsa de basura obedeciendo a Nobuyo y salió por la puerta.

El color añil del cielo de febrero, a las seis y pico de la madrugada, aún era demasiado profundo para considerar que era ya de día. Además, el aire era tan gélido que el aliento de Osamu parecía congelarse al instante. Él abrió el portón corredero, caminó unos diez metros por un paso estrecho, flanqueado de chapa azul, y salió a la callejuela, donde no se veía a nadie.

Un perro estaba ladrando cerca. Era el que siempre ladraba sólo a Osamu. Este nunca lo había visto y el animal tampoco debía de conocerlo, pero inexplicablemente no paraba de ladrarle nada más poner el pie en la callejuela. Osamu chasqueó la lengua.

Bajo un poste eléctrico, una red azul estaba instalada para la recogida de la basura, pero Osamu, al ver la indicación, se dio cuenta de que ese día era el turno de la basura orgánica. Con la

bolsa llena de latas vacías en la mano, vaciló un momento, pero al final murmuró: «Bueno, qué más da» y la arrojó con fuerza sobre la red azul. Luego se dirigió hacia la estación de ferrocarril. El ruido de un tren que pasaba muy temprano se oía más cerca de lo habitual.

El punto de encuentro indicado era delante de la zona de fumadores junto a la parada de taxis, en la plaza de la estación. Pasadas las seis y media, una *minivan* de diez plazas recogió a los hombres de varias nacionalidades que estaban esperando y se puso en marcha.

Osamu, que subió el último, se vio obligado a sentarse al lado del capataz, Jinbo. El hombre tendría sólo veintitantos años, llevaba el pelo cortado a cepillo y bigote, y mantenía el ceño permanentemente fruncido, por lo que Osamu nunca lo había visto sonreír. En ese momento estaba informando por el móvil sobre un subordinado suyo que no había aparecido a la hora concertada mientras chasqueaba la lengua de vez en cuando:

—Sí, otro que se ha ido... No, por mensaje de texto. «Lo dejo», dice. De todos modos, aunque hubiera seguido con nosotros, era un inútil. Si por casualidad me encuentro con él algún día, le daré una paliza.

Osamu, que había estado a punto de comunicar por mensaje su ausencia, adoptó un semblante inexpresivo y tomó un sorbo de té que había vertido en la tapa de su termo.

Llegaron a la obra, terminaron una desganada sesión de gimnasia al ritmo de la radio tras la reunión matutina y Osamu se introdujo en el ascensor con otros veinte operarios. En el ascensor sonaba la melodía de «Hay un mañana»<sup>[9]</sup> con un arreglo estilo caja de música. El ascensor, que ascendía traqueteando, disponía de una reja de hierro, pero no se podía decir que fuera un espacio cerrado. Para alguien como Osamu, que tenía pánico a las alturas, estaba prácticamente al aire libre. Tal vez en el ascensor sonara música alegre para contrarrestar el miedo y el traqueteo. Al pasar por la sexta planta, un rayo de sol penetró en el interior. Todos los edificios de alrededor desaparecieron de la vista y el terror paralizó del todo las piernas de Osamu.

El lugar de trabajo programado para ese día era el último piso de un edificio de diez plantas. El trabajo principal asignado a Osamu consistía en una mezcla de tareas variadas, tal que limpiar o transportar andamios para facilitar las operaciones de los especialistas en construcción en altura. Sin embargo, cuando iba por la calle con Shota y encontraba un edificio de alguna obra en la que él había participado, comentaba con orgullo:

—Mira, aquel lo construimos mis compañeros y yo.

—¿En serio? Eres la leche. —A Shota le brillaban los ojos.

Ser motivo de la mirada de respeto de un niño constituía un placer, aunque fuera mentira.

Su trabajo no requería ninguna habilidad ni experiencia especiales, pues se limitaba a barrer y tirar los restos de material a un cubo de basura. Aun así, Osamu, que era un despistado, no terminaba una jornada sin recibir una bronca; pero, mientras pudiera soportarlo, ganaría ocho mil yenes al día.

Incluso cuando Jinbo el capataz le espetó, dándole una patada en el trasero: «¡Fuera de aquí, que estorbas!», Osamu abandonó su puesto de trabajo sin asomo de vergüenza y comenzó a vagar por el interior del edificio en construcción. Al parecer, las ciento veinte viviendas de ese edificio, que se completaría el próximo otoño, ya estaban vendidas. Si bien las puertas aún no estaban instaladas, era fácil adivinar dónde se situaba la entrada de cada apartamento e incluso se podía reconocer la distribución del interior. «Aquí va la cocina, ahí hay un balcón. Este agujero es un desagüe o el inodoro». Mientras curioseaba y se imaginaba el apartamento terminado, Osamu se iba entreteniendo y se olvidaba de que se hallaba en el trabajo. Conforme iba bajando por las

plantas, la imagen del edificio se le representaba más clara.

En el interior del piso de la sexta planta, había una habitación que parecía una gran cabina de teléfono. Tras anunciar: «Ya estoy en casa», Osamu abrió la puerta, se asomó y vio que era un cuarto de baño.

Apareció una bañera immaculada aún envuelta en plástico.

—Shota, el baño está listo. ¿Quieres bañarte conmigo? —propuso, y se introdujo en la bañera sin quitarse los zapatos y se sentó.

Si Jinbo lo hubiera pillado en esa tesitura, le habría echado otra bronca tremenda, pero el resto del equipo se encontraba en la décima planta y nadie debería aparecer allí. Tras dejar el bachillerato, Osamu había residido en varias ciudades, pero todos los estudios en los que había vivido eran de segunda mano, por lo que nunca había estrenado una bañera. Sentado dentro de la bañera y mirando el techo de hormigón aún sin revestir, fantaseó con que algún día llegaría a vivir con su familia en un piso similar.

Osamu y Nobuyo iban a tomar algo una o dos veces al mes a un pequeño bar de copas, el Hobby, que estaba en la callejuela trasera de su casa. En ese bar había tan sólo tres mesas y seis asientos en la barra, y su dueña tenía más de setenta años. Cuando ella estaba ocupada, su hija, que vivía en el vecindario, iba a ayudarla y preparaba platos como tallarines o arroz fritos.

La semana anterior, la pareja también fue allí después de que se durmieran Shota y Hatsue. Ese día, fue Nobuyo quien propuso ir, por lo que Osamu supuso que a ella le había ocurrido algo desagradable en el trabajo.

—Escucha, Osamu... ¿No sería posible demoler la casa y construir apartamentos?

Cuando Nobuyo proponía esto, ponía cara de mala. Pero siempre parecía alegre. Osamu pidió otro vaso de destilado *shochu* y respondió:

—Eres idiota, la vieja nunca lo consentiría.

—¿Y si le decimos que nos marchamos de casa si no está de acuerdo?

—Es que es capaz de invitarnos encantada a que nos vayamos. Hay que tener cuidado con ella. Nobuyo pensaba en ir a mejor; en cambio, Osamu, en no ir a peor de lo que estaban.

—Convertir la casa en un edificio de apartamentos e instalarnos en el ático y vivir del alquiler. ¿Qué te parece?

—La verdad es que no suena naaada mal...

En la pared del bar colgaba un cartel del festival de fuegos artificiales del río Sumida, que era una foto hecha desde la azotea del bar en los viejos tiempos. La fotografía se había decolorado por el sol y no se sabía ya cuál era el color original. En la actualidad, desde la azotea del bar no se veía más que la fachada de los pisos vecinos.

Osamu fantaseó:

—Sí, haremos el bloque más alto de la zona... Desde arriba del todo observaremos a la gente que nos rodea... Podremos disfrutar de los fuegos artificiales del río Sumida desde nuestro balcón, ¿te lo imaginas? Tendremos un mirador especial. —Entrecerró los ojos y lanzó fuegos artificiales en su mente.

—Vaya sueñooo, ¿eh? —murmuró Nobuyo.

—Un sueño, sííí —respondió Osamu.

Un sueño que en cualquier caso no se haría realidad. Ellos lo sabían desde hacía mucho tiempo. Pero soñar es gratis y no hace mal a nadie. Se trataba de un sueño barato que podían

comprar por dos vasos de *shochu*. Esa noche continuaron bebiendo hasta la hora del cierre, cuando la propietaria y su hija los acompañaron a la puerta y ambos regresaron a casa tambaleantes.

En el camino, Osamu posó una mano en el hombro de Nobuyo para apoyarse en ella.

—Oye..., ve andando tú solo.

—Qué tonta, tienes que hacerme de muleta como una buena esposa que respalda a su marido.

—Pero no tan buena como para empujar tu silla de ruedas cuando seas viejo, ¿entiendes?

—Entendido.

¿En esa confianza consistía ser un matrimonio?, se preguntó él mientras bajaba la mano para rodear la cadera de Nobuyo. Si así fuese, el matrimonio era maravilloso. Osamu se quedó profundamente impresionado.

Después de que Osamu se hubo ido a trabajar, Nobuyo preparó el desayuno y colgó en el tendedero del jardín el futón que Yuri había mojado.

Ella salía en bicicleta a las ocho y media, rumbo a la tintorería industrial que estaba cerca de casa. Ya en la calle, Nobuyo se aseguraba de mirar a derecha e izquierda para que todo el mundo siguiera sin enterarse de que vivía allí. «No hay por qué preocuparse. Nadie repara en nosotros», se dijo, y luego se puso a pedalear enérgicamente.

La tintorería Koshiji Cleaning en la que trabajaba se había establecido en la zona hacía mucho tiempo atrás y ahora ya tenía tres filiales. En la central donde ella trabajaba recogían todas las prendas de las filiales, las clasificaban, las lavaban y las planchaban.

Cada vez que los clientes se presentaban en la tintorería central, el administrador se excusaba:

—En esta planta, hasta la generación de mi antecesor, quitábamos incluso las manchas, pero ya no disponemos de especialistas en ello. —Y sonreía con cierta decepción.

Los empleados eran el administrador, que había sucedido en el negocio a las dos generaciones anteriores; su esposa, que era contable; y una plantilla de treinta personas, incluidos los trabajadores a tiempo parcial. El cuarenta por ciento de ellos eran inmigrantes filipinos y tailandeses. Nobuyo era una de las veteranas, pues llevaba trabajando allí cinco años.

Clasificar por color y tejido las prendas que llegaban en grandes sacos desde las filiales era también una de las tareas de Nobuyo y sus compañeros. En ese proceso, revisaban los bolsillos de la ropa, dado que solían contener tiques de la compra, tarjetas de crédito y demás. Una vez, a Nobuyo se le pasó por alto una pluma estilográfica del bolsillo de un traje y lo metió en la lavadora. Una camisa blanca salió completamente azul por la tinta, de modo que ella tuvo que pagar la camisa. Por sistema, conservaban los objetos olvidados y se los devolvían a los propietarios cuando los localizaban, pero Nobuyo metía a hurtadillas en su bolsillo los artículos de valor.

No es que no se sintiera culpable, pero su argumento era: «Los que se olvidan son quienes tienen la culpa». Ella no robaba los objetos olvidados, sino que los recogía.

Ese día también encontró en el bolsillo interior de la chaqueta de un traje un alfiler de corbata con una piedra anaranjada. Se aseguró de que el administrador no estuviera cerca y se lo guardó en el bolsillo de la ropa de trabajo. Una compañera, Negishi, que estaba clasificando dos cestas más allá de Nobuyo, la pilló con las manos en la masa y le lanzó una sonrisa maliciosa. Nobuyo le devolvió otra sonrisa como diciendo: «Esto no es lo que parece».

Planchar era una labor penosa. En la planta, el vapor subía por todas partes y el calor se volvía sofocante. Incluso en invierno, el sudor resbalaba sin parar por la espalda del polo del uniforme. Además del calor, las quemaduras eran otro suplicio. Aunque Nobuyo ya era una experta, al más mínimo error la plancha o la tabla de planchar le tocaban la piel. Las quemaduras se le acumulaban semana tras semana y mes tras mes, y las marcas de diferentes tonos nunca desaparecían del todo en los brazos y las yemas de los dedos.

Para el almuerzo, les traían al trabajo un servicio a domicilio de comida preparada por cuatrocientos ochenta yenes, pero Nobuyo solía apañarse con un vaso de fideos o unas bolas de arroz rellenas que compraba en una tienda de conveniencia. No se podía permitir gastar en comida preparada cuatrocientos ochenta yenes de los ochocientos que cobraba por hora, además de que no era muy sabrosa. Ella almorzaba deprisa y se sumaba a la conversación de las colegas de su edad en el espacio para fumadores del aparcamiento de bicicletas, en la parte trasera de la tintorería. En eso consistía su único recreo.

Ese día se había formado una multitud bulliciosa en la calle, delante de la planta. Una excolega, Sakota, que había dejado la empresa para casarse el año anterior, había venido a visitar al administrador con su bebé en brazos. Para Nobuyo y otras colegas, Sakota, que había conquistado a un universitario más joven que ella, era, digamos, una traidora, además de pertenecer al odioso *grupo de triunfadoras*.

—¡Oh, qué bonita! Os costará espantar a los pretendientes indeseables. Su papá ya estará preocupado —dijo a modo de cumplido el administrador.

Sakota se lo creyó y se ufano:

—Él dice que no va a dejarla salir de casa y que nunca la casará.

—Mi hijo menor está en segundo curso de secundaria..., me pregunto si un retoño de una tintorería como esta no le gustará a la niña...

—Todo lo contrario, ¿verdad, pequeña?

Nobuyo y las otras sintieron vergüenza ajena por las chorradas del administrador y observaron desde lejos las sonrisas pacíficas que planeaban sobre el bebé. Luego las compañeras se miraron unas a otras algo recelosas.

—La nena no se parece a ninguno de sus padres, ¿a que no? ¿O es que Sakota se ha hecho la cirujía? —Nobuyo imitó la cara del bebé, al que no podía calificar de agraciado.

—No se sabe de quién es la criatura.

—Antes de dejar este trabajo, ella incluso llegó a ejercer de acompañante, ¿verdad?

—He oído que su marido no sabe nada de eso... Y que ella finge ser torpe en la cama a propósito.

—Qué gracia...

Poner pegas a la felicidad de los demás, comentar sin trabas los secretos ajenos es el mejor desahogo a las desgracias propias. Nobuyo y sus colegas se rieron en voz baja.

—Nobuyo, me has salvado la vida esta mañana. —Negishi, que era la compañera más cercana de Nobuyo, le ofreció un café enlatado que acababa de sacar de una máquina expendedora.

—No tenías por qué molestarte, nos ocurre a todos. —Aceptó el café y se calentó con él las manos sin tomárselo.

Nobuyo había recibido un mensaje de Negishi por LINE diciendo que iba a llegar tarde al trabajo porque aún no había podido dejar a sus hijos en la guardería, así que ella había fichado

por su compañera en el reloj de registro.

—¿Qué les pasaba a tus peques? ¿Tenían fiebre?

—Paperas. Hay epidemia en la guardería.

Negishi tenía un niño de cuatro años y otro de dos. Su marido estaba buscando trabajo. Ella y Nobuyo se consolaban habitualmente hablando de los problemas del hombre.

—¿No te habrás contagiado tú también? Aquí tienes... —Nobuyo le tocó una mejilla a Negishi bromeando por su cara redonda.

—Oye..., ¿qué quieres decir? Yo no las tengo, ¿eh?

—Bueno, bueno... No nos vayas a contagiar...

Todas las compañeras se levantaron agarradas a sus respectivos taburetes, como huyendo de Negishi.

Después de que Nobuyo se hubo ido a trabajar, Aki también se maquilló y salió de casa sin que Shota se diera cuenta.

Shota, por lo general, pasaba la mañana leyendo un viejo libro de texto dentro del armario empotrado. Al otro lado de la habitación donde estaba consagrado el altar budista[10], y donde Hatsue y Aki dormían, se hallaba el cuarto de los niños. Un banderín, recuerdo de un viaje, y un póster de una joven celebridad vestida de colegiala con el típico uniforme de marinero y con un yoyó en la mano, ya descoloridos ambos, decoraban las paredes.

En el armario empotrado, detrás de la mesa de estudio, había guardada una pila de libros de texto de primaria y un kit de caligrafía, atados en forma de cruz con una cuerda de plástico blanca cada uno. En las casillas para el nombre en los cuadernos estaba escrito «Osamu Shibata» con letra infantil. Shota suponía que eran los que Osamu había usado de pequeño. Él había leído esos libros de texto desde el primer curso hasta el cuarto.

Shota se preguntaba si Yuri viviría con ellos a partir de ese día. Estaba satisfecho con su vida, así que le inquietaba que se produjera algún cambio por la llegada repentina de un miembro más a su familia.

Yuri, vestida con la sudadera y el pantalón de Shota, estuvo durmiendo toda la mañana al lado de la mesa baja *kotatsu*. No había bebido ni comido nada y dormía profundamente. Por un momento, a Shota se le ocurrió comprobar si respiraba, pero le supo mal por si la despertaba y optó por dejarla tranquila.

Pasado el mediodía, Hatsue, ya preocupada por la niña, trajo de un cajón de su tocador un bote de un popular ungüento para dolores musculares, el Mentholatum, se sentó al lado de Yuri, que dormía bocabajo, y la sacudió levemente por la espalda. La niña se incorporó despacio. Hatsue, sin decir nada, comenzó a untar de pomada los brazos y el abdomen de Yuri. Mientras aplicaba el Mentholatum, Hatsue murmuraba repetidamente, como si fueran palabras mágicas: «Cura sana, cura sana; si no te curas hoy, te curarás mañana». El olor penetrante del alcanfor llegó flotando hasta el interior del armario donde estaba Shota.

En ese momento, resonó una voz de hombre a la entrada del jardín:

—¡Holaaa, disculpe!

Hatsue dejó de untar la pomada con las yemas de los dedos.

—¡Soy Yoneyama, soy el voluntario de siempre de los servicios sociales! ¿Está la señora de la casa?! —El hombre, que debía de estar fuera del portón, levantó la voz de nuevo.

Hatsue hizo un guiño a Shota, dándole a entender: «Llévate a Yuri y salid por la puerta de servicio», y se puso en pie mientras respondía al asistente social:

—¡Sí, ya voy! —Se dirigió a la pasarela exterior.

Sin más remedio, Shota hizo un gesto a Yuri para que lo siguiera y se encaminó a la puerta de servicio.

Cuando Hatsue se hubo asegurado de que los dos niños habían desaparecido por el fondo de la cocina, recorrió un poco la puerta de vidrio del cuarto de estar que daba al jardín, dejando el espacio justo para asomar la cara.

—Señora, soy Yoneyama, voluntario de servicios sociales. —El hombre que estaba dirigiendo una mirada inquisitiva al interior de la casa, al ver a Hatsue abrió el portón y se adentró en el jardín.

—Mejor por el otro lado. Vete para allá. —Hatsue condujo a Yoneyama hacia la entrada principal.

Yoneyama vaciló en sentarse al ver el estado del vestíbulo donde se acumulaba el polvo, pues probablemente llevara meses sin limpiarse. Sacó un pañuelo del bolsillo de su cazadora de cuero negra y lo extendió en el borde del suelo entablado para que no se le ensuciara el pantalón.

—Verá, la abuela de la familia Kaneko ha acabado mudándose a un piso..., a pesar de que tenía tres hijos —le comentó Yoneyama a Hatsue, que estaba preparando un té en la cocina.

La señora Kaneko era tres años mayor que Hatsue y ambas habían sido muy amigas. Sin embargo, al poco de haberse lesionado una pierna, la señora Kaneko comenzó a chochear, por lo que su familia no la dejaba salir de casa.

—Ahora comprendo por qué no la veía últimamente.

La respuesta de Hatsue desde la cocina llegó a oídos de Yoneyama, que dijo:

—Abuela Hatsue, usted también debería consultar con su hijo qué hacer a partir de ahora. Vivía en Hakata[11], si no recuerdo mal.

Hatsue apareció con una taza de té en una bandeja soltando un gritito de esfuerzo:

—¡Aúpa! —Se sentó en el suelo y colocó la taza delante del hombre.

Yoneyama, al recoger la taza, descubrió que una gran pelusa estaba pegada en el borde, por lo que, sin llevarse la taza a los labios, la devolvió a la bandeja. Cuando lo vio Hatsue, sonrió maliciosamente enseñando las encías.

—Alguna inmobiliaria te ha encargado que me convenzas, ¿a que sí?

—No, en absoluto. Pero los ancianos que viven solos padecen varios inconvenientes.

—Vaya, ¿desde cuándo te has convertido en una buena persona?

—Qué mala es usted... Ya no me dedico a la reventa de tierras[12], que quede claro.

En la época de la burbuja, Yoneyama, que era tan elocuente como hábil, había convencido a los ancianos que vivían en la zona desde hacía muchas décadas para que desocuparan sus propiedades, y había desempeñado un papel importante en la construcción de los bloques de apartamentos. Entre los que se habían ido del barrio, era bastante probable que la cantidad de los que acabaron siendo infelices superara con creces la de los felices.

—Si me voy de aquí, ¿cuánto dinero vas a cobrar? —Hatsue, tras sonreír con malicia de nuevo, empezó a comerse una mandarina raspando los gajos con las encías.

Shota y Yuri, que se habían escapado por la puerta de servicio calzados con las sandalias para

adultos, rodearon la casa por el lado norte y salieron por la callejuela trasera al aparcamiento situado frente al bloque alto. Mientras caminaba detrás de Shota, Yuri iba oliéndose la pomada que Hatsue le había untado.

—Esta abuela cree que se cura todo con el Mentholatum —comentó caviloso Shota, que parecía haber pasado por la misma experiencia.

Había muchos edificios nuevos de gran altura cerca de su casa y apenas quedaba gente que hubiera residido antes en la zona. Y por eso, aunque Shota vivía en esa casa apiñado con el resto de su familia, a nadie parecía importarle.

Shota iba sin rumbo fijo por una calle que recorría la avenida del río. Yuri lo iba siguiendo.

El muchacho recogió un timbre de bicicleta que estaba entre la maleza que se abría a sus pies y se lo enseñó a Yuri: «Mira esto». Yuri no mostró ninguna reacción en particular. Cuando él lo frotó con las manos y le quitó la tierra, apareció la superficie plateada. Había comenzado a oxidarse un poco, pero, si lo pulía con una lima, quedaría brillante. Shota se metió el timbre en un bolsillo de la parka.

Justo desde la dirección opuesta, dos niños con sus respectivas *radoseru*, las típicas mochilas de primaria, se estaban acercando hacia Shota. Cada uno traía un objeto grande que debían de haber hecho en clase de manualidades.

—Sólo los que no pueden estudiar en casa van a la escuela —repitió Shota textualmente la frase que Osamu le había dicho mientras seguía con la mirada la espalda de los niños con los que acababa de cruzarse.

Nunca le había apetecido ir a la escuela. ¿Para qué? Sin necesidad de asistir a un lugar así, estaba aprendiendo de Osamu un *trabajo*, además de que ya se sentía un hombre hecho y derecho. Él consideraba que la escuela era adonde iban quienes aún no se habían convertido en hombres.

Aun así, Shota, que se incomodó por la mirada que Yuri clavaba en él, decidió ir a Yamatoya para hacerle entender que él era diferente al resto de todos aquellos *niños*.

Yamatoya era la única tienda de chucherías, ya algo anticuada, que se mantenía en el barrio residencial. Shota iba a ese comercio, donde él podía *trabajar* solo, cuando Osamu conseguía esporádicamente un trabajo a jornal y no podía salir con él.

«Está bien robar cosas que están expuestas en la tienda, pues no le pertenecen a nadie», le había explicado Osamu mientras comía con deleite un vaso de fideos robado. Shota creía ciegamente en las palabras de Osamu.

Con el actual auge del estilo *vintage*, las chucherías de la era Showa (1926-1989) modernizadas se habían convertido en productos populares para adultos y acaparaban la atención del público, pero Yamatoya sí que era una auténtica tienda de chucherías de los viejos tiempos de Showa. En los estantes de madera se alineaban incluso artículos de uso cotidiano, como papel higiénico, champú y cepillos de dientes. Disponía también de un espacio para comer, y justo en ese momento un anciano vertía agua caliente del hervidor eléctrico instalado allí. Acto seguido, sostuvo cuidadosamente el vaso de fideos con ambas manos y se sentó a la mesa. Era un sistema apropiado para la gente que vivía sola y sentía pereza hasta para hervirse el agua en casa.

Shota entró en la tienda y envió una señal a Yuri: «Presta atención». Shota adoptó un gesto de alerta, como un atleta justo antes de la carrera, y esperó delante de una estantería a que se le presentara el momento oportuno. En la entrada estaba instalado un espejo para prevenir los robos.

En el espejo se veía el reflejo del anciano Yamato, el propietario de la tienda. Él siempre

estaba resolviendo problemas de ajedrez japonés *shogi* mientras tomaba un té en una habitación que quedaba a un nivel más alto, al lado de la entrada de la tienda. No bajaba a la zona de venta, excepto cuando un cliente compraba algo, y apenas levantaba la mirada, por lo que era un local perfecto para que Shota hiciera su *trabajo*. Naturalmente, no había ni una sola cámara de seguridad instalada. Sin embargo, para decidir el momento oportuno, era mejor esperar a que el anciano saliera de esa habitación elevada.

Esa oportunidad llegó inesperadamente pronto. Un hombre de la edad del anciano propietario se presentó y pidió:

—Holaaa, dame tabaco.

Tras responder en voz alta poco inteligible, pues no se sabía si decía «Vooy» o «Sííí», el viejo propietario se levantó despacio y bajó a la zona de venta. Mientras del fondo de un armario salía un olor de alcanfor similar al que desprendía Hatsue, Yamato se deslizó al lado de Shota, sacó de un estante —que probablemente era la antigua entrada— un paquete barato de tabaco Wakaba y lo puso en el mostrador. Entonces, Shota se coló por completo en el ángulo muerto. Tal vez el hombre fuera un cliente habitual, porque comenzó a charlar con el propietario:

—Qué frío hace, ¿verdad?

—Sí, se cala en los huesos.

Shota, tan pronto como se apresuró a realizar el gesto ritual de siempre, se embutió un paquete de dulces en un bolsillo, pasó por delante de Yuri, recogió sin detenerse un champú en el estante del fondo y salió de la tienda. El anciano todavía estaba hablando con el comprador sobre el tiempo del día siguiente. Yuri, que había permanecido en pie en la tienda todo el rato, parecía no entender lo que acababa de ocurrir. Shota, ya en la calle, sostenía los dulces y el champú robados, uno en cada mano, y levantó la barbilla orgulloso hacia ella como diciendo: «¿Qué te parece?!».

Aunque se quedó algo decepcionado ante la falta de reacción de la cría, le indicó con los ojos: «Ven conmigo», y se puso a caminar delante de ella. Yuri, preocupada por el propietario, salió de la tienda corriendo para alcanzar a Shota.

Ambos se dirigieron a un aparcamiento que había en la ribera de un río muy ancho. A pesar de llamarlo aparcamiento, no era un lugar donde se cobrara por horas, sino un descampado donde los camioneros de largo recorrido aprovechaban para dormir un rato por las noches. Frente al foso lateral de la acera, había acumulada una cantidad considerable de basura de gran volumen, como televisores y bicicletas viejos. Junto a la chatarra, había un coche abandonado sin neumáticos ni faros. Incluso tenía las lunas casi rotas, pero Shota lo usaba como base. En el lugar de la luna, había pegado un cartón con una cinta aislante para que no se colara el viento. También había puesto celofán azul en la ventanilla trasera, así que, cuando se filtraba la luz del sol, un hermoso resplandor como el fondo del mar se reflejaba dentro del habitáculo.

Shota, sentado dando la espalda a ese celofán, estaba frotando el timbre de la bicicleta que había recogido antes con un trozo de hormigón para pulirlo. Yuri observaba la operación de pulido junto a él. La sudadera de Shota con la que Nobuyo la había vestido le quedaba grande y le sobraban mangas. Yuri llevaba un rato subiéndoselas sin parar. Cada vez que lo hacía, la marca de quemadura en el brazo en que Hatsue había untado la pomada entraba en el campo de visión de Shota.

—¿Qué te ha pasado ahí? —preguntó tras dejar de mover las manos para pulir el timbre.

—Me caí. —Yuri repitió la misma explicación del día anterior.

—Pero si es una quemadura, ¿no?

Yuri seguía en silencio con la cabeza baja.

—¿Quién te lo hizo? ¿Tu mamá?

Yuri, que hasta entonces había mantenido la mirada gacha, levantó el rostro por primera vez al oír esa pregunta.

—Mi mamá es amable. También me compra ropa —replicó, mirando directamente a Shota.

Por más que la trataran con frialdad, ¿acaso no toleraba que le hablaran mal de su propia madre o es que no quería admitir que la mujer no la quería? Shota no sabía con qué carta quedarse. Pero uno no puede sobrevivir, por mucho que se empeñe, si intenta defender a quien le hace daño. ¿No sería su deber hacerle ver a la niña que tenía delante que llevaba una vida realmente dura? Shota pensó que sí.

Al cabo de un rato, anocheció y Shota comenzó a tener hambre. Salió del coche con Yuri y se dirigió a casa. No le importaba si la cría regresaba a su casa en el barrio de apartamentos. Sabía muy bien que Nobuyo no lo reprendería por eso, sino que más bien se sentiría aliviada. Pero Yuri lo seguía.

Yuri llegó hasta cerca de la casa de Shota sin mostrar a las claras sus intenciones. Cuando Shota hubo pasado por delante del bar Hobby, se detuvo y se volvió hacia ella.

—¿Qué vas a hacer? ¿Irte a tu casa?

Yuri permaneció en silencio.

Shota se adentró en el paso de chapa azul. Cuando apretó el timbre impecablemente pulido contra la pared de chapa ondulada, resonó un agradable traqueteo, toc, toc, toc. Ese sonido le gustaba. Yuri continuaba siguiéndolo. Al notar que lo seguía a la espalda, Shota se sintió inexplicablemente aliviado.

La cena fue *sukiyaki*[13]. No obstante, la mayoría del contenido de la olla eran repollo chino y fideos *shirataki*[14], y la carne no era de vacuno, sino costillas deshuesadas de cerdo loncheadas.

Shota salió del armario para repetir y miró dentro de la cazuela, pero apenas quedaba carne y continuó removiendo con los palillos por si pescaba algún trozo.

Aki, que vio dentro de la habitual cesta el champú que Shota había traído, lo cogió y dijo disgustada:

—Vaya, pero es Merit.

—No hay otra cosa en Yamatoya —respondió Shota.

—No me gusta mucho el olor del Merit...

—No exijas tanto. —Nobuyo contuvo de un solo golpe el descontento de Aki.

Esta se irritaba de vez en cuando por la actitud de Nobuyo, que la trataba como su madre.

—Por cierto, se mire como se mire, esto es un secuestro, ¿verdad? —Aki lanzó una mirada aguda a Nobuyo y, para cambiar el blanco de su irritación, apuntó con la barbilla a Yuri, que estaba comiendo unas patatas fritas en un rincón del cuarto de estar.

—No... porque no la tenemos encerrada ni tampoco hemos pedido un rescate —respondió Nobuyo sin mirar deliberadamente a Aki.

—Eso no es problema, ¿verdad?

—¿No habrán presentado... una denuncia por la desaparición? —Hatsue, después de chupar ruidosamente la carne, la devolvió a su plato. Parecía estar tragándose el tofu y los fideos sin

masticarlos.

Si la observaba con atención, resultaba tan repugnante que Shota trataba de no mirar demasiado y mucho menos la carne que la anciana había devuelto a su plato.

—Ahora estarán más que a gusto, me imagino. —Nobuyo reveló una clara hostilidad hacia los padres de Yuri, como diciendo: «¡Les está bien empleado!».

—No queda más que repollo —se quejó Shota.

—Es bueno para la salud y sabroso, ya que está impregnado del sabor de la carne. —Nobuyo, que estaba pendiente de la cocción de los ingredientes, además de haberse permitido el lujo de comprar carne para contentar a la familia, se indignó.

—Qué tarde, ¿no? —murmuró Hatsue mientras miraba el reloj.

Era la hora en que Osamu solía estar de vuelta.

—Seguro que estará entreteniéndose con esto. —Nobuyo imitó el gesto del manejo del regulador de *pachinko*[15].

—¿Guardamos la carne para él? —preguntó Aki.

—No... Cómetela tú. —Nobuyo echó en la olla la poca carne que aún quedaba en un envase de plástico y ella misma se sirvió un bocado de fideos—. La torta con gluten[16] ya está lista.

Al oír esa palabra de labios de Nobuyo, Yuri levantó la mirada. Aki se dio cuenta de su reacción antes que nadie e hizo un guiño a Nobuyo. Esta se volvió hacia Yuri y le preguntó:

—¿Te gusta esta torta?

Yuri asintió. Desde que había llegado a la casa, esa era la primera vez que había manifestado claramente su voluntad.

Hatsue hizo unas señas a Yuri con la mano que sostenía los palillos para que fuera con ella. Yuri se acercó a la mesa. Aki recogió con los palillos un trozo de torta y lo sirvió en el plato de Hatsue. Esta arrugó mucho los labios, sopló para enfriar la torta, que se había vuelto marrón al impregnarse bien del caldo, y lo metió en la boca de Yuri. Toda la familia la miró con atención.

—¿Está rico? —preguntó Hatsue en representación de los miembros de la casa.

Mientras masticaba la torta, Yuri asintió con firmeza.

—¿La has probado antes? —preguntó Nobuyo.

—Sí.

—¿Con quién?

Yuri miró a Nobuyo a la cara y respondió:

—Con mi abuela.

Al final iba a resultar que esta niña no había estado sometida siempre a maltrato. Al enterarse de que ella también tenía recuerdos felices, todos se quedaron algo aliviados.

Aki tomó otro trozo de la torta de la olla y se lo puso en el plato.

—Si le das mucho de comer, esta noche otra vez... —Nobuyo se preocupó de que la niña mojara las sábanas de nuevo.

—En ese caso, será mejor que duerma conmigo en mi futón —propuso Hatsue con una voz extrañamente dulce.

—No, ese sitio es mío. —Aki se mostró reticente.

Ella compartía futón con Hatsue desde que había venido a vivir a la casa. Para Aki, el futón de Hatsue y su olor eran su lugar en el mundo, al igual que el armario para Shota. Por mucha lástima

que sintiera hacia Yuri, Aki no quería cederle el lugar que se había ganado por sí misma.

Hatsue extendió una mano hacia el salero que estaba en la bandeja junto a la televisión y se echó sal en la palma de la mano.

—Lámela, por favor —le dijo Hatsue a Yuri.

—¿Qué es eso? ¿Sal? —Nobuyo miró extrañada a Hatsue.

—Funciona para no orinarse en la cama... En el pasado, todos dejaban de hacerse pis con esto.

—No me lo creo. —Nobuyo miró a Aki incrédula.

Yuri lamió la sal de la palma de Hatsue y frunció el ceño. Esa expresión relajó a las tres mujeres. No habían compartido ese ambiente distendido desde hacía mucho tiempo. Yuri no había sonreído ni una sola vez desde que había llegado, pero parecía recuperar poco a poco los sentimientos perdidos.

—Ah, ya ha vuelto. —Shota, que estaba pendiente de los ruidos de fuera, se puso en pie y se dirigió a la pasarela exterior.

Había oído cerrarse la puerta automática de un coche en la calle.

—Parece un taxi, ¿no? —dijo Aki, y miró a Nobuyo.

—Lo mato... —murmuró Nobuyo. Temió que Osamu se hubiera vuelto dispendioso después de beber, ya que ese día había cobrado el jornal.

Shota descorrió la puerta de vidrio que daba al jardín y desde la pasarela exterior miró hacia la callejuela. Pronto vio que Osamu se acercaba andando agarrado al hombro de un tipo. El perro ladraba muy fuerte. Al principio Shota pensó que Osamu estaba borracho, pero no daba esa impresión. Iluminada por la farola se entrevió una muleta blanca. Shota se volvió hacia el interior gritando:

—¡Está herido! ¡Lleva una muleta!

Osamu, que llegó abriendo ruidosamente el portón, se apoyaba en el hombro del capataz, Jinbo. Hatsue, que salió a la pasarela exterior, captó la situación en el acto e hizo señas con los ojos a Nobuyo para que ocultara a Yuri en el armario empotrado. Las jugadas combinadas entre Nobuyo y Hatsue en tales situaciones de crisis siempre eran brillantes.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó Hatsue a los dos hombres recién llegados.

—Bueno, pues durante el trabajo, desde la parte superior del edificio... —respondió Jinbo con una docilidad que no casaba con su aterrador semblante.

Quizás Osamu se había caído, pues su ropa laboral estaba manchada en varios sitios. Llevaba la pierna derecha entablillada y vendada con varias vueltas.

—Vaya, vaya, vaya... —dijo Hatsue asombrada nada más verlo.

Osamu también quería evitar que Jinbo entrara en casa y le insistía:

—Bastante has hecho con traerme hasta aquí.

Sin embargo, Jinbo pensaba que Osamu se lo decía por consideración y se sentía responsable de que un subordinado suyo se hubiera lesionado, así que se ofreció:

—Te llevaré hasta dentro. —Y empezó a quitarse los zapatos.

Llegados a este punto, si la familia rehusaba la amabilidad de Jinbo, levantaría sospechas, por lo que cambió de estrategia:

—Por aquí... hay un futón. Por favor, pasad al fondo. —Hatsue condujo a los dos hombres a la sala del altar.

Nobuyo, que había estado ocultando a Yuri, apareció y preguntó a Osamu:

—¿Te la has roto?

—No..., no es más que una fisura..., pero se me ha hinchado mucho. —Osamu extendió el brazo izquierdo, que tenía libre, para imitar la hinchazón.

Shota, con la muleta que había recogido en la pasarela exterior, estaba observando la escena a distancia. Nobuyo se giró y dijo:

—Ay, Shota, ¿por qué dejas la habitación tan desordenada? Aki..., prepara un té para la visita. Aki, que acababa de encender la luz de la sala del altar, se dirigió a la cocina.

—Por eso tenía yo un mal presentimiento desde esta mañana. Pero me insististe en que me fuera a trabajar. —Osamu le soltó esta protesta inútil a Nobuyo.

Ella entendió de inmediato que él sólo quería mimos, así que no le discutió por lástima. El perro del vecino, que había estado ladrando como un loco, se calmó tan pronto como Osamu hubo entrado en la casa.

—En este estado, no podrás ir a trabajar al menos en un mes —comentó Nobuyo mientras bajaba la vista hacia Osamu, que ya estaba acostado sobre el futón. Estaba más preocupada por la pérdida de ingresos que por la salud de él.

—Cobraré la baja..., aunque esté trabajando a jornal..., ¿verdad? —Osamu se dirigió a Jinbo como implorándose.

—Sí... Tal vez. —Jinbo apartó la mirada y asintió evasivo.

—¿En serio? En ese caso, ¿no será mejor que te la rompas del todo? Una fisura parece poca cosa. —Nobuyo se había exultado tanto ante la posibilidad de cobrar una baja laboral que alegremente hizo una propuesta insensata y fuera de lugar.

—No es momento de bromas, casi me muero.

Ella casi se rio por la expresión exagerada de Osamu. Se imaginó que se habría caído por la escalera mientras estaba distraído.

Aki ofreció un té a Jinbo y lo saludó con una leve reverencia.

—Qué guapa es —comentó Jinbo mientras seguía con la mirada la espalda de Aki, que se retiraba al cuarto de estar.

—Ah... Es la hermana pequeña de mi mujer.

—De distinta madre... —Hatsue no perdió el tiempo en añadir explicaciones.

—Y ella es mi madre.

En ese momento, se produjo un estruendo dentro del armario empotrado. Era Yuri. Nobuyo se desplazó hasta delante del armario y se plantó allí.

Para disimular lo ocurrido, Hatsue tocó el pecho musculoso de Jinbo y dijo:

—Joven, qué cuerpo más fuerte... ¿Haces deporte?

—Sí, baloncesto hasta el bachillerato. —Jinbo se quedó rígido al ser palpado por una anciana desconocida.

—Oh... ¿A esto jugabas? —Hatsue confundió el baloncesto con el voleibol e imitó el gesto de un ataque-remate en lugar del gesto de encestar.

Esforzándose por comportarse como una *familia*, todos estaban sobreactuando, pero no eran conscientes de ello.

—Así que tienes familia. Estaba convencido de que eras soltero —le comentó Jinbo a Osamu,

que acababa de acostarse.

—Sí, todo el mundo me lo dice...

—Ven, enano, ven aquí un momento. Este señor es la persona más importante del trabajo de tu padre. —Hatsue hizo señas con la mano a Shota.

—No me llames enano. —Shota se acercó con la muleta y se sentó al lado de Hatsue.

—Es mi hijo mayor, Shota. —Osamu, sin incorporarse, lo señaló con un dedo.

—Hola. —Shota hizo una leve reverencia a Jinbo.

El capataz le preguntó:

—¿En qué curso estás?

—En cuarto —improvisó Shota. Sabía actuar con desenvoltura en tales ocasiones, algo bastante inusual en un muchacho de diez años.

—¡Es igual que mi chiquillo! —Jinbo sonrió por primera vez.

Yuri, ansiosa por saber lo que estaba pasando, descorrió un poco la puerta y miró por la rendija. Nobuyo, al darse cuenta, cerró bruscamente la puerta del armario a sus espaldas.

Ya había transcurrido un mes desde que Yuri empezó a vivir en el hogar.

Nobuyo procuraba estar pendiente de las noticias en la televisión y leer el periódico con más atención de lo habitual, pero el caso de la desaparición de la niña parecía no hacerse público. Había advertido a Hatsue y Shota de que la dejaran salir lo menos posible a la calle. Sin embargo, si la mantenían encerrada a cal y canto, no tenía sentido hacerse cargo de ella voluntariamente.

«Si la descubren, tomaremos medidas en consecuencia. Adoptaremos una actitud desafiante y diremos que hicimos el favor de darle protección», tenía preparado Nobuyo si las cosas se ponían feas. «Si llega a suceder esto, todo el mundo nos criticará sin ninguna duda. Pero, a cambio, sus padres se verán señalados por desatender a Yuri». Para Nobuyo, este proceder también significaba una represalia contra el trato que ella misma recibió hacía treinta años.

Desde que Osamu se había lesionado, Shota se acostumbró a *trabajar* solo. El Shinsengumi era un terreno difícil, por lo que operaba en otro supermercado más pequeño con pocos dependientes, el Sakaiya.

Ese día, Shota fue allí llevando consigo a Yuri para que observara cómo *trabajaba*.

Al salir de la tienda, cargando con la pesada mochila a la espalda, Shota huyó a toda velocidad. Yuri también lo siguió corriendo. Atravesaron por la zona de tiendas, se adentraron por un estrecho callejón y se sentaron el uno al lado del otro en un bloque de hormigón. Shota fue sacando el botín de ese día de la mochila y se lo mostró a Yuri como diciendo «¿Qué te parece? ¿A que no está nada mal?».

—Ya te enseñaré cómo se hace.

Yuri asintió con timidez. De alguna manera, su mirada parecía reflejar cierto respeto hacia Shota y este se sintió satisfecho.

A pesar de que Osamu no le había pedido nada por el estilo al muchacho, Shota estaba convencido de que tenía que encargarse de enseñar el *trabajo* a Yuri en calidad de maestro.

—Esto es lo que más te gusta, ¿verdad? —Shota sacó de la mochila la torta que acababa de robar y se la enseñó a la niña.

Ella asintió. Se trataba de aquella clase de torta hecha con gluten de trigo que su abuela le daba para comer.

—¿Tu abuela era cariñosa contigo? —preguntó Shota.

Él no tenía ningún recuerdo de su familia antes de trasladarse con la actual, ni siquiera de sus padres biológicos, ni mucho menos de su abuela. Y por eso, cuando escuchó a Yuri pronunciar la palabra abuela, experimentó cierta envidia.

—¿Vivías con ella? —preguntó a continuación.

Yuri, tras asentir, respondió:

—Ahora está en el cielo.

A lo mejor su vida había empeorado a partir la muerte de su abuela. No obstante, ella no debería aferrarse para siempre a esos recuerdos felices, pensó Shota, basándose en su mayor experiencia de la vida.

—En ese caso, olvídate ya de ella.

Ese consejo fue el más comprensivo que un muchacho de diez años podía ofrecerle a la pequeña.

Hatsue fue al banco acompañada de Aki. Ese día le ingresaban su pensión bimestral. Los ciento dieciséis mil yenes que Hatsue cobraba eran el principal ingreso para sostener a la familia.

—A ver... ¿Cómo era...? Para hacer un país mejor, el sogunato Kamakura establecido en... 1192. —Hatsue pronunció inconscientemente el número secreto delante del cajero automático.

—Que te van a oír, abuela. Es peligroso que lo digas.

—No lo he dicho.

—Que sí lo has dicho.

Esta entrañable conversación similar a un diálogo cómico entre dos humoristas, el tonto y el listo, era propia de una abuela y una nieta bien avenidas.

En el camino de regreso del banco, se acercaron a rezar al santuario próximo de la deidad del agua. Hatsue agarró la cuerda de la que pendía del cascabel en la fachada de la capilla y tiró con un fuerte impulso para asegurarse de hacerla sonar.

—Demasiado fuerte, abuela.

—Así está bien.

—¿Por qué?

—Para despertarla.

—¿A quién?

—A la deidad.

—¿Es que está durmiendo?

—Sí, claro. ¿No lo sabías?

Siguiendo el ritual de adoración sintoísta, Hatsue realizó dos reverencias, dio dos palmadas y luego hizo una tercera reverencia. A continuación metió la mano en el arca del oráculo *omikuji*[17], colocada al lado de la capilla, y sacó una tira al azar. Por último comenzó a descender la escalinata de piedra.

—¿No vas a hacer una ofrenda? —Aki, preocupada de que la oyeran, habló a la espalda de Hatsue.

En el arca estaba escrito cien yenes por ofrenda.

—No pasa nada, nadie nos mira —respondió Hatsue sin remordimiento.

Aki siguió el ejemplo de Hatsue y recogió una tira.

Mientras paseaban por el recinto iluminado por la luz del sol invernal, ambas desdoblaron al mismo tiempo sus tiras de oráculo.

—¡Uno, dos, tres, ya!

—¿Qué te ha salido a ti, abuela?

—*Suekichi*[18].

—A mí, *shokichi*[19]. ¿Y cuál de las dos es mejor? —Aki miró el oráculo de Hatsue y leyó el texto en voz alta—: «La persona esperada aparece, pero tarde».

A su vez, Hatsue miró el oráculo de Aki y leyó:

—«No hay que apresurar el compromiso matrimonial. Ahora no es el momento».

Se quedaron mirándose pensativas.

—Ninguna es demasiado buena, la verdad. —Dicho esto, Hatsue estrujó la tira de papel bruscamente y se la metió en el bolsillo del abrigo.

—Pues vaya, no nos ha salido un *kichi*[20] —protestó Aki también; tomó del bracete a Hatsue y reanudaron el paseo.

Atravesaron el recinto del templo y entraron en una antigua cafetería tradicional Kadoya, ubicada en el camino de acceso al santuario de la deidad del agua. A Hatsue le gustaba el *o-shiruiko*, la sopa dulce de judías, que ese establecimiento cocinaba desde hacía mucho, pues tenía el punto justo de sal y no era demasiado dulce. Después de mucho vacilar, Aki pidió un *anmitsu*[21].

Hatsue, delante de su postre, sostenía un trozo rectangular de papel en una mano. En ese papel titulado «Listado de servicios opcionales» figuraban el nombre de la persona, su número de habitación, el tipo de servicios y su precio. Era un documento del local de espectáculos sexuales en el que Aki trabajaba a tiempo parcial.

—¿Qué es esto de «MMV»?

—Es la abreviatura de «Mata macho virgen».

—¿Y en qué consiste?

Aki se metió un cubito de gelatina en la boca y comenzó a explicar el concepto:

—Nos ponemos un vestido de punto sin mangas, que deja ver los pechos por los laterales, y hacemos así. —Aki hizo una demostración empujando sus senos desde ambos lados y los sacudió.

—Pechos por los laterales, hummm... Así que eso es lo que está de moda... —Sin siquiera fruncir el ceño, Hatsue observó a Aki con gran interés.

—Sí. Y el establecimiento y la chica se reparten la ganancia de tres mil yenes a partes iguales.

—Qué sueerte que os paguen por eso.

Hatsue cogió con los palillos un trozo de *mochi*, el pastelito de arroz glutinoso que flotaba en la sopa, y comenzó a chuparlo con las encías haciendo ruido. Si alguien ajeno la hubiera visto, se habría espantado, pero a Aki no le importaba lo más mínimo el efecto que causaba y dijo:

—Pero tú también estás cobrando.

La pensión que Hatsue percibía era la pensión de viudedad. Aki consideraba que no había gran diferencia entre el caso de la una y la otra en el sentido de que ambas recibían dinero de los hombres.

—Porque lo mío es como una indemnización, ya lo sabes.

—¿Indemnización? ¿La pensión que cobras? —Aki trató de asegurarse de que la había entendido.

Hatsue, que se había quedado dando vueltas a la cabeza por un momento, repitió la palabra que Aki acababa de decir:

—Sí, eso: la pensión, la pensión. —Y puso el pastelito de arroz que había estado chupando sobre el postre de Aki—: Para ti.

Por mucho afecto que le tuviera a Hatsue, a Aki no se le ocurrió probar ese pastel chupado, pero tampoco mostró una aversión especial.

—Puede que sea más adecuado llamarla indemnización —dijo Aki compasiva.

Poco después de contraer matrimonio, el esposo de Hatsue se echó una amante y abandonó el hogar, dejando a Hatsue y a su hijo en común. Ella consiguió criar sola a su hijo, pero no cabía duda de que había padecido muchas dificultades. Y cabía suponer que su resentimiento por haber sido abandonada sería considerable.

Sin embargo, Aki percibía el amor intenso que Hatsue sentía por su esposo cuando relataba con nostalgia la vida acomodada que habían compartido sin hablar mal de él, ni delante de Aki ni de los demás. Y eso a ella le parecía que evidenciaba aún más la pena que la anciana guardaba en su corazón.

Mientras Aki se sumía en esos pensamientos, Hatsue le preguntó abruptamente:

—Por cierto..., ¿por qué adoptaste el nombre de Sayaka?

—¿Por qué? —Pillada desprevenida, Aki sintió que su expresión se endurecía. Sayaka era su apodo en el local de espectáculos sexuales.

—Qué mal genio tienes. —Hatsue levantó el rostro de su postre y miró a la joven.

—¿De quién habré heredado ese carácter, abuela? —Para que Hatsue no captara su verdadera intención al usar ese apodo, Aki forzó una sonrisa mientras intentaba desviar la atención del tema.

Osamu andaba por el cuarto de estar con la pierna lesionada, cuya escayola estaba ennegrecida de mugre, y Yuri estaba enchufando y desenchufando la mesa baja *kotatsu* siguiendo el ritmo de los pasos de él. Probablemente estuvieran practicando alguna estrategia.

—Muy bien, muy bien. Así es, como acabas de hacer. —Osamu acarició con fuerza la cabeza de Yuri y se sentó sobre la mesa—. Yuri, qué pronto has pillado el truco.

Yuri sonrió encantada y chocaron los cinco.

Shota desvió la mirada de ellos algo ofendido, ya que Osamu le había arrebatado a Yuri, a la que pensaba enseñar a *trabajar*.

Después de practicar, Osamu se puso a comer uvas. Era un regalo que le habían traído el capataz Jinbo y el director de la obra cuando fueron a visitarle la semana siguiente al accidente. Diez días después de la visita, aunque eran unas uvas caras, ya estaban pasadas.

—Qué tarde te vas hoy, ¿no? —le dijo Osamu a Nobuyo, que estaba fregando los platos en la cocina.

—Es por algo llamado *work sharing*.

—¿Qué es eso?

—No pueden pagarnos a todos, así que diez de nosotros entramos al mediodía.

—¿Quiere decir que la paga de miseria se reparta entre todos?

—Bueno, algo por el estilo.

Nobuyo se acercó a la mesa *kotatsu* y fue a retirar el plato de uvas a la cocina. Quería terminar de fregar lo antes posible.

—Un momento, todavía... —Osamu extendió la mano para recuperar el plato, pero no llegó a tiempo. Y se conformó con meterse en la boca el único grano que le quedaba en la palma de la mano, como si le diera pena comérselo—. Pues ya ves qué faena no poder cobrar la baja.

—Ni que lo digas. Te estamos mimando por nada...

Las expectativas de Osamu de poder vivir ociosamente por un tiempo se habían frustrado de inmediato. Nobuyo se decepcionó igualmente.

—¿No se habrá extrañado él? —Nobuyo seguía preocupada por lo que pudiera pensar de ellos Jinbo, al que no habían tenido más remedio que invitar a pasar dentro de casa el día del accidente.

—¿Qué le va a importar gente como nosotros?

—Ahora que lo recuerdo, es atractivo... ¿Es empleado fijo?

—Sí. —Por un instante, la mirada de Osamu dejó traslucir celos.

—Qué bieeen ser fijo. Lo envidio... —Nobuyo comió un grano de las uvas que le había arrebatado a Osamu y escupió el pellejo en el fregadero.

Shota recogió un supuesto objeto precioso colocado sobre la mesa de la cocina y se lo mostró a Nobuyo preguntando:

—¿Qué es esto?

—Un alfiler de corbata. Ahora es tuyo, aunque es falso. —Nobuyo puso el alfiler en el pecho de Shota y le sonrió con cierta malicia, ya que se trataba del objeto olvidado por un cliente y que ella se había traído de la tintorería a escondidas.

Manteniéndolo en el pecho alegremente, Shota entró en el armario empotrado.

Yuri, que estaba observando la escena, se levantó y, persiguiéndolo, entró en el armario detrás de él.

Shota encendió el foco del casco e iluminó el alfiler que ahora estaba en su mano. Una piedra ovalada de color anaranjado destelló. Era hermosa. Aunque era falsa, era hermosa. Yuri, que estaba sentada al lado de Shota, acercó el rostro y observó el resplandor.

—¿Lo quieres? —preguntó Shota.

—Sí —asintió Yuri dócilmente.

—Pues no te lo doy. —Le soltó la negativa con frialdad, como si hubiera tenido preparada la respuesta desde antes de preguntárselo. Se trataba de una represalia contra ella, que había aprendido el *trabajo* de alguien que no era él.

—Se supone que la pensión que cobra la vieja son unos setenta mil yenes al mes, ¿no? —preguntó Osamu mientras se rascaba el dedo gordo del pie derecho que sobresalía de la escayola.

—Setenta mil... Tiene suerte, ¿verdad?, porque los va a recibir hasta que se muera gracias a su marido.

Al quedarse a solas, la conversación del matrimonio se volvió viperina, como de costumbre.

—Qué prepotente, como si ella misma se la hubiera ganado, cuando somos nosotros los que cuidamos de la vieja —gruñó Osamu.

—Por cierto —Nobuyo acercó a él la cara, que se había vuelto maliciosa—, ¿no tendrá escondido algún ahorrito secreto?

«¡Yo también llevaba todo el tiempo pensando en eso!», se entusiasmó Osamu, y se confió a

Nobuyo:

—Creo que esa habitación resulta sospechosa. —Señaló con un dedo el cuarto de los niños, al otro lado de la sala del altar.

—Algún día, cuando la vieja no esté, buscaré...

—Calla. —Nobuyo se puso el dedo índice en los labios al oír ruido en el jardín.

Se oyó descorrer la puerta de la entrada. Hatsue estaba de vuelta.

—¡Hola! —Nobuyo la saludó con tono alegre.

—Ya estoy en casa —se oyó decir a Hatsue.

—Hola, abuela —saludó a su vez Osamu con voz zalamera, cambiando de actitud súbitamente.

—El estancque del santuario de la deidad del agua aún estaba helado...

—Ten cuidado, podrías haberte resbalado y romperte la cadera. —Ahora Osamu se había convertido en un hijo cariñoso con su madre.

—¿Y Aki? —preguntó Nobuyo mientras se preparaba para irse a trabajar.

—Se fue a hacer esto. —Hatsue imitó lo que le había mostrado Aki poco antes: arrimó los senos y los sacudió.

—Vaya, qué desconsiderada es... Debería haber regresado contigo llevándote de la mano. —Tras protestar, Osamu extendió la palma ante Hatsue, que se dirigía a la sala del altar. Sabía de sobra que ella había ido al banco a sacar la pensión.

—No estoy tan chocha. —Hatsue depositó en la palma de Osamu un paquete de dulces japoneses en lugar de dinero.

—¿Qué es esto?

—Gelatina con castañas. —Dejando a sus espaldas a un Osamu malhumorado, Hatsue cruzó el cuarto de estar, puso en el altar un sobre del banco como ofrenda, hizo sonar la campana y juntó las palmas en muestra de agradecimiento.

En el altar, la fotografía de su esposo, que había abandonado a Hatsue y su hogar, todavía seguía expuesta fielmente.

—¡Abuela, ocúpate de Yuri, por favor! ¡Si hay algo que pueda comer, apáñatelas! —Nobuyo confió la chiquilla a Hatsue desde del vestíbulo y se fue.

—¿Que me las apañe...? —Hatsue se vio en un apuro.

—Abuela... —Osamu apareció en la sala del altar con el *kuri-mushi yokan*, la gelatina espesa de judías dulces con castañas, en la mano. Tras colocarlo de ofrenda en el altar, esbozó una sonrisa adulatora y empujó el costado de Hatsue.

—¿Qué quieres? —Consciente de lo que él quería, Hatsue se hizo la inocente.

—Vámonos. —Osamu hizo el gesto de manejar el regulador de *pachinko*. Había contado con la pensión de Hatsue como fondo para el juego.

—Nada de nada, porque no sabes jugar. —Ella no le hizo caso. No era tan bondadosa como para entregar dinero a alguien que con toda seguridad lo iba a perder de una tacada.

Aki, tras haber dejado a Hatsue, se dirigió a Kinshicho. Su trabajo se hallaba en la cuarta planta de un edificio de oficinas diversas, a unos cinco minutos a pie de la estación. Se trataba de un local de espectáculos vinculado al *JK business*[22], en el que las chicas vestidas con uniforme de alumna de bachiller representaban números delante de clientes masculinos.

Había taburetes alineados ante la entrada del establecimiento y los clientes, ansiosos de que abrieran a la una de la tarde, ya estaban esperando sentados unos al lado de los otros.

En silencio, Aki pasó por delante de ellos, empujó la puerta y entró. El vestíbulo quedaba enfrente; delante había una exposición de Tenga, una marca japonesa de juguetes sexuales para hombres y mujeres. En la pared detrás del mostrador había colgada una fila de fotografías de las chicas que trabajaban en el establecimiento, marcadas con sus respectivos números. Entre ellas, había una foto de Aki vestida con uniforme de colegiala de estilo marinero. Su número era el 66.

—Buenos días —saludó Aki al gerente Wake, siempre pálido.

En el momento en que entró en el local, Aki se transformó en Sayaka.

—Sayaka, cuando vayas a faltar al trabajo, avísame, ¿de acuerdo? —advirtió Wake con una expresión extraña, que se podía interpretar tanto de afabilidad como de dolor de estómago.

A pesar de ser el gerente, no era el propietario, sino un simple empleado. Siempre sonreía como burlándose de sí mismo mientras informaba de que, si bajaban las ventas, lo despedirían al mes siguiente.

Cuando Aki entró en el local, sus compañeras estaban poniéndose los uniformes. Sus edades estaban comprendidas entre los diecinueve y los veintiocho años. Había estudiantes universitarias e incluso amas de casa. Aki, que tenía veintitrés, era la tercera en edad de las chicas mayores entre las ocho *colegialas*.

—En fin, es demasiado duro compaginar la carrera y el bar, además de esto. Ya llevo treinta horas sin dormir —dijo una estudiante universitaria, Harumi, que estaba sentada enfrente de Aki, y bostezó con exageración.

Supuestamente pasaría al cuarto y último curso ese año, pero daba la sensación de que apenas asistía a clase. Al principio había empezado ese trabajo a tiempo parcial con el fin de ahorrar dinero para estudiar en el extranjero, pero, antes de que pudiera darse cuenta, había pasado a convertirse en su ocupación principal.

Wake, el gerente, apareció en el cuarto de las chicas.

—Ayu, tienes una reserva de la sala de chat a partir de las dos y media.

—*Yeah!* —Ayu, vestida sólo con ropa interior, hizo una pose de triunfo.

En el establecimiento, tal como se denominaba eufemísticamente al local de *espectáculos* sexuales, las trabajadoras vestidas con el uniforme se masturbaban delante de clientes que ellas no veían, pues estaban al otro lado de un tablero acrílico revestido con un espejo polarizado. Así que no mantenían contacto directo con ellos.

Sin embargo, si los clientes lo deseaban, podían solicitar servicios opcionales en persona en un espacio independiente, llamado en ese mundillo «sala de chat». Había tres tipos de servicios opcionales, que consistían en que los clientes podían apoyar la cabeza en el regazo de las chicas, abrazarlas o acurrucarse con ellas. El establecimiento no era responsable de lo que sucediera en esa sala, pero sí existía la regla de repartir las ganancias obtenidas con esos servicios entre él y las trabajadoras a partes iguales. De todos modos, el establecimiento incluso consentía tácitamente otros servicios extraoficiales, cuya negociación dependía directamente de las chicas, de modo que algunos clientes frecuentaban el local con ese único objetivo en mente.

Entre las chicas que querían ganar más dinero, algunas ofrecían servicios sexuales en la sala de chat e incluso había algunas atrevidas que, después de volver a reunirse con los clientes fuera del establecimiento, iban con ellos a su residencia o a hoteles y terminaban ejerciendo casi de

prostitutas.

—Sayaka..., he recibido una reclamación por parte de algunos clientes de que llevas doble braguita, así que quítate una.

Sayaka, Aki fuera del local, sacó la lengua en señal de disculpa al ver que su truco quedaba al descubierto.

—Sayaka, no te estás tomando en serio este trabajo —le reprochó Harumi.

—No es por nada. Sólo que soy friolera.

—Ahora te toca a ti, Harumi. —Wake se dirigió a la tal Harumi con aire tímido.

—¿A quién? ¿A mí?

—Ya sabes que aquí está prohibido introducir el dedo por debajo de la braguita. Controla eso; si se descubre, el establecimiento va directo a la quiebra. —Wake seguía con la cara de sufrir dolor de estómago.

—¡A sus órdenees! —Harumi se rio despreocupadamente, admitiendo lo que hacía.

—Harumi, te lo tomas muy a pecho —bromeó Aki.

—Calla —replicó esta.

Harumi, que era muy competitiva, no quería reconocer su derrota ante Ayu. Aki no podía comprender ese tipo de rivalidad. En comparación con Harumi y Ayu, Aki no tenía demasiada motivación para trabajar allí. Casi prefería la comodidad de no tener contacto directo con los clientes. A pesar de que había algunos habituales que frecuentaban el local por Sayaka, ella no deseaba entablar una relación más allá del tablero acrílico.

—Muchas gracias como siempre. ¿Hoy es su día libre? —Sayaka sonrió al cliente cuyo rostro no veía.

«He faltado al trabajo», respondió el cliente escribiendo en un pizarrón blanco.

Este cliente habitual, al que Sayaka llamaba el *señor número 4*, era, según él, promotor de una empresa. Ella ignoraba qué edad tenía y cómo era su cara.

—Yo también he hecho novillos...

Supuestamente, Sayaka era alumna de un colegio privado de bachillerato femenino en Tokio. Como el cliente no hizo ningún comentario, Sayaka preguntó:

—¿Prefiere delante o detrás?

«Delante... porque quiero verte la cara».

—Muy bien, pues voy a comenzar. —Tras presionar el interruptor del temporizador, ella se desabrochó los botones del uniforme de marinero dejando al descubierto el sujetador. A continuación, se arremangó la falda y comenzó a bambolear las caderas.

Nobuyo, que había sido asignada al turno que empezaba al mediodía por el sistema de *work sharing*, ya llevaba dos horas de pie delante de una tabla de planchar. A su espalda, la prensa para pantalones de gran tamaño expulsaba vapor, por lo que, si uno permanecía allí durante diez minutos, el sudor le resbalaba por el dorsal del polo. Nobuyo continuó planchando en silencio, como de costumbre.

El administrador Koshiji, que acababa de volver de una de las filiales, pasó a su lado de improviso y le hizo señas: «Vente arriba».

«¿Qué querrá de mí?». Nobuyo, recelosa, siguió con la mirada la espalda de Koshiji, y de

pronto sus ojos se encontraron con los de su compañera Negishi, que estaba planchando en la tabla próxima. Nobuyo, en broma, hizo el gesto de cortarse el cuello y se echó a reír.

«En ese caso, me toca a mí antes que a ti». Negishi hizo el mismo gesto.

«¿Acaso ha descubierto el robo?».

«No lo creo, porque este tipo no tiene tan buen olfato».

Mientras planchaban, ambas continuaron comunicándose mediante señas.

La oficina estaba en la planta superior de la tintorería. En la superficie de unos ocho tatamis, aproximadamente trece metros cuadrados, las taquillas grises con las puertas abolladas y desencajadas se alineaban a lo largo de las paredes. Junto a ellas, los escritorios del matrimonio del administrador y la contable se arrimaban cariñosamente el uno al otro, y además había una mesa de madera en el centro. Los empleados almorzaban o tomaban un té en ese espacio durante sus horas de descanso.

Nobuyo, sin sentarse a la mesa, permanecía de pie en la entrada.

Después de haberla convocado, Koshiji, dándole la espalda, estaba tomándose su almuerzo tardío sentado a su escritorio.

—¿Fraude...? ¿Por qué? —preguntó Nobuyo.

—Vaya, ¿y por qué no? De hecho, estás engañando... a la compañía.

—Pero Negishi tiene que llevar a sus dos hijos a la guardería.

El problema que Koshiji planteaba no era el robo de objetos olvidados, sino haber fichado con la tarjeta de otra persona en su lugar.

—¿Y qué? —Koshiji la retó fríamente.

—Pero... ¿no es una sanción excesiva reducir el salario a la mitad sólo por llegar un minuto tarde?

Después de que la compañía hubiera recortado el salario a todos los empleados al imponerles el *work sharing* mediante un convenio unilateral, a Nobuyo no le pareció de recibo que incluso les redujeran sin más lo que les pagaban por hora.

—No es excesivo. Piensa que hay treinta empleados en esta planta. Si uno llega un minuto tarde, perjudica al resto de la plantilla. Un minuto multiplicado por treinta personas son treinta minutos, por lo que la hora se paga a la mitad.

El razonamiento de Koshiji probablemente no serviría en otras empresas, pero en esa compañía todo se decidía unilateralmente. Nobuyo en absoluto se quedó convencida, pero, al advertir que era una situación desagradable, bajó la cabeza en señal de resignación y se dispuso a salir de la oficina. A su espalda, Koshiji espetó con retintín:

—No creerás que os estáis ayudando unos a otros, ¿verdad?

Nobuyo, que ya tenía medio cuerpo fuera de la puerta, se detuvo al instante, levantó el rostro hacia el techo con los ojos cerrados y luego se volvió lentamente.

—¿Cómo ha dicho? —Su mirada adquirió una desacostumbrada frialdad.

—Conque vas a recibir una recompensa por hacer ese favor, ¿no? —Koshiji hizo el gesto de fichar la tarjeta con la mano que sostenía los palillos—. Hay testigos que te vieron enviando a Negishi para que te comprase bebidas a cambio.

A Nobuyo le dolió que su prueba de amistad hubiera sido mancillada por la palabra *recompensa*. A lo mejor alguna colega se había chivado. Le entraron ganas de darle un bofetón si

se enteraba de quién había sido.

A pesar de todo, contuvo la indignación y abandonó la oficina. No podía renunciar a ese trabajo. De pronto, los rostros de los familiares que contaban con ella aparecieron en su mente.

Hatsue rehusó la invitación de Osamu y se dirigió sola al salón de *pachinko* que había en la plaza de la estación. Su único pasatiempo era ese juego. Se puso los tapones para los oídos que había traído de casa, se aisló de los ruidos circundantes y, ya lista, se sentó ante su habitual máquina llamada Cuento del Mar, donde no tardó en perder los diez mil yenes en un santiamén.

Mientras dedicaba un rato a observar lo que la rodeaba, Hatsue parecía meditar sobre si le convenía cambiarse a otro asiento, pero aprovechó un momento en que el jugador vecino se levantó para ir al servicio, recogió una de sus cajas llenas de bolitas con una placa donde venía escrito: «Premio gordo», y la depositó delante de su máquina. Cuando sus ojos se cruzaron con los de un hombre que estaba dos máquinas más allá, Hatsue puso el dedo índice en los labios frunciendo el ceño en señal de silencio. Luego sonrió maliciosamente mientras dejaba al descubierto las encías sin dientes. Sus ojos, sin embargo, no se mostraban en absoluto risueños. El hombre se perturbó y desvió la mirada.

Hatsue había dejado plantado a Osamu, y este fue a una tienda de artículos de pesca acompañado por Shota y Yuri. No es que le apeteciera especialmente ir a pescar, sino que era fácil *trabajar* en esa tienda.

Cuando entraron en el establecimiento, Shota y Yuri, siguiendo las instrucciones previas de Osamu, fingieron estar jugando con señuelos artificiales dentro del acuario instalado cerca de la entrada. A Yuri le gustó el que tenía forma de cría de pulpo de color rosa. Junto a Shota, que estaba observando a su alrededor, ella, olvidándose de que tenía que fingir, se quedó ensimismada moviendo el hilo de pesca para averiguar el modo de que el pulpo nadara de verdad en el agua.

—Me toca el descanso —anunció a su colega el dependiente que atendía en la caja, y se retiró al almacén.

Shota, que estaba esperando ese momento, intercambió un guiño con Osamu, que se encontraba de pie frente al expositor de señuelos artificiales. Osamu se dirigió a la caja mientras arrastraba exageradamente el pie derecho que se había lesionado.

—Hola, una pregunta. Quiero pescar lubinas, pero ¿cuál es la diferencia entre un paseante y un *popper*?

—Ah, un *popper*. Venga conmigo por aquí.

Shota estaba escuchando la conversación a su espalda. Osamu siguió al dependiente y pasó junto a Shota, luego desapareció al fondo de la tienda. Había conducido intencionadamente al único dependiente del local hacia la sección de *poppers*, que se ubicaba en la parte más interna. Ya no quedaba nadie alrededor de la caja. Mientras escuchaba los pasos de la muleta, toc, toc, toc, que se alejaban, Shota esperó a que el sonido desapareciera del todo. Acto seguido, se levantó y recogió las cañas de pescar que estaban alineadas cerca de la entrada. Yuri, que seguía absorta con el pulpo, tardó un momento en ponerse en pie.

—Yuri —la urgió Shota, irritado porque no se moviera tal como habían planeado.

Yuri llegó a la entrada, desenchufó el cable del arco de seguridad y miró a Shota. Esta era la maniobra que había estado practicando con el cable de la mesa *kotatsu* bajo la supervisión de

Osamu. Shota salió disparado de la tienda. Yuri volvió a enchufar el cable y salió detrás de él.

Osamu y los dos niños se habían reunido en el aparcamiento al aire libre, y ahora iban por el camino que recorría la ribera del río. Pero sólo Shota, que no estaba convencido de su *trabajo* de ese día, caminaba por la calzada que quedaba a un nivel un poco más elevado, mirando hacia abajo a sus dos acompañantes.

—Nos ha salido genial, ¿a que sí? Yuri también ha hecho un buen trabajo.

Yuri asintió contenta y chocó su puño con el de Osamu.

—¿Habéis visto? Tal como os dije, ¿no? Sin prisas, esperar a que el número de vendedores se reduzca es el secreto del éxito —explicó Osamu con orgullo por haber completado su *trabajo* satisfactoriamente según su plan.

—Podemos hacerlo sin ella —lo interrumpió Shota, incapaz de contenerse.

—Esto es lo que se llama... *work sharing* —dijo Osamu, imitando a Nobuyo.

—¿Qué es eso?

—Compartir el trabajo entre todos, ¿entiendes?

—Esta... nos entorpece. —Shota señaló con un dedo a Yuri.

El caso es que ella había dejado pasar el momento oportuno que habían ensayado varias veces y por poco falló. Shota estaba enfadado por eso.

—No hables así, es tu hermana pequeña.

—No es mi hermana.

—Sí que lo es. ¡Yuri es tu hermana!

Dejando atrás a Osamu y a Yuri, Shota se fue corriendo. La niña lo siguió con la mirada clavada en él. El señuelo artificial de pulpo que sostenía en la mano agitaba sus ocho tentáculos.

—Eres su hermana, ¿verdad, Yuri? —le preguntó Osamu cariñosamente.

Aunque él había reanudado el camino, Yuri seguía de pie en el mismo lugar.

—¿Qué te pasa? Vámonos —la apresuró, pero ella no mostró intención de moverse—. No lo dice de corazón. Shota está en una fase de rebeldía últimamente.

Yuri era testaruda. Tardó hasta diez minutos en retomar la marcha una vez que Osamu la hubo engatusado con paciencia.

Osamu decidió por el momento ocultar las cañas de pescar robadas en el fondo del armario empotrado. Aunque eran artículos de liquidación, obtener cuatro cañas nuevas era un resultado excelente.

—Con esto, me pregunto si ya no tendré que trabajar más el resto del meees —comentó él como si canturreara.

—¿Cuánto dinero puedes sacar por ellas? —le preguntó Nobuyo mientras lo contemplaba regodearse.

—Al menos unos cuarenta mil yenes.

—¿Cuarenta mil?! —Asombrada, Nobuyo dejó de comer *o-chazuke*, un cuenco de arroz con guarnición salada y cubierto de té verde.

—Aki, ¿por qué no aportas un poco, ya que estás ganando dinero? —Nobuyo sacó el tema sin ambages al dirigirse a Aki, que estaba sentada frente al tocador cepillándose el cabello.

Esta, sin volverse hacia Nobuyo, clavó una mirada de ira en la imagen del espejo.

Ese día, después del encontronazo en la tintorería, Nobuyo estaba de mal humor. Hatsue intentó defender a su nieta:

—Ella no tiene por qué hacerlo... Fui yo quien la admitió en estas condiciones.

Hatsue la había invitado a vivir allí con la condición de no cobrarle ni el alquiler ni los gastos.

—Como le consientes en exceso, se aprovecha de ti, abuela —advirtió Nobuyo.

Aki dejó de cepillarse el pelo. Tras una pausa, sin poder contenerse más, se volvió hacia Nobuyo.

—¿Quién se aprovecha de la abuela? Sois vosotros los que abusáis de ella.

—¿Abusar? Ten cuidado con lo que dices. —Nobuyo se mostró desafiante ante la penetrante mirada de Aki.

—Probad a abusar de mí, vamos —bromeó Hatsue, tratando de distender el ambiente.

—Ja, ja, imposible —secundó Osamu para hacerlas reír.

—No importa, porque me di de alta en la póliza del seguro para no morir sola —dijo Hatsue sin dejar de coser. Estaba arreglando una vieja camisa de Nobuyo para Yuri.

—¿Cómo se supone que se llama ese tipo de seguro? —Mientras murmuraba eso, Osamu se levantó para ir al lavabo.

Nobuyo se sintió ofendida porque parecía que todos se habían reído de su opinión, pero se resignó a dejar de criticar a Aki.

Tal vez Aki hubiera captado el cambio de actitud de Nobuyo, porque recuperó rápidamente su sonrisa y se metió bajo el edredón de Hatsue.

—Buenas noches, abuela. —Encajó sus pies helados entre los pies de Hatsue—. Ay, qué calorcito me das. —Ese momento era el más feliz del día para la joven.

—¿Te ha sucedido algo desagradable hoy? —inquirió Hatsue.

—¿Por qué?

—Porque tienes los pies más fríos de lo habitual.

Hatsue solía decir cosas así de supersticiosas, que Aki nunca sabía si eran acertadas o no. Sin embargo, ese día sí que acertó.

—No puedo ocultarte nada, abuela. —El hecho de que Hatsue hubiera adivinado cómo se sentía le pareció la prueba de la intimidad que se había establecido entre ellas, y se sintió satisfecha.

Hatsue miró fijamente el rostro de Aki, que acababa de apoyar la cabeza en su regazo, y comentó:

—Qué envidia me das con esa nariz tan bien formada...

—¿Ah, sí? Pues a mí no me gusta mucho. —Aki se tocó la nariz.

Tenía unos rasgos bien definidos y estaba rodeada de un aura inteligente. Cuando iba por la ciudad, cualquiera la tomaría por una estudiante universitaria, sin el aspecto decadente que a menudo reflejan las chicas que trabajan en el negocio de la restauración y del entretenimiento. Quizá por la impresión impecable que ella dejaba traslucir a los hombres, no conseguía demasiada popularidad en su trabajo.

—¡Yuriii, ven un momento! ¡Tómame la sal antes de dormir! —Nobuyo buscó a la niña.

Desde el primer día, cuando mojó las sábanas, Yuri había vuelto a hacerlo ocasionalmente. En consecuencia, Nobuyo había decidido darle un poco de sal antes de acostarla siguiendo las instrucciones de Hatsue, por más que le pareciera una superstición.

—Está allí. —Osamu señaló el vestíbulo al tiempo que se cepillaba los dientes en el lavabo.

—¿Por qué?

Cuando Nobuyo, salero en mano, fue al vestíbulo, vio a Yuri sentada en el borde del pasillo dando la espalda al interior.

—¿Qué te pasa?

Yuri no respondió.

—Te vas a congelar si sigues aquí. —Nobuyo se sentó en cuclillas al lado de la niña.

—¿Va a regresar? —Yuri empuñaba con fuerza el señuelo de pulpo.

—¿Es que estás preocupada por Shota?

Una niña de cinco años, que había sido maltratada por sus padres hasta hacía poco, se preocupaba por otra persona. Eso sorprendió a Nobuyo. ¿Cómo era posible que pudiera mostrar tanta ternura por los demás? Clavó la mirada en el perfil de Yuri como si estuviera viendo un marciano.

—No es culpa tuya. —Acarició con cierta rudeza la cabeza de la niña y se dio la vuelta hacia la cocina con aire furtivo.

Nobuyo llegó hasta el fregadero sin respirar, y entonces se volvió hacia el vestíbulo. Osamu salió del cuarto de baño y apareció con el cepillo de dientes en la boca.

—Nobuyo, ¿qué te parece si llamamos al seguro de la vieja «contra la contingencia de una muerte en soledad»?

Ella no fue capaz de enfadarse ni de reírse ante semejante idea absurda.

—A pesar de haber sufrido lo que sufrió... por obra de sus propios padres. —Nobuyo miró la frágil espalda de Yuri, que aún seguía sentada en el vestíbulo.

Osamu comprendió de inmediato lo que quería decir.

—Ya, no es el momento de que se preocupe por los demás. —A Osamu la ternura de Yuri le suscitaba verdadera admiración.

—Alguien que crece siendo humillado, oyendo cosas como que habría sido mejor no traerlo al mundo, no sería capaz de comportarse como ella, ¿verdad?

Osamu y Nobuyo se miraron el uno al otro. Nobuyo le había oído decir esas hirientes palabras a su madre sin cesar desde que era pequeña. Y tanto los padres como los amigos de Osamu habían negado siempre su existencia.

—No... en los casos normales...

—Es que no puedes ser amable con la gente.

—Sí..., es difícil serlo. —Osamu también había crecido con esa incapacidad.

—Porque, si no, no puedes seguir adelante...

Si Yuri hubiera tenido un carácter retorcido, Nobuyo habría podido justificar también su propia personalidad y malicia, pensó ella. Pero ante una criatura como Yuri no tenía más remedio que admitir que sus propios defectos eran responsabilidad exclusivamente suya. «Quiero creer que mi desgracia es culpa de mi madre. ¿O acaso a mí no se me permite ni siquiera mimarme?». Delante de Yuri, Nobuyo no podía evitar verse a sí misma como un ser extremadamente desgraciado. Pero no había traído a Yuri a su casa para luego sentirse peor de lo que estaba.

En el aparcamiento al aire libre junto al río, Shota estaba sentado de nuevo en el asiento del coche fuera de circulación. Iba allí cada vez que quería estar solo.

La luz de la luna entraba por la ventanilla de celofán y, de vez en cuando, se oían los reventones del motor de los barcos que navegaban por el río. Shota se sintió como si estuviera en el fondo del agua.

¿Qué le había irritado tanto de Yuri? Él mismo no lo entendía bien. Para no pensar más en esos detalles, llevaba ya unas dos horas frotando con un trozo de hormigón un engranaje de hierro que había recogido por ahí.

Se oyeron unos golpecitos en la luna del coche. Cuando Shota levantó el pañuelo que tenía colgado en la ventanilla y miró afuera, Osamu estaba allí de pie. Echó el aliento contra el cristal y lo frotó con la manga del abrigo para poder ver dentro.

—Aquí estás.

Shota no respondió. Osamu rodeó el vehículo para ir al otro lado, abrió la puerta y se acomodó en el asiento del conductor.

—¡Qué frío! —gritó tras agarrar el volante—. Yuri está preocupada por ti y te está esperando sentada en la entrada, sin quitar el ojo de la puerta.

Shota seguía frotando el engranaje.

—¿No te gusta Yuri?

Shota asintió con la cabeza. No había motivos para que no le gustara.

—Entonces..., ¿por qué estás enfadado?

Shota paró de frotar el engranaje. La sirena de una ambulancia sonaba en la lejanía.

—Me lo paso mejor cuando estamos tú y yo solos. —Manifestó directamente los sentimientos que antes no había sabido expresar. Al soltarlo, por fin él mismo pudo comprender el origen de su irritación.

—Es verdad, pero Yuri se sentirá más cómoda estando con nosotros si hace algo útil.

Eso era muy cierto. Y, por lo mismo, Shota también quería ser útil aprendiendo el *trabajo* cuanto antes. Él asintió con la cabeza.

—Venga..., ¿ya lo has entendido?

—Sí. —Shota puso mala cara deliberadamente.

—Yuri es tu... —Osamu presionó a Shota.

—... hermana —asintió con resignación.

—Bien, y entonces ¿quién soy yo? —preguntó Osamu como si se tratara de una adivinanza.

Shota se mantuvo en silencio.

—Soy tu... —Los labios de Osamu dibujaron la forma de *pa*.

Quería que Shota lo llamara *papá*, y él entendió su intención.

—Qué pesado eres. —Shota desvió la vista y miró fuera a través de la ventanilla.

—So antipático... ¿Por qué no me llamas así aunque sea una vez?

Shota nunca lo había llamado «papá».

—Algún día, ¿vale? —Shota se zafó de la presión de Osamu.

—Está bien. Algún día, ¿de acuerdo?

Osamu se resignó y extendió un puño hacia Shota. Este chocó su puño de mala gana contra el

suyo y salieron del coche.

Osamu, que había venido sin la muleta, se movía despacio por el aparcamiento mientras arrastraba el pie derecho. Sólo el crujido de los pasos sobre el suelo de grava resonó en el cielo nocturno de invierno.

—¿Has vendido ya las cañas? —preguntó Shota.

—Las tengo guardadas.

—Qué bien.

—¿Quieres...? —Osamu hizo el gesto de pescar.

—Sí.

Osamu pensó en ir a pescar con el muchacho a solas antes de sacar dinero por las cañas robadas.

—Por cierto..., ¿conoces el cuento «Swimmy»? —preguntó de repente Shota.

—Es que tu padre... no sabe inglés —respondió Osamu apurado.

—Es Nadarín, no es inglés. Venía en el libro de texto de japonés.

—Tu padre... sabe aún menos japonés.

—Es una historia en la que los peces pequeños derrotan entre todos a un atún grande... Pero ¿por qué crees que lo derrotan?

Osamu se puso a cavilar.

—Porque el atún es delicioso, por supuesto —respondió Osamu con seriedad.

Ante esta respuesta excesivamente absurda, Shota la descartó de inmediato:

—Creo que no es eso.

—Jo, hace tiempo que no pruebo el atúúún... —Osamu extendió mucho los brazos en forma de la boca de pez e hizo el gesto de atacar a Shota—. ¡Ñam, ñaaam!

Shota huía de un lugar a otro por todo el aparcamiento mientras reía. Osamu lo perseguía levantando y bajando los brazos extendidos como alas.

La luz pálida de la farola iluminaba sus siluetas. Parecían dos peces nadando en el fondo del mar. El fondo del mar era oscuro y frío, pero ellos gritaban con alegría mientras uno perseguía al otro con insistencia y este huía interminablemente.

# CAPÍTULO 3

## EL BAÑADOR

La lluvia que había caído durante toda la noche cesó y Nobuyo se puso a tender la colada en el jardín. Con cada nuevo chaparrón, el clima anunciaba la primavera; los cerezos florecieron y, tan pronto como sus pétalos se dispersaron, el verdor lo inundó todo. Incluso el jardín abandonado desde hacía tiempo estaba lleno de una variedad de plantas de tono verde amarillento cuyos nombres ignoraba Nobuyo.

Osamu, aún con la ropa de dormir, también salió al jardín mientras tarareaba «Hay un mañana» y recogía fresas silvestres que se llevaba a la boca.

—Menudo ruido en Hobby anoche. No puedo sacarme el sonsonete de «Hay un mañana» de la cabeza.

Al parecer, se había celebrado una fiesta de bienvenida en honor a los nuevos empleados de una empresa en el bar de copas de la callejuela trasera, donde los borrachos no pararon de cantar a voz en grito esa canción.

—Es que estamos en la Golden Week[23]... para la gente —explicó Nobuyo mientras tendía bajo el alero el futón que Yuri había vuelto a mojar.

—Jo, qué tranquilos viven los asalariados. —Osamu se dio bruscamente un guantazo en el cuello—. ¡Maldita sea! ¡Maldita sea!

—¿Ya hay mosquitos?

Tras dar una respuesta ambigua, Osamu se dirigió hacia el fondo del jardín, donde había un tendedero viejo, persiguiendo el mosquito que se le había escapado.

—Vaya.

—¿Sí?

—Nobuyo, ¿sabías que había un estanque aquí? —Señaló al lado de la tapia, a un punto en el que se abría un hoyo redondo bordeado de piedras.

Cuando Nobuyo se fijó en él, vio un hoyo relleno de tierra y fragmentos de tejas rotas, mientras que las piedras del borde estaban unidas con hormigón.

—Por aquel entonces, el abuelo tenía unas carpas —explicó ella, tal como había oído de Hatsue.

—No es tan grande como para poder criar carpas... Será otro de los cuentos de la vieja. —Osamu señaló con el mentón a la anciana, que aún dormía en la sala del altar.

Hatsue, que tiempo atrás se levantaba antes que nadie de la familia, últimamente solía

quedarse durmiendo hasta casi mediodía. Esa mañana tampoco había salido aún de su futón.

—Pero parece que todo este barrio era propiedad de su marido. —Nobuyo recorrió con la vista los elevados bloques de pisos que rodeaban la casa.

—Diga lo que diga ella, nadie lo recuerda ya...

Cuando su esposo amasó una fortuna especulando en el mercado de las verduras, tenía un chófer privado y una segunda casa en Karuizawa, el famoso lugar de veraneo, y un largo etcétera de otras comodidades. Los recuerdos de Hatsue eran tan ajenos a su situación actual que carecían de verosimilitud. Aunque no chocheaba, a menudo decía cosas incoherentes, por lo que Osamu y Nobuyo le creían sólo la mitad.

—En fin, no es nada fácil corregirte las malas costumbres... —Mientras tendía el futón con el cerco de humedad, Nobuyo miró a Yuri, que se hallaba sentada en la pasarela exterior y que a su vez observaba lo abatida que estaba ella—. Pero me pregunto..., ¿de verdad esto lo ha hecho Yuri? —Nobuyo acercó exageradamente el rostro al futón, lo olfateó y echó una mirada recelosa a Osamu.

—Venga ya, ¿qué es lo que estás sospechando?

Nobuyo dio una vuelta alrededor de Osamu, husmeando.

—¡Basta, idiota!

Las entrañables voces de la pareja haciendo el tonto resonaron en el jardín.

En ese momento, Shota, que estaba viendo la televisión en el cuarto de estar, salió disparado a la pasarela exterior.

—Es Yuri. ¡Yuri sale en la tele!

Tras una pausa, Osamu y Nobuyo intercambiaron unas miradas. En cuanto comprendieron la situación, se precipitaron dentro por la pasarela.

—Mirad. —Shota señaló el monitor, en el que aparecía la imagen de Yuri jugando al hula-hula en una función de la guardería o algo por el estilo.

—*Una niña de cinco años, residente en el distrito de Arakawa en Tokio, sigue en paradero desconocido desde febrero de este año. Su nombre es Juri Hojo. La desaparición salió a la luz porque la directora de la guardería se preocupó por su repentina ausencia y contactó con la policía. La policía ha abierto una investigación penal. Cabe la posibilidad de que la pequeña Juri sea víctima de maltratos habituales, y la policía ha pedido a sus padres que los acompañen voluntariamente a la comisaría, donde les está tomando declaración.*

El suceso estaba siendo narrado por el presentador con un tono tenso mientras sonaba de fondo música de suspense, como la de las series de detectives.

—Vaya... Pero no te llamas Yuri, sino Juri. —A Hatsue le sorprendió eso en primer lugar.

Yuri, que había entrado en el cuarto de estar detrás del matrimonio, asintió tímidamente.

En el plató de televisión, el presentador y un pedagogo estaban comentando sus sospechas acerca de que los padres de la criatura no hubieran denunciado su desaparición en dos largos meses. Por lo visto, los padres habían explicado tanto a la guardería como a las personas de su entorno que habían confiado a su hija a unos familiares.

—En este caso, se sospechará que sus padres la han matado —comentó Nobuyo mientras se regodeaba: «¡Os está bien empleado!».

—Tiene mala pinta... No me gusta... —Osamu se alteró al ser consciente por fin de que había cometido un error grave con su ocurrencia de llevarse a la niña.

—Pero, mozo, ¿ahora te das cuenta de eso? —Hatsue le evidenció su error en representación de la opinión unánime del resto de la familia.

Osamu, tan pronto como corrió al lado de Juri, la agarró por los hombros, le acercó la cara y le preguntó:

—Yuri, ¿crees que sabrás llegar sola a casa?

Nobuyo también se acercó, se sentó junto a él y, mientras clavaba una mirada escrutadora en la niña que tenía delante, dijo:

—Ya es demasiado tarde, Osamu.

—¿Qué quieres hacer, Yuri? ¿Te vas? —Osamu trató de conminar a la criatura a tomar una decisión, cuando fue él mismo quien lo provocó todo.

—Te quedas aquí... ¿Verdad, Yuri? —Empujando a Osamu a un lado, Nobuyo acarició el cabello de Juri—. Quieres estar con nosotros, ¿no?

Juri, que permaneció pensativa un rato mientras paseaba la mirada de Osamu a Nobuyo y viceversa, asintió con firmeza ante las últimas palabras de Nobuyo.

Hatsue, sentado en la pasarela exterior, aconsejó a Nobuyo:

—Si decidimos quedarnos a la chiquilla por un tiempo, será mejor que le cambiemos también el nombre.

—Tienes razón —asintió Nobuyo, que en ese momento usaba las tijeras con sus manos desmañadas y le cortaba el pelo.

Había sacado a la pasarela un taburete tapizado de tela azul claro, que normalmente estaba en la cocina, y había extendido un periódico a su alrededor. Había hecho un agujero en el fondo de una bolsa de basura y la había embutido por la cabeza de Juri.

—Parece un *teru teru bōzu*[24] —comentó Shota, lo que arrancó unas risas a todos.

Toda la familia reunida en el cuarto de estar observaba la escena. Juri, que se había convertido en el centro de atención, se mostraba algo avergonzada mientras entrecruzaba las piernas desnudas en una pata del taburete.

Para Nobuyo era la primera vez que cortaba el pelo a otra persona. De hecho, antes apenas había rozado el cabello de una niña.

Cuando decidieron cortar el pelo a Juri, todos pensaron espontáneamente en la mujer para que llevara a cabo la tarea en calidad de madre. Pero ella no tenía ni la menor idea de cómo hacerlo. Su madre se dedicaba al negocio del entretenimiento nocturno desde que Nobuyo era pequeña, de modo que apenas cocinaba ni jugaba con su hija. Cuando Nobuyo era niña, se cortaba el pelo en una barbería cercana y, a partir de la secundaria, se lo cortaba en una peluquería apañándose con el dinero que su madre le daba de vez en cuando para los gastos menores. El primer hombre con el que Nobuyo había estado fue un peluquero al que había conocido allí. Eso fue a sus dieciséis años.

—¿Qué os parece Hana[25]? Si yo hubiera tenido una hija, la habría llamado así —propuso Hatsue alegremente.

—No tiene pinta de Hana, ¿no? —Nobuyo nunca había pensado en la posibilidad de ponerle nombre a una criatura. Se sentía emocionada y quería uno más adecuado para la niña—. ¿Qué tal Lin[26]?

Se había acordado de una compañera de primaria, de facciones refinadas y que siempre

llevaba una cinta blanca en el pelo. Si no recordaba mal, se llamaba Lin. Debido al trabajo nocturno de su madre, las madres de sus compañeros de clase despreciaban a Nobuyo. Y nunca la habían invitado a las fiestas de cumpleaños. Sólo se salvaba Lin, por su gran corazón, que jugaba con ella sin ningún tipo de prejuicio.

—¿Cómo se escribe Lin? ¿Con el signo de cascabel? —preguntó Hatsue.

—No..., así. —Nobuyo blandió las tijeras y dibujó un sinograma en el aire.

Hatsue también movió su propio índice, siguiendo los movimientos de las tijeras, y dijo:

—Pero este signo es con el radical quince, no con el radical ochenta y cinco[27].

—Disculpa, es que dejé los estudios antes de graduarme en el bachillerato...

Nobuyo le quitó bruscamente la bolsa de basura a Juri y le dio la vuelta para ponerla de cara a los demás.

—Listo.

—Oh... Qué guapa. —Osamu miró fijamente el aspecto de Juri—. Ya no te reconocerán.

Le habían cortado el pelo, no porque hubiera cambiado la estación del año, sino para camuflar su identidad. Era cuestionable hasta qué punto un simple corte de pelo la haría parecer otra persona. Sin embargo, después de haberle cortado hasta la altura de la barbilla el largo pelo de dos coletas, la impresión que producía había variado considerablemente.

—¿Quieres verte en el espejo? —Aki, que estaba observando a Juri, la llamó con la mano.

Juri asintió y corrió, como compitiendo con Aki, hacia el tocador de tres espejos que había en la sala del altar. Aki sentó a Juri en su regazo, comparó su cabello negro con el de la niña y exclamó:

—¡Qué clariito al lado del mío! Qué envidia me das, te ahorrarás el tinte.

Juri sonrió tímidamente.

—Sabes, yo también tengo otro nombre.

—¿Cuál es? —preguntó Juri hacia la imagen de Aki reflejada en el espejo.

—Sayaka...

Juri se quedó un rato pensativa y afirmó:

—Lin me gusta más.

—A mí también. —Aki se rio alegremente.

Después de haber terminado la *ceremonia ritual* para darle la bienvenida a Lin como miembro de la familia, Nobuyo y los demás salieron de compras.

La casa entonces se sumió en el silencio.

Osamu, que se había quedado cuidando de la casa, mientras bebía leche directamente del envase que acababa de sacar del frigorífico, contemplaba el bloque de pisos vecino desde la ventana de la cocina.

En un balcón del apartamento, una pequeña bandera *koinobori*[28] flameaba al viento. Un muchacho, tal vez de edad similar a la de Shota, vestido con un uniforme azul nuevo, estaba jugando al fútbol con su padre en el aparcamiento al aire libre.

—Veinticuatro, veinticinco, veintiséis...

Igual el padre era un jugador casi profesional, pues hacía maravillosas piruetas con el balón delante de su hijo.

—¡Y treinta! —gritaron a coro padre e hijo.

—¡Eres geniaaal, papá!

—¿Has visto?

—¡Otra vez, por favooooor!

El padre volvió a hacerlo.

Osamu dejó el envase de leche que se había terminado en la mesa, recogió una bolsa de supermercado y la infló.

—Uno, dos, tres, cuatro... —Para no ser menos que el padre del vecino, fue haciendo piruetas hábiles con la bolsa inflada, llegó hasta el cuarto de estar y se tumbó bruscamente en el suelo de tatami—. Shota —lo llamó simulando como si lo tuviera delante—. Eres geniaaal, papá —murmuró imitando una voz de niño.

—¿Es que eres un niño?!

Sorprendido, Osamu se volvió hacia la voz. Aki, que estaba echada en la zona del altar con las puertas abiertas, lo miraba mientras se reía. Al parecer, ella tampoco había acompañado a los demás a ir de compras. Osamu comenzó a lanzar la bolsa de plástico hacia el techo.

—Osamu..., ¿cuándo lo haces con Nobuyo? —Aki debía de haber considerado que era una buena ocasión para resolver sus dudas, puesto que ellos dos casi nunca se quedaban a solas.

—¿Cómo?! ¿Hacer qué? —Osamu se puso algo nervioso.

—¿Vais a un *love hotel*[29] en secreto?

—Ya no... necesitamos... esas cosas. —Osamu trató de mostrar la calma de un hombre maduro, pero, por el contrario, se le crispó la cara.

—¿De verdad? —Aki se incorporó y se volvió hacia él.

—Sí —sonrió a Aki—, porque estamos conectados, no por aquí, sino por aquí —afirmó mientras se tocaba primero el bajo vientre y luego el pecho.

—No me lo creo —replicó Aki con cierto desdén.

—Entonces, ¿cómo crees que estamos conectados? —Osamu se puso algo serio.

—Por el dinero. Es lo normal —reafirmó con la mirada de una entendida.

Osamu se preguntó a qué tipo de adultos había estado viendo ella a lo largo de su vida de tan sólo veintitrés años.

—Ya sabes que Nobuyo y yo no somos normales —dijo Osamu alegremente, y volvió a jugar con el balón improvisado.

Aki se quedó mirándolo un rato, pero luego ella también se tumbó bocarriba y sonrió con disimulo.

Hatsue, Nobuyo, Shota y Lin se dirigieron juntos a un centro comercial en la plaza de la estación. Tras atravesar un parque, descendieron una cuesta que conducía a la estación. Más allá de un grupo de edificios se veía claramente la Skytree[30]. Mientras caminaba junto a Lin, Shota se volvió un instante hacia Nobuyo y Hatsue, que los seguían un poco rezagadas. Luego le preguntó a Lin:

—El señor te salvó, ¿verdad?

La niña asintió.

—Te caen bien la señora y la abuela, ¿verdad?

Ella volvió a asentir.

—En este caso... puedes adaptarte a vivir en nuestra casa, ¿verdad?

—Sí, puedo —afirmó ella, esta vez con firmeza.

—Muy bien; entonces, a partir de hoy eres Lin, ¿de acuerdo? —Shota le entregó el alfiler de corbata que Nobuyo le había regalado a él. Se trataba de aquel con la piedra preciosa falsa.

—Sí. —Lin levantó ese tesoro contra el cielo azul. La piedra de color anaranjado era hermosa. Se guardó el alfiler en un bolsillo de la falda con mucho cuidado.

Nobuyo, a pesar de su naturaleza impasible, había vacilado en salir a la calle con Lin, dado que la noticia de su desaparición acababa de hacerse pública de esa forma tan ostentosa. Aun así, se atrevió por consejo de Hatsue: «En casos como este, atraeremos menos sospechas si nos comportamos con normalidad». Nobuyo pensó que le había hecho caso a la anciana seguramente animada por el buen tiempo que hacía ese día. Al fin y al cabo, no había hecho daño ni había matado a nadie. Vivir a escondidas no era su estilo.

Shota y Lin, que caminaban delante de ellas, parecían auténticos hermanos. Nobuyo admiró lo rápido que se adaptaban los niños a las situaciones.

—Estaba convencida de que regresaría a su casa —comentó Hatsue mientras la agarraba por el codo.

—¿Crees que nos ha elegido por algún motivo en particular?

Ambas se rieron un poco.

—Normalmente nadie escoge a sus padres —sentenció Hatsue.

—Pero puede que sea más fuerte cuando escoges tú, ¿no crees?

—Fuerte ¿qué? —devolvió la pregunta la anciana.

—Ya sabes..., un vínculo, *el vínculo* —respondió Nobuyo medio en broma a propósito. Era una palabra tan sincera que le avergonzaba decirla sin disimulo.

—Yo también te escogí a ti, que lo sepas. —Hatsue cambió de tono al oír las palabras de Nobuyo.

«¿Hasta qué punto lo dice en serio?». Nobuyo no pudo adivinar la verdadera intención de Hatsue, pero, aunque lo hubiera dicho en broma, se habría sentido igual de feliz. Ahora fue Nobuyo quien empujó con el codo a Hatsue y soltó entre risas:

—No digas eso, que me emociono.

Shota y Juri llegaron al final de la cuesta y echaron a correr.

—¡Te vas a caer, Yuri!

Reaccionando a esa advertencia, Lin se volvió atrás automáticamente.

—Ah, no, quiero decir..., ¡Lin! —Nobuyo se rio en voz alta.

Hatsue también se rio con su boca sin dientes abierta de par en par. Nobuyo estaba feliz. Deseó que esta felicidad le durase para siempre. «Ojalá ella hubiera sido mi verdadera madre», musitó en su interior.

Al igual que Lin y Nobuyo, Hatsue y Nobuyo también eran una madre y una hija que se habían escogido mutuamente.

Hacía unos ocho años, Nobuyo trabajaba como camarera en un bar de copas de Nippori. Osamu era un cliente habitual de ese local, pero llegó un punto en que se acostumbró a pasar detrás del mostrador y atender a los clientes.

Pronto, él pasó a vivir en el estudio de Nobuyo, que hasta entonces residía ahí sola tras haber

huido del maltrato al que la sometía su marido. Y en un salón de *pachinko* Osamu conoció a Hatsue.

Osamu se dio cuenta de que Hatsue trataba de robar las bolitas del jugador que tenía al lado, se interesó por ella y la visitó en su casa. Ese fue el inicio de su amistad.

Hatsue también vivía sola en esa época. Su hijo, a quien había criado sola, siguió a su lado durante un tiempo incluso después de haberse casado. Sin embargo, Hatsue no congenió con su nuera, que tenía un carácter fuerte, por lo que los recién casados se mudaron a otro lugar en menos de un año después de la boda.

Desde entonces, Hatsue no había tenido noticias de su hijo. Únicamente oyó el rumor de que a él lo habían destinado por trabajo a Hakata, en el sur de Japón, y que vivía allí con su familia.

Osamu era el verdadero nombre de su hijo y el nombre de su nuera era Nobuyo. Cuando decidieron que la pareja se fuera a vivir a casa de Hatsue, decidieron adoptar ellos esos nombres.

Igual que Lin no era Lin, Nobuyo no era Nobuyo ni Osamu era Osamu. Con Aki incluida, casi todos los que vivían allí tenían dos nombres.

Nobuyo y los demás iban por el departamento de ropa infantil de un centro comercial. Ahora que ya le habían dado a la niña el nombre de Lin y habían decidido convivir como una familia, Nobuyo quería comprarle ropa adecuada y favorecedora, en lugar de vestirla con las prendas de segunda mano de Shota.

—Ya está toda la colección de verano —murmuró tras coger un vestido que estaba colgado en el expositor.

Al fondo del departamento incluso los bañadores se veían expuestos en fila.

—Lin, ¿has estado en la playa alguna vez? —preguntó Nobuyo.

La niña negó con la cabeza.

—¿Y tú, muchacho? —preguntó Hatsue.

—Sí, tal vez —respondió Shota, pero no porque tuviera un recuerdo claro.

—Así que tal vez... —Hatsue se rio.

—Pues ¿y si nos vamos todos juntos a la playa? —Nobuyo extendió la mano hacia un bañador de niña y miró a Lin.

—En ese caso, voy a echar un vistazo a los flotadores. —Shota, lleno de alegría, se fue corriendo.

Nobuyo le puso a Lin un bañador azul en el probador. El bañador tenía un lazo blanco en el pecho, un detalle adorable. En ese momento, Hatsue apareció con una gran cantidad de ropa infantil en brazos, la descolgó de las perchas y comenzó a embutirla en la bolsa.

—Esta es para Shota... y esta es perfecta para Lin, ¿verdad?

—Que no va a caber tanto... —advirtió Nobuyo en tono quedo.

—Entonces, se lo lleva puesto, ¿te parece?

La falta de culpabilidad de Hatsue en tales ocasiones era idéntica a la de Osamu.

Nobuyo renunció a discutir con la anciana y le alcanzó un bañador amarillo a Lin.

—Después de todo, el amarillo le sienta bien.

—Porque tiene el pelo castaño —convino Hatsue.

—¿Te quedas con este, entonces? —Nobuyo miró a Lin.

La criatura, que se había mostrado avergonzada todo el tiempo, sacudió violentamente la cabeza en gesto de negativa.

—¿Cómo?! Pero ¿es que no lo quieres? —preguntó Nobuyo desconcertada.

—No.

—Pero ¿por qué?

—¿No me pegarás?

—¿Cómo?

—¿No me pegarás luego..., en casa?

Nobuyo entendió por fin la reacción de la niña. No es que le diera vergüenza.

«La criatura recibía tortas cada vez que su madre le compraba ropa. Seguro que su madre se la compraba para luego pegarle. Y por eso, con sólo verme comprándole ropa, se ha acordado de ese dolor y se ha angustiado. ¡Pobrecilla!». Le entraron ganas de llorar. Deseó llorar en lugar de la cría, que era incapaz de hacerlo aunque quisiera.

Posó la palma en el hombro de Lin. Su hombro se estremeció.

—No te preocupes. No te voy a pegar, te lo prometo —dijo Nobuyo con la voz más dulce que pudo.

—Uno, dos, pescado, seta, gorilita, verduritas y hierbas, el tofu podrido.

Lin salió de la bañera después de haber repetido tres veces con Nobuyo las rimas infantiles para contar hasta diez en japonés que le había enseñado. Lin parecía tan encantada con el bañador que se bañó con él puesto. Ahora, fuera de la bañera se puso a jugar con el señuelo artificial robado en la tienda de artículos de pesca.

—¿Qué es eso? —preguntó Nobuyo desde dentro de la bañera.

—Es para atrapar un pez. —Lin le mostró el señuelo en forma de pulpo.

—Parece de verdad, ¿eh? —Nobuyo cogió el pulpo que le alargaba la mano de la niña, lo dejó flotar en el agua y lo agitó. Sus ocho tentáculos se movieron levemente hacia derecha e izquierda.

—¿Qué te ha pasado aquí? —Lin señaló una marca de quemadura en el brazo izquierdo de Nobuyo.

—Ah, ¿esto? Con la plancha caliente, ¡chas...! —Nobuyo se tocó la marca con la mano derecha. Era una cicatriz antigua, de poco después de haber comenzado a trabajar en la tintorería.

—Yo también. —Lin le enseñó el brazo izquierdo.

Allí tenía una marca de quemadura similar. Su forma alargada, como una hoja de sauce, era igual que la de Nobuyo. Probablemente hubiera sido un castigo de su madre. Cada vez que le preguntaban por la cicatriz, Lin alegaba una mentira evidente: «Me caí». Pero esta era la primera vez que admitía que era una quemadura.

Ambas juntaron los brazos, uno al lado del otro, y compararon las cicatrices. Lin extendió la mano sin pararse a pensarlo, tocó la cicatriz de Nobuyo y empezó a acariciarla.

Nobuyo contuvo el aliento. Sintió que el latido del corazón se le aceleraba dentro del agua. Era una sensación que nunca había experimentado.

—Gracias... Ya no me duele... Se ha curado...

Pero Lin negó con la cabeza y continuó acariciando la cicatriz de Nobuyo.

«Lin seguramente esté tocando su propia quemadura. Esa herida no se le ha curado y todavía se resiente. En lugar de palpar la suya, está acariciando la mía». Mientras pensaba esto, Nobuyo sintió que el cuerpo le ardía. No obstante, fue incapaz de decirle a la niña: «¿Salimos ya?».

—Nadarín nadó en el fondo del mar oscuro. Tenía miedo. Se sentía solo y muy triste. —Shota leía en voz alta el viejo libro de texto de japonés mientras apoyaba la cabeza en el flotador que le servía de almohada.

Osamu, apoyado sobre el futón doblado y con una cerveza en la mano, lo escuchaba leer con los ojos cerrados.

—Aki, sécale el pelo a Lin, porfa —pidió Nobuyo, y se dirigió a la sala del altar.

Lin, recién bañada, entró en la estancia. Aki empezó a secarle el pelo con una toalla de baño.

Entretanto, Nobuyo, que ahora sostenía el chándal rojo de Lin que tenía guardado en la cómoda de la sala del altar, salió al jardín.

—En el agua fría de la mañana, a la luz brillante del día, todos nadaron y consiguieron expulsar al pez grande.

Cuando Shota hubo terminado de leer el libro de texto, Osamu le aplaudió.

—Muy bien, muy bien.

—Pero... ¿no te da pena el pez grande?

—No, porque se comió a todos los amigos del pez pequeño, ¿a que sí?

—Sí, pero...

—Aaah, cómo me apetece comer atúúún. Ventresca de atún...

—Otra vez con lo mismo. —Shota se quedó decepcionado por la reacción de Osamu y depositó el libro de texto al lado del flotador. Entonces vio más allá del alero una estrella brillante en el crepúsculo.

—Venga, Lin..., salte al jardín. —Nobuyo le hizo señas con la mano.

Shota se percató de que iba a tener lugar alguna otra *ceremonia ritual* e incorporó la cabeza del flotador-almohada.

—¿Lo quemamos? ¿Sí?

—Sí —asintió Lin con determinación.

Nobuyo puso el periódico encendido en una lata de petróleo y arrojó la ropa de Lin sobre él. El lazo blanco en el pecho del chándal ardió en un visto y no visto, y se arrugó volviéndose negro.

Nobuyo observó la llama mientras rodeaba a Lin con sus rodillas y la abrazaba.

—¿Sabes...?, si tus padres te pegan, no es porque te portes mal —le explicó a la niña despacio—. Si te dicen «Te pego porque te quiero», es mentira. —Estaba recordando lo que ella misma había vivido treinta años antes. Su tono de voz se parecía algo al de su madre—. Si te quieren, te hacen así. —La abrazó con fuerza. La apretó tanto contra su pecho que hasta su mejilla se quedó pegada a la de Lin. Nobuyo sintió que una lágrima se deslizaba por su mejilla. La lágrima, iluminada por la llama, estaba caliente.

Lin se volvió hacia el rostro de Nobuyo y le secó la lágrima con su pequeña palma.

Para Nobuyo no se trataba de algo tan simple como sentir afecto o lástima por la cría. Mientras estaban abrazadas así, tuvo la sensación de que cada una de las células que formaban su cuerpo se renovaba.

«Jamás me desprenderé de esta criatura», se juró.

# CAPÍTULO 4

## TRUCOS DE MAGIA

A la luz del sol blanco de verano, Shota caminaba con Lin por el cauce seco del río, desde donde se vislumbraba la torre Skytree.

Desde que ella llegó a la casa, había transcurrido medio año.

La noticia sobre la desaparición de Lin llenó a menudo los informativos de la prensa rosa a principios de primavera. Pero poco a poco fue perdiendo relevancia, a medida que se sucedían nuevos escándalos, y al final dejó de ser objeto de interés público.

Aun así, la familia Shibata trataba de evitar por si acaso el barrio de bloques de apartamentos donde vivía Lin o las comisarías de los alrededores. De esa manera, a pesar de que Shota y Lin jugaban juntos en la calle, la gente les sonreía pensando que eran unos hermanos bien avenidos y nadie sospechaba de ellos.

Incluso si hubiera personas que aún recordaran la noticia, la mayoría no dudaría en afirmar que los padres habían matado a su hija, por lo que la curiosidad pública se dirigía más bien al joven matrimonio que residía en aquel barrio de bloques de pisos, tal como Nobuyo había supuesto.

Cuando Shota fue a la parte superior del dique, oyó voces de la liga infantil de béisbol procedentes del lado opuesto del río. Shota, vestido con una camiseta sin mangas llena de las mudas de cigarra que había encontrado entre los árboles de la calle y la maleza, miró el campo de béisbol a través de la malla metálica. Debía de estar jugándose el partido eliminatorio del campeonato del distrito, pues varios chicos de su edad, divididos en uniformes blancos y azules, estaban participando. El césped verde brillaba al otro lado de la malla y unas libélulas volaban sobre él. Junto a los gritos de ánimo que lanzaban los capitanes de ambos equipos, el olor a polvo de tierra llegaba incluso hasta donde él se encontraba. Se secó el sudor que le resbalaba por las mejillas con el dorso de la mano izquierda.

—¡Hermano! —Lin, que no tenía interés en el béisbol, parecía haber encontrado algo en la arboleda.

—¿Qué te ocurre?! —Con actitud de hermano mayor, Shota se acercó a ella corriendo.

—Un caparazón de cigarra se está moviendo.

Había una ninfa de cigarra donde había señalado Lin. Tal vez se había equivocado de hora de salir de la tierra. A pesar de que ya había pasado el mediodía, el animal se puso a trepar despacio por el tronco de un árbol. A su alrededor, las hormigas comenzaban a congregarse rápidamente.

—¡No te rindas!

Shota y Lin animaron a coro a la ninfa.

—¡Resiste!, ¡tú puedes!

Incluso después de que la ninfa hubo trepado por el árbol, ya a salvo y fuera de la vista, Lin seguía mirando ansiosa la copa.

—¿Estará bien?

—Sí, está bien.

—¿Se convertirá en cigarra?

—Sí, lo hará.

Tras haber repetido el mismo intercambio de preguntas y respuestas unas treinta veces, Lin por fin abandonó el lugar. El partido de béisbol ya había terminado. Al parecer, el equipo azul había ganado.

Shota estaba muerto de sed. Le apetecía tomar un helado. Prefería un polo de sabor a soda, pero podía conformarse con cualquier otro polo barato. Como no tenía dinero, decidió ir a Yamatoya.

La tienda estaba desierta y no había más clientes que ellos dos. El anciano dueño Yamato estaba absorto como de costumbre en resolver un problema de *shogi*, pero levantar la tapadera del congelador de helados y ponerse a *trabajar* era arriesgado, al no haber nadie más en el establecimiento.

A Shota se le ocurrió iniciar a Lin en el *trabajo*. Un expositor de cartón de pelotas multicolores *superball*, de caucho sintético, pendía en el alero de la entrada. Lin estaba de espaldas al dueño de la tienda y miraba las pelotas.

Shota se acercó a Lin y se interpuso entre ella y el dueño para bloquearle la visión. La ayudó igual que Osamu a él en el supermercado. Sin volverse hacia ella, le tocó la espalda con la mano izquierda en señal de que se atreviera: «¡Ahora!». Lin hizo el gesto ritual que había aprendido observándole, aunque por equivocación se puso el dorso de la mano en la frente en vez de en los labios.

Tan pronto como cogió una *superball* de su color favorito amarillo, Lin la apretó con las palmas, salió a la calle y se la mostró como diciendo: «¡Lo he conseguido!». «¡Genial!», asintió Shota y, cuando se disponía a abandonar la tienda, el dueño lo llamó a su espalda:

—Un momento.

Esa voz inmovilizó a Shota. El anciano Yamato salió lentamente de la habitación superior, bajó los escalones y se calzó las sandalias. Luego recogió con rudeza dos barras de gelatina y se las tendió a Shota:

—Toma.

Shota las recibió en silencio.

—A cambio... no enseñes a tu hermana a hacer esto. —Y mostró a Shota su gesto habitual previo a robar. El anciano lo sabía todo.

Olvidándose incluso de respirar, Shota salió a la calle. Notaba las barras de gelatina frías en su palma. Percibía que Lin lo estaba siguiendo. Shota no sabía demasiado bien cómo interpretar las palabras del anciano: «No enseñes a tu hermana a hacer esto».

Aun así, una amargura le brotaba imparable del fondo del corazón. Nunca antes había experimentado ese malestar.

A Nobuyo la mandaron llamar de nuevo a la oficina de la tintorería, pero esta vez junto a su colega Negishi.

—¿Esto es un despido? —preguntó Nobuyo sin tapujos al administrador Koshiji.

—Tengo serios problemas. Si pretendo reducir los gastos a toda costa, no tengo otro remedio que dar de baja a una de las dos que más ganáis por hora... —se excusó él mientras se secaba el sudor con la toalla que llevaba colgada al cuello.

Nobuyo y Negishi intercambiaron una mirada rápida. La empresa quería despedir a una de las dos veteranas, pues habían contratado personal nuevo por un salario más bajo. Por si fuera poco, Koshiji, que no quería quedar como el malo de la película, prefería que fueran ellas mismas quienes tomaran la complicada decisión.

—Así que ¿tenéis inconveniente en consultarlo entre vosotras?

Si Nobuyo se negaba, tal vez ambas terminarían despedidas. Después de la lesión de la pierna, Osamu se había vuelto ocioso y no se ponía a buscar trabajo en serio. Con un hombre así en casa, de ninguna manera podía permitirse perder el empleo en ese momento.

Ambas salieron de la oficina con pasos pesados y, en lugar de regresar a su puesto de trabajo, se dirigieron a la puerta trasera de la tintorería. Esa parte daba al campo de tenis y de vez en cuando se oía el agradable sonido del rebote de las pelotas, así como las risas masculinas y femeninas entre el intenso canto de las cigarras.

«¿Jugar al tenis en un día laborable? Pues sí que viven despreocupados», rezongó Nobuyo al pensar en la diferencia abismal que había entre esos jugadores y la situación a la que ella se enfrentaba, y se indignó. ¿Por qué le tocaba siempre la peor parte? ¿Acaso era culpable de algo o simplemente tenía mala suerte?

Mientras se sumía en esos pensamientos, Negishi se adelantó para proponer a Nobuyo que le cediera el puesto.

—Pero ¿por qué debo irme yo? —protestó Nobuyo.

—Te estoy pidiendo un favor.

—Ambas tenemos dificultades... No sólo tú.

Negishi se había divorciado la pasada primavera y ahora criaba sola a sus dos hijos. Su exmarido había cumplido la promesa de pagar los gastos de manutención de los hijos tan sólo dos primeros meses. No obstante, si Nobuyo se apiadaba de su compañera, ella misma se vería en problemas.

—Si dejas que me quede..., no lo contaré. —Negishi denotaba una actitud firme impropia de ella.

—Tú también estás robando —rebatía Nobuyo, convencida de que Negishi se refería al robo de los objetos olvidados de los clientes.

—No es eso, sino... la noticia.

Nobuyo no entendió lo que quería decir.

—Es que te vi... con la niña que están buscando.

Por fin, Nobuyo cayó en la cuenta de que su compañera se refería a Lin. Probablemente las hubiera visto cuando iban juntas de compras al supermercado o en algún otro sitio parecido. Le sorprendió que Negishi intentara proceder con ese asunto en su propio beneficio.

A pesar de que Negishi tenía tres años más que Nobuyo, la respetaba como si fuera su hermana

mayor y Nobuyo la trataba con más intimidad que al resto de sus colegas. Con todo, ¿al final le devolvía mal por bien? Si hubiera sido la Nobuyo de antes, le habría propinado una bofetada y se habría defendido. Pero ahora era diferente.

Nobuyo se sorprendió de sí misma al ver que se disponía a aceptar la propuesta. Se preguntó el porqué. Y se dio cuenta de que ahora tenía algo que proteger. Siempre se había imaginado que sería insoportable sacrificar algo para proteger lo que era importante, pero resultaba que era todo lo contrario. La Nobuyo de ahora haría lo que fuera para seguir viviendo con Lin.

—Está bien —aceptó—. Pero si abres la boca, te mataré —le advirtió en serio.

Quizá Negishi hubiera captado su intención asesina o se hubiera sentido aliviada por evitar el despido, pues la dejó a solas y regresó a la tintorería.

En el momento en que Negishi pasó por su lado, se disculpó en voz baja: «Lo siento». Ella también la había amenazado para proteger a los suyos. Nobuyo no le reprochó su comportamiento; más bien, simpatizaba con ella, dado que ambas eran madres.

Después de que todos los miembros de la familia hubieran salido, Hatsue se quedó sola y, al comprobar la fecha en el calendario, se sentó frente al tocador y se peinó cuidadosamente. A continuación, sacó una vieja barra de labios del cajón, aplicó un poco en la yema del meñique y se pintó.

Cuando se disponía a levantarse, ya arreglada, percibió una mirada y se volvió hacia al altar. Allí, su esposo vestido con un traje de verano de lino color marfil, sonreía enseñando los blancos dientes. «A diferencia de mí, mi marido tenía una bonita dentadura», recordó.

Cogió el tren hasta la estación de Shinjuku, en la que hizo un transbordo a la línea Yamanote para dirigirse a Shibuya. De allí tomó el ferrocarril privado y tardó una hora y media en llegar a Yokohama. Frente a la salida oeste de la estación, subió a un autobús municipal e hizo otro trayecto de más de quince minutos, y, cuando llegó por fin a la casa que constituía su destino, estaba empapada de sudor. Menos mal que había traído una sombrilla, pensó con un suspiro de alivio.

Esa casa era una vivienda independiente en una tranquila zona residencial. Aunque tenía dos pisos, no era tan lujosa como una mansión. En el interior impoluto no había nada superfluo, se trataba de un hogar sin alma.

A Hatsue la condujeron a la habitación tradicional donde se consagraba un pequeño altar; allí sacó un rosario de su bolso mientras se limpiaba con un pañuelo el sudor que se le deslizaba por el cuello.

En la cocina, un matrimonio de mediana edad, confuso por la visita de Hatsue, se esforzaba por disimular lo máximo posible para que ella no advirtiera su confusión. Mientras la esposa preparaba un té negro para ofrecérselo a Hatsue, susurró a su marido:

—Pero ¿qué tiene que ver contigo... la exmujer de tu padre?

—Ya... Pero no podemos ignorarla, ¿verdad? —El esposo, que parecía sensato, intentaba calmar el disgusto de su mujer.

—Es que estas visitas constantes son insufribles...

Lo que estaba consagrado en el altar era la misma fotografía del marido de Hatsue que ella tenía en su casa. A su lado lo acompañaba la foto de una elegante anciana. Ella era la mujer que se había quedado con su esposo. Habían transcurrido ya dos años desde su fallecimiento.

—¡No os molestéis!, sólo he venido a honrar su aniversario del mes —explicó Hatsue, volviéndose hacia la cocina al percibir su rechazo.

Era plenamente consciente de que no era bienvenida. Si se lo hubieran dicho a las claras, no le habría dolido lo más mínimo. Pero ese matrimonio la irritaba más de lo normal.

Como por la mañana había avisado por teléfono de que llegaría esa tarde, la esposa parecía haberse molestado en comprar unos pasteles en una confitería cercana. Un pastel de fresas con nata muy apetitoso que no se vendía en su vecindario y un té negro en una taza de Meissen le fueron servidos a Hatsue, que estaba arrellanada en el sofá del salón. Ella comió sin reservas el pastelillo y repitió el té.

—¿Cómo está su familia, señora? No había vuelto a verla desde el funeral de mi padre. —El esposo rompió el silencio sepulcral, incapaz de soportarlo.

Hatsue, sin responder, miraba fijamente su rostro como si estuviera ida. Ante esa mirada, él se mostró perplejo.

—La verdad es que la sangre no engaña... Eres clavado a él por aquí, por ejemplo. —Hatsue se tocó la nariz.

El marido de Hatsue tenía una nariz bien formada y ella se refería al parecido físico entre el difunto y este otro hijo suyo que tenía delante en ese momento. En realidad, Hatsue no pensaba eso, ni tampoco él creía en absoluto que se pareciera a su padre. Sin embargo, ese mero comentario bastó para hacerle sentir ciertos escrúpulos por llevar la misma sangre que un hombre que había hecho infeliz a una mujer.

En efecto, ese hijo también se tocó la nariz y esbozó una sonrisa amarga.

Desde el segundo piso, una joven vestida con uniforme escolar y que llevaba un estuche de violín apareció por la escalera. El matrimonio reveló una expresión de alivio y siguió con la mirada a la chica.

Al percatarse de la presencia de Hatsue, ella se detuvo a mitad de la escalera y le dio la bienvenida cortésmente. No era la primera vez que se veían. La chica llegó al pie de la escalera y se dirigió al vestíbulo diciendo: «Hasta luego». Su madre se levantó del asiento para despedirla.

—Sayaka, ¿vas a cenar en casa?

—¿Qué hay de cena?

—Voy a hacer repollo relleno.

—*Yeah!* Sí. Con salsa de tomate, no con bechamel, por favor.

La hija se llamaba Sayaka.

—Pues vuelve pronto —dijo la madre con una sonrisa.

—Guárdame un pastel.

—Uno de castañas, ¿verdad?

Esa comunicación fluida revelaba la intimidad existente entre ambas. La madre siguió con la mirada la espalda de su hija mientras sonreía, insinuando que sabía perfectamente lo que quería. Los pasos de la muchacha alegre, que se alejaba corriendo, resonaron como unos saltitos.

—Cómo ha crecido... —comentó Hatsue, aún con la vista puesta en el vestíbulo ya vacío.

—Sí, ya está en segundo curso de bachillerato.

Hatsue volvió a fijar la mirada en el hombre y preguntó:

—¿Cómo está tu hija mayor? —A continuación, dirigió la mirada hacia uno de los marcos de fotos alineados detrás del hombre.

En él se veía a Aki sosteniendo el diploma de bachillerato junto al retrato de su hermana menor, la que acababa de marcharse. El apodo de Aki en su trabajo, Sayaka, era el nombre de su hermana menor.

—¿Se refiere a Aki? Sí...

La mirada del hombre reveló turbación por un instante, detalle que no se le escapó a Hatsue.

—Está en el extranjero, ¿no? —repitió la misma explicación falsa que el matrimonio le había dado una vez, a sabiendas de que no era cierta.

—Pues parece... que está disfrutando en Australia..., ¿verdad? —titubeó, como pidiendo ayuda a su esposa, que estaba en la cocina.

—No regresa ni siquiera en las vacaciones de verano, por lo que su padre la echa mucho de menos —secundó la esposa, asomando sólo la mitad del rostro por la puerta, y se dio la vuelta.

—Ah, ¿sí? Eso está muy bien.

El hombre no entendió del todo si esas palabras de la anciana aludían al disfrute de la hija mayor o a la soledad de su padre.

Hatsue miró una vez más las imágenes que simbolizaban la felicidad de esta familia, alineadas junto a la ventana.

Aki no sonreía.

De alguna manera, Hatsue comprendió por qué Aki había adoptado el nombre de su hermana para su trabajo.

Se trataba de una venganza. Quería vengarse de su hermana, que había nacido más tarde y le había arrebatado el amor de sus padres. Tal vez Sayaka y los padres no hubieran cometido un error descomunal ni se hubiesen comportado terriblemente mal con Aki. Y por eso mismo, si ellos se hubieran enterado del propósito de Aki, no comprenderían la causa de esa usurpación del nombre. El amor distorsionado de Aki por su propia familia tenía algo en común con la obsesión que impulsaba a Hatsue a visitar ese hogar una y otra vez.

«A pesar de que Aki y yo no tenemos lazos de sangre, nos parecemos, tal como dice ella», pensaba siempre Hatsue, de modo que la trataba con todavía más cariño.

Transcurrida una hora de visita, Hatsue por fin se dispuso a marcharse. El matrimonio la acompañó hasta el vestíbulo.

—Acepte esto, aunque no sea mucho... —El esposo le ofreció un sobre que tenía preparado.

—¿Oh? Gracias. —Hatsue recibió el sobre como de costumbre. Vio que la esposa se ponía pálida, pero no le importó.

—Siento de veras... lo que hizo mi madre. —El hombre agachó la cabeza.

Hatsue reconoció que él se sentía culpable de que su modesta felicidad se hubiera construido sobre la vida destrozada de la anciana que tenía delante. Pero ella lo consideraba sincero, a diferencia de su padre.

—No es culpa tuya.

Al principio, Hatsue los visitaba con el simple objetivo de molestarlos. Desde que se habían conocido en un templo durante el funeral de su exmarido, les hacía una visita cada cierto tiempo y cobraba dinero de esa manera. Hatsue lo consideraba una indemnización.

En una de sus visitas, se topó en la parada del autobús de vuelta con Aki, a la que había conocido en su casa, y le habló. Aki albergaba un gran descontento hacia su familia, aunque ella misma no sabía muy bien sus motivos. Fue Hatsue quien la invitó a vivir con ella. Inopinadamente,

la joven accedió con facilidad a su propuesta y al mes siguiente ya residía con la anciana en Arakawa.

¿Habría pretendido Hatsue que esa familia también fuera privada de un miembro, al igual que lo había sido ella, y experimentara la misma desgracia? ¿O en los rasgos de Aki había encontrado la imagen del hombre al que había amado? ¿Era amor u odio? Ni siquiera ella misma lo sabía ya.

Nada más salir por la puerta, revisó el contenido del sobre. Había tres billetes de diez mil yenes.

—Vaya, sólo treinta mil yenes otra vez —murmuró con desdén, y se planteó jugar al *pachinko* en el camino de regreso.

En la sala de descanso ubicada en la parte trasera de la recepción del local de espectáculos sexuales, Aki y Harumi estaban comiendo el pollo frito *kara'age* que habían comprado en una tienda de conveniencia.

Ese día no había muchos clientes. Su compañera Ayu pasó por su lado y les anunció:

—¡Voy a la sala de chaaat!

Tras asentir con una sonrisa, Harumi alteró su expresión.

—Esta tía está haciendo servicios extraoficiales a la chita callando, estoy segurísima.

—¿Por qué lo dices? —Aki no había oído rumores sobre ello.

—Porque, si no, no debería tener tanto trabajo —afirmó Harumi con su autoestima de acero, convencida de que estaba por encima de Ayu, tanto en cara como en cuerpo.

—Así que le tienes rabia —bromeó Aki.

—Claro que sí. ¿Tú no, Sayaka?

—En absoluto. —Aki alargó la mano hacia el pollo frito que Harumi sostenía y comió un bocado.

—Sayaka, ¿por qué trabajas aquí? —Harumi clavó una mirada penetrante en Aki.

El perfume de su colonia barata inundó el olfato de Aki. Ella no trabajaba allí por dinero, no tenía intención de ganarse la vida en el mundo del entretenimiento nocturno como Harumi.

—¿A qué viene esa pregunta?

La mayoría de las trabajadoras del local estaban enganchadas a los chicos de compañía de los bares para mujeres o eran seguidoras de grupos musicales. Por eso buscaban dinero rápido. Al fin y al cabo, ahí no había tanto contacto directo con los clientes como para considerarse prostitución, por lo que podían trabajar sin menospreciarse a sí mismas. Aki no pertenecía a ninguno de esos perfiles, pero nunca había pensado con detenimiento en la razón de por qué lo hacía.

—¿Lo haces para autolesionarte?

Aki guardó silencio ante esas palabras.

—¿O como protesta contra tu novio?

—No —negó ella rotundamente.

Pero ante esa negativa, Harumi se convenció de que ese era el motivo y dijo:

—En ese caso, tienes que caer aún más bajo. —Y se metió otro trozo de pollo en la boca.

«¿Acaso estoy trabajando aquí para protestar contra mi familia?», se paró a pensar Aki. ¿Por qué había adoptado el nombre de su hermana Sayaka?, se preguntó. Pero pronto dejó de perseguir esos interrogantes, porque se presentó el *señor número 4*.

El *señor número 4* había entrado en la cabina número 4, como de costumbre, y había reclamado a Aki. Ella actuaba durante cinco minutos ante el espejo polarizado. Esa era su relación con él, sin más. Él nunca se había interesado por la Aki que no era Sayaka ni ella había intentado tentarlo para verse fuera del local y sacar más ingresos.

Ese día también sonó el temporizador anunciando que habían transcurrido los cinco minutos, por lo que Aki iba a concluir su sesión con el saludo convencional: «¿Le ha resultado satisfactorio? Quedo a la espera de su próxima visita, gracias».

Sin embargo, tal vez porque las palabras de Harumi —«Tienes que caer aún más bajo»— todavía resonaban en su cabeza o porque sintió interés por conocer a ese hombre al que sólo llamaba *señor número 4*, Aki lo invitó a pasar a la sala de chat por primera vez.

Al cabo de un rato pensando, el hombre escribió algo en el pizarrón blanco y se lo enseñó a Sayaka:

«¿Eso te haría feliz?».

—Sí, me gustaría ver su cara. —No era verdad. Aunque fuera siempre con un espejo de por medio, de ninguna manera le apetecía ver el rostro de la persona que frecuentaba un local para verla masturbarse.

«OK», escribió el cliente en el pizarrón blanco.

De esa forma tan inesperada y fácil se aceptó la propuesta de Aki.

—¡Geniaaal! ¿Y qué quiere hacer? ¿Abrazarnos, acurrucarnos o apoyar la cabeza en mi regazo?

«Apoyar la cabeza en tu regazo», escribió él en el pizarrón.

Con esto, ella cobraría dos mil yenes por cinco minutos.

—Muy bien, gracias. —Aki sonrió ampliamente en calidad de servicio al cliente.

Aki, que se había trasladado a una habitación privada, apoyó la cabeza del cliente en su regazo y programó el temporizador. Aunque el *señor número 4* se había quitado la gorra, estaba acostado dándole la espalda, por lo que ella seguía sin ver su rostro.

Él tendría veintisiete o veintiocho años. Su estilo de vestir, con una parka fina y pantalón vaquero, era demasiado informal para un asalariado. Su explicación de que frecuentaba este local faltando a su trabajo de promotor podría ser falsa.

Pero a Aki no le importaba, puesto que ella también mentía al decir que era alumna de bachillerato. A través de un espejo, durante sólo cinco minutos, los dos mentirosos fingían intercambiar un afecto que no podía llamarse amor. Y, a fin de cuentas, muchos hombres deseaban experimentar ese falso amor incluso a cambio de dinero. ¿Qué problema había?

Él guardaba silencio. Aki acariciaba su cabello también en silencio.

—¿Se siente bien... si lo acaricio por aquí? —preguntó Aki al pasar la mano hacia arriba por la nuca bien dibujada—. ¿Tiene algún plan para este verano? —rompió el hielo.

El hombre negó con la cabeza.

—¿No va a la playa o a algún otro lugar?

Él señaló con un dedo a Aki.

—¿Yo? Tampoco tengo planes. —Al decirlo, recordó algo de repente y detuvo la mano con la que le tocaba la cabeza—. El otro día, mi madre le compró un bañador a mi hermana pequeña. Ella se quedó tan encantada que lo llevó puesto todo el tiempo. Ni se lo quitó para bañarse... Y

recordé que yo también hice lo mismo cuando era pequeña.

Era un recuerdo nostálgico. En aquellos días, Aki todavía se llevaba bien con su hermana. La hermana pequeña era mucho más lista que la mayor y sacaba buenas notas. Cuando Aki se apuntó a clases de violín tras ingresar en la escuela primaria, su hermana la acompañaba. Cuando su hermana ingresó en primaria, también empezó a estudiar violín e iban juntas a la academia. Su hermana no tardó en tocar mejor que ella, por lo que al final fue Aki quien tuvo que renunciar a las clases. Era porque su madre le dijo que no podía pagar las mensualidades de las dos.

Él escuchó el relato sin decir nada.

—En esta sala puede hablar conmigo. —Aki trató de cederle la palabra al *señor número 4*.

Cuando ella se inclinó hacia delante en un intento por mirarlo a la cara, la mano de él que sujetaba la gorra entró en su campo de visión. Los nudillos del puño cerrado estaban llenos de heridas y rezumaban sangre.

—¿Qué se ha hecho?

El hombre hizo el gesto de dar golpes.

—¿A quién?

Él se señaló a sí mismo.

¿Le habría sucedido algo irritante? ¿O es que no podía perdonarse a él mismo por su carácter cobarde?

—Yo también me he golpeado a mí misma alguna vez. —Aki envolvió con sus palmas la mano llena de heridas del hombre—. Le duele, ¿verdad? Duele mucho, ¿me equivoco?

La mano del hombre estaba temblando. Aki tuvo la sensación de que la mano que tocaba era la suya propia.

En ese momento, el temporizador anunció el fin de su relación amorosa.

Reaccionando a ese sonido, él se incorporó del regazo de Aki como si se despertara de un sueño. Los rastros de lágrimas permanecían en el niveo muslo de la joven. Cuando ella se quedó mirando fijamente esas lágrimas, el hombre, con aire de disculpa, se las limpió con la manga de su parka.

—No importa. —Aki le agarró del brazo y apoyó el cuerpo en él. Concentró toda la fuerza en sus brazos y, rodeando su espalda, lo atrajo hacia ella.

El hombre se quedó inmóvil, dejándose llevar. Aki casi sintió el latido de su corazón incluso a través de la ropa.

—A... a... —Él intentó decir algo.

Aki aguzó el oído.

—A... a... —Parecía no poder pronunciar palabra.

Aun así, ella tuvo la impresión de comprender lo que él quería decir.

—Sí, así se está mejor, ¿verdad? —Una vez más, lo apretó contra su pecho.

Aki llevaba mucho tiempo sin sentir el calor humano de esa manera. Reparó en que el hombre ya no temblaba. Todavía no entendía bien por qué había decidido trabajar con el nombre de Sayaka; sin embargo, era consciente de que la chica que abrazaba de ese modo a un hombre en aquel momento no era Sayaka, sino Aki.

Todos los años, con la llegada de agosto, en la casa de Hatsue en Arakawa dejaba de haber corriente de aire, por lo que difícilmente se podía estar dentro durante el día. Habían pasado

cerca de diez años desde que Osamu se mudó allí, pero aún no se había acostumbrado a ese calor sofocante. Había perdido el ánimo de trabajar desde que se había lesionado, y ahora tenía incluso menos ganas de hacer nada.

Faltaban dos semanas para el ingreso de la pensión de Hatsue y veinte días para el día del pago de Nobuyo. En caso de que se quedaran sin dinero antes de esas fechas, Osamu contaba con apañarse vendiendo las cañas de pescar que aún tenía escondidas en el armario empotrado. También confiaba en Shota, que ya podía *trabajar* solo. Ahora andaba sumido en esos pensamientos.

Ese día, Nobuyo había terminado el trabajo al mediodía por primera vez. De vuelta en casa, quejándose del calor, se quitó la ropa y se metió en la cocina a hervir los fideos finos *somen*.

Osamu, tumbado en el cuarto de estar, miraba a Nobuyo, que iba en ropa interior.

Cuando la conoció, ella tenía veinticuatro años. Él aún no había cumplido cuarenta y albergaba alguna ilusión en la vida. Si no se hubieran conocido, ¿qué tipo de vida estaría llevando cada uno?

Los fideos estaban listos. Nobuyo sacó un bol de cristal de la alacena y sirvió los fideos enfriados con agua añadiendo unos cubitos de hielo. La guarnición era sólo un puerro picado.

Sentados a la mesa baja, cara a cara, comieron sin decir nada los fideos con unos sorbos tan ruidosos que superaban el intenso chirrido de las cigarras. De estar sentado con las piernas cruzadas Osamu perdió la sensibilidad en la pierna derecha que se había lesionado. Soltó las piernas y se masajeó el tobillo derecho.

—¿Te duele? —Nobuyo señaló con el mentón su pie.

—Sí..., me da que va a llover. —Osamu miró el fragmento de cielo que se veía más allá del jardín.

—Qué tobillo más útil, ¿no? ¿Y no podrías ganar dinero pronosticando el tiempo? —bromeó Nobuyo, recogió el bol vacío y se levantó para ir de nuevo a la cocina.

Con los palillos aún en la mano, Osamu siguió con la mirada la espalda de Nobuyo. Cuando ella se puso de pie en la cocina, su llamativa ropa interior negra y roja se transparentó a contraluz. Las cigarras dejaron de chirriar a la vez y se fueron volando a alguna parte.

—No hay nada mejor que los fideos fríos en verano. —Nobuyo volvió mientras tenía cuidado de que no se saliera el agua con hielo del recipiente.

—Pues sí... —Osamu apartó la vista de Nobuyo.

En comparación con cuando ella tenía veintitantos años, estaba bastante carnosa en las caderas y el vientre. Solía llevar la cara desmaquillada incluso cuando iba a trabajar, por lo que él últimamente no se paraba a pensar en ella como una mujer, pero ese día estaba muy atractiva.

El jardín iluminado por el sol se ensombreció de forma abrupta.

—Oye, ¿qué te ha dado hoy, que vas maquillada? —preguntó Osamu mientras extendía los palillos hacia los fideos.

—En los grandes almacenes una vendedora me ha recomendado...

—Ah, ¿sí?

Nobuyo fue sacando los cosméticos, uno tras otro, de la bolsa de papel que había dejado a su lado.

—Esto..., esto y esto también.

—Pero bueno...

«¿Con qué dinero has pagado?», iba a preguntar Osamu, pero ella se adelantó a responder:

—Me han despedido. —Soltó una risa.

—¿Se han enterado? —Osamu supuso que habían descubierto que estaba robando los objetos olvidados de los clientes.

—Bueno... Sí, algo por el estilo. —Nobuyo decidió no contar la verdad.

—¿Quieres que montemos un bar de copas juntos en Nishi-Nippori o por ahí, como antes? — Osamu trató de darle ánimos a Nobuyo.

—¿Y qué tal si contratáramos a Aki de camarera para reclamo de los clientes?

—Pero tú también sigues siendo muy guapa... cuando te maquillas así.

—¿Estás tratando de consolarme?

—Que no.

Las gotas de lluvia comenzaron a caer de repente, como si el sol de un rato antes hubiera sido cosa de magia. En un instante, esas gotas se convirtieron en líneas que sacudían con violencia, arriba y abajo, las hojas de las plantas del jardín. El entablado sin barnizar de la pasarela exterior, que estaba blanquecino, se mojó con la lluvia y se volvió negro como el carbón. El tamborileo de la lluvia trajo incluso el olor a tierra mojada hasta el interior de la casa.

Osamu respiró hondo el olor y dijo:

—Te lo he dicho, ¿verdad? —Y tocó de nuevo su pierna derecha. Tenía ganas de alabar su propio tobillo, capaz de detectar que iba a llover antes que las cigarras.

Nobuyo, con la boca llena de fideos, se quedó ojeando el jardín. Y Osamu miró furtivamente su perfil. Era hermosa. Por lo general, él no pensaba así, pero de vez en cuando la expresión de Nobuyo le resultaba divina, y divina era diferente a sensual. Ese momento era una de esas ocasiones.

—No sé, pero me siento tan cansada... —murmuró Nobuyo con la vista fija en la lluvia que caía en el jardín.

—¿También has comprado eso? —Osamu señaló su sujetador.

—¿Te has dado cuenta? —Ella, como devuelta súbitamente a la realidad, recuperó su expresión habitual y enseñó contenta el tirante del sujetador—. Mil novecientos ochenta yenes. ¿A que no parece tan barato?

Osamu extendió la mano y lo tocó:

—No..., está bien hecho. —Y continuó removiendo con los palillos el contenido del bol.

Nobuyo engulló otro bocado de fideos, acercó su rostro a Osamu, lo besó y volvió a tomar los fideos a sorbos como si nada.

Osamu tragó, haciendo también ruido con los fideos. Nobuyo, mientras alzaba la vista para mirar su rostro, posó los palillos, se limpió los labios con el dorso de la mano y se echó encima de él, tumbándolo sobre el suelo de tatami. Lo cubrió con su propio cuerpo y lo besó en el cuello, en la frente y en la oreja.

Osamu, que permanecía inmóvil dejándole hacer, la rodeó con los brazos por la espalda. Incluso a través de la ropa interior, podía apreciar el cuerpo carnoso de ella. Cuando Osamu cambió de postura en un intento de ponerse encima, le dio a la mesa baja con un pie. El bol se volcó derramando los fideos sobre la espalda de Osamu.

—¡Ay, qué frío! —Se incorporó de un salto.

Nobuyo recordó que las puertas de vidrio que daban al jardín estaban abiertas de par en par y

se levantó para cerrarlas. Mientras recogía con las manos los fideos y los devolvía al bol, Osamu no quitaba el ojo de encima a Nobuyo. Ella, tan pronto como regresó al lado de él, lo tomó de la mano y se dirigió a la sala del altar.

El repiqueteo de la lluvia se volvió aún más intenso y daba la impresión de que iba a tronar en cualquier momento.

Su primera relación sexual después de mucho tiempo terminó rápido.

Aun así, Osamu se quedó sin aliento y estaba empapado de sudor. ¿Cuándo había sido la última vez que se habían acostado?, pensó aún desnudo, sentado en la pasarela exterior en busca de un soplo de brisa mientras fumaba un cigarrillo.

Él siempre lo pasaba mal con las mujeres. No es que no tuviera experiencia con ellas. En la época del bachillerato, cuando una vez lo expulsaron del instituto temporalmente como sanción por haber cometido un robo, fue a un prostíbulo. Lo había invitado su cómplice del robo, un compañero del mismo curso que se había librado de la expulsión y que quiso compensarlo de alguna manera. Osamu tenía diecisiete años.

Su primera experiencia acabó en un fracaso absoluto. No se sintió nada bien. Tuvo la sensación de que la prostituta, que era mayor que él, se había reído de su cosa nada más verla. Y desde entonces evitaba a las chicas.

Con Nobuyo mantuvo una sola relación cuando ella era camarera del bar de copas y él era su cliente. Una noche, cuando Nobuyo se emborrachó, Osamu la acompañó a su estudio y se quedó allí a dormir en el mismo futón. A la mañana siguiente, cuando él se despertó, ella estaba encima de él. En esa ocasión, el acto también terminó rápido.

Nobuyo, escarmentada por los malos tratos recibidos de su exmarido, decía como muletilla que ya estaba harta de hombres. Y Osamu, por su parte, disimulaba su falta casi absoluta de experiencia excusándose con que ya no tenía edad para tener tanto apetito sexual.

Incluso después de comenzar a convivir en pareja, no mantuvieron relaciones. Aunque Nobuyo se comportaba de manera insinuante de vez en cuando, Osamu fingía no darse cuenta. Desde que se habían mudado a esa casa, Hatsue siempre estaba presente y el aumento de la familia con la llegada de Shota y Aki, una a continuación de otra, le resultaba conveniente, puesto que bastaba con que ejerciera el papel de padre antes que el de hombre o marido.

Ahora, después de tanto tiempo, habían vuelto a mantener una relación sexual. Osamu se sorprendió, pero al mismo tiempo se sintió feliz.

—¿Por qué estás tan contento? —inquirió Nobuyo, tumbada bocabajo sobre el futón extendido en la sala del altar.

Osamu estaba tarareando sin darse cuenta.

—Es que —se volvió hacia ella— lo he hecho...

Nobuyo sonrió amargamente.

—Lo he hecho, ¿verdad?

—Bueno...

—¿Qué quieres decir? ¿No estás satisfecha?

—Apenas he sudado —protestó ella.

Osamu se quedó un poco mustio, aunque parecía alegre.

Nobuyo le arrebató el cigarrillo y dio una calada. Como llevaba sin fumar un tiempo, le entró

un ataque de tos. Cada vez que tosía, su trasero se agitaba sobre el futón.

Mientras le devolvía el cigarrillo, propuso:

—¿Repetimos?

—Pero ¿cuántos años crees que tengo? Déjame que saboree este placercillo un poco más.

—Ese rato dura más que el propio acto.

Como no paraba de sudar, Osamu se levantó a buscar una toalla de baño. Cuando volvió secándose, vislumbró algo parecido a un lunar en la espalda de Nobuyo y acercó el rostro.

—Mírate, un trozo de puerro en la espalda.

A lo mejor se le había pegado al volcarse el bol de los fideos.

—¿Sí? ¿Dónde? —Ella extendió la mano hasta la espalda e intentó quitárselo, pero no llegaba.

Osamu arrojó la toalla a un lado, montó sobre la espalda de Nobuyo y lamió el puerro con la punta de la lengua.

—¡Ay! Me haces cosquillas... —Ella experimentó un temblor y se retorció.

Osamu, excitado por su reacción, la abrazó por detrás y comenzó a lamerle el cuerpo.

En ese momento se oyeron las voces de Shota y Lin fuera. Osamu y Nobuyo se pararon en seco, aguzaron el oído y, al mismo tiempo que ellos se apartaban deprisa y corriendo, Shota descorrió la puerta de vidrio de la pasarela exterior:

—¡Ya estoy en casa!

Osamu se puso apresuradamente unos calzoncillos blancos de algodón hasta la rodilla y se dirigió a todo correr a la pasarela.

—¡Hola! ¡Menudo diluvio!, ¿verdad? —Sin perder el tiempo, Osamu cubrió la cabeza de Shota y Lin con la toalla de baño para que no pudieran ver a Nobuyo.

—La lluvia también nos ha pillado y estamos chorreando. —Nobuyo se cubrió a toda prisa con la sábana hasta la cabeza, fingiendo haberse empapado con la lluvia.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Shota paseando la mirada de Osamu a Nobuyo y al revés.

—La lluvia, la lluvia, ¿verdad? —Osamu se volvió hacia ella.

—Qué tremendos truenos, ¿verdad? —secundó Nobuyo.

—Escuchad... Una cigarra... que aún llevaba su caparazón... —Lin comenzó a hablarles de la ninfa de cigarra que había encontrado al lado del campo de béisbol hacía un rato.

Mientras la escuchaba distraídamente, Osamu secó con energía el pelo de los niños con la toalla.

—Venga..., al baño, a daros el baño. —Osamu los llevó al cuarto de baño empujándolos por la espalda.

Nobuyo, que se quedó sola, prorrumpió en risas bajo la sábana.

Efectivamente, a costa de renunciar al trabajo, había escogido disfrutar de un tiempo entrañable como el de ese momento, aunque era insignificante y absurdo.

«Cuando Shota y Lin se conviertan en adultos, les contaré lo que ha pasado hoy. Y nos reiremos a carcajadas los cuatro juntos. No me he equivocado para nada», se convenció.

Antes de anoecer escampó como si nada hubiera pasado.

Osamu, después de bañarse, estaba haciendo un truco de magia delante de Shota y Lin en el cuarto de estar. Se trataba de uno llamado «el pañuelo desaparecido», cuyo truco consistía

simplemente en ir metiendo un pañuelo rojo en un capuchón cónico para ocultarlo. Con lo sencillo que era el truco, Osamu era lo bastante hábil como para maravillar a los niños.

Mientras canturreaba una melodía de Richard Clayderman, Osamu iba embutiendo un pañuelo rojo dentro del hueco en que tenía escondido el capuchón cónico, oculto mediante otro pañuelo extendido sobre el puño.

—Atención, atención: el pañuelo rojo va a desaparecer dentro de este otro pañuelo extendido. Venga, señorito y señorita, fijaos bien, ¿vale?

Shota y Lin acercaron mucho el rostro, casi rozando la frente con el pañuelo rojo para no perderlo de vista.

En la cocina, cosa rara, Hatsue y Nobuyo preparaban juntas la cena, aunque la anciana sólo cortaba un tomate enfriado para servir de aperitivo con la cerveza y Nobuyo estaba cociendo unas mazorcas de maíz, lo que tampoco se podía considerar tareas culinarias propiamente dichas.

—¡Ya estoy en casa! —resonó la voz de Aki, inusualmente animada, en la entrada.

—¡Hola! ¡¿Te ha pillado la lluvia?! —preguntó Nobuyo, volviéndose hacia la voz.

—No, he tenido suerte.

Con un plato de tomate en la mano, Hatsue, que se dirigía a la pasarela exterior, se cruzó con Aki en el pasillo. Al ver el rostro sonrojado de Aki, la anciana sonrió con malicia y posó la mano en el hombro descubierto de la joven.

—¿Qué pasa? ¿Ha sucedido algo bueno?

—Sí —asintió Aki obediente.

—¡Carambaa! —Hatsue dio un grito de sorpresa.

—Ya te contaré, abuela —dijo Aki mientras tocaba el codo de la anciana.

—¿Por casualidad se tratará de esto? —Osamu mostró el dedo gordo levantado[31] desde el cuarto de estar.

—Algo por el estilo. —Aki abrió el frigorífico, sacó un frasco de té de cebada, se sirvió un vaso y lo vació de un trago.

—¿Qué clase de chico es? —preguntó Nobuyo mientras removía las mazorcas en la olla con los palillos

—Es un cliente del local.

—¿Es apuesto?

—Sí...

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo es?

—Tranquilo.

—¡Oh!, es mejor que sea así. Nada de un hombre hablador. —Nobuyo señaló con los palillos a Osamu.

—¿Cómo? ¿Decías algo de mí? —Él se entrometió deliberadamente en la conversación de las mujeres.

—No te he mencionado —respondió Nobuyo.

—Yo tampoco —secundó Aki, y se echó a reír.

—Ya están listas.

Al oír a Nobuyo, Aki llevó la olla con las mazorcas al fregadero y escurrió el agua caliente. Un vapor blanco se extendió por la cocina.

—¿No te importa que lo traiga aquí un día de estos?

—¿A tu chico, a esta casa?

—Sí. ¿Habría inconveniente?

—No sé qué decirte... —Nobuyo estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo—. Porque..., si fuera un yogurín, me lo comería yo.

—Ah, nooo, entonces igual me lo pienso.

Nobuyo y Aki rieron alegremente.

—¡Tres, dos, uno, ya!

Siguiendo la cuenta atrás de los niños, Osamu sopló el pañuelo extendido y al mismo tiempo escondió el capuchón cónico, donde había embutido el pañuelo rojo, debajo de su cojín sin que lo vieran.

Los niños se asomaron para mirar el interior del pañuelo extendido.

—Mirad..., ya no está.

—Increíble. —Lin se quedó asombrada.

—¿A que sí? Dime, ¿dónde está el rojo?

Nobuyo, que iba con las mazorcas hervidas, apareció y recogió el capuchón que Osamu tenía escondido.

—¡Tachááán! —Sacó del capuchón la punta del pañuelo rojo que debía de haber desaparecido y se lo mostró a los niños.

—¡Idiota! ¿Qué haces? —se enfadó Osamu.

Aki, que estaba sentada en una silla de la cocina y observaba a Osamu y Nobuyo pelearse en broma, decidió traer a casa al *señor número 4* algún día.

—¿Qué? ¿Sólo era esto? —Shota se quedó decepcionado al enterarse del truco—. Hasta yo puedo hacer algo tan sencillo.

Osamu se lo tomó a pecho y se puso desafiante:

—Está bien. Ahora os mostraré otro mucho más impresionante. —Señaló la habitación de los niños y ordenó—: Lin, trae las barajas.

—¡Sí! —Lin se puso en pie de un salto y se dirigió a la habitación del fondo.

Mientras la observaba por la espalda, Shota recordó el suceso del mediodía.

—Hoy... me ha dicho que no enseñe a mi hermana.

—¿Cómo? ¿El qué? —Osamu estaba distraído, pues andaba pendiente de las barajas.

—Esto... —Shota hizo el gesto ritual de siempre y se besó en el dorso de la mano izquierda.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El abuelo de Yamatoya.

—¡Oye!, ¿las has encontrado? ¡Son las que están en el último de los cajones rojos! —le indicó Osamu a Lin.

—Estoy buscándolas. —Lin parecía no poder encontrarlas.

—Lógicamente, porque es un poco pronto para ella. —Haciendo el gesto de robar, Osamu se puso en pie y se dirigió impaciente a la habitación de los niños.

Shota se quedó solo y se resignó a contener la sensación de culpabilidad que había brotado en su interior. El capuchón cónico había caído sobre el suelo de tatami. Lo recogió y, con los dedos, tiró de la punta del pañuelo rojo que sobresalía y lo extrajo de golpe.

En la pasarela exterior, Hatsue puso incienso repelente de mosquitos a su lado y empezó a tomarse una cerveza con un tomate enfriado de aperitivo.

—Vieja chocha, acabarás pillando un resfriado. —Osamu también trajo una cerveza y se sentó junto a la anciana—. Oh... ¿Fuegos artificiales?

Llevaba un rato sonando un ruido sordo en la lejanía. Osamu no sabía qué era desde el interior de la casa, pero al salir a la pasarela comprendió que se trataba del estruendo de los fuegos artificiales, procedente del lado opuesto al bloque de pisos vecino.

—Es por el río Sumida... Antes iba a verlos todos los años... Pero una vez me pilló un chaparrón y dejé de ir.

Hatsue y Osamu miraron al cielo, donde no se atisbaba nada.

—¿Se ven los fuegos artificiales? —preguntó Nobuyo, que estaba iniciando con los niños el juego de memorama con los naipes que Lin había traído.

—No, sólo se oyen —respondió Osamu, volviéndose al cuarto de estar.

—Vaya, sólo eso —murmuró desilusionado Shota con una mazorca en la mano.

—¡Hay un sauce llorón de fuegos artificiales ofrecido por cierto señor! Lo anuncian por megafonía antes de lanzarlo, ¿sabes? Lo donó mi marido en el pasado, cuando labró una fortuna especulando en el mercado de verduras... —Tras verter la cerveza en el vaso, Hatsue inició el relato de las hazañas pasadas una vez más.

Para Osamu eso ya no era ninguna novedad.

—Caramba... Qué generosidad, ¿no?

El Osamu de siempre hubiera soltado una risa burlona al escuchar un viejo cuento de origen dudoso, pero esa noche no le importó.

—¡Donado por el señor Osamu Shibata! Fiuuu..., bum..., plaf, plaf, plaf... —Osamu simuló sus propios fuegos artificiales ambientando la historia de las hazañas del marido de Hatsue. Ese día era especial.

—¿El tuyo también ha llegado a lo alto? —Hatsue miró el perfil regocijado de Osamu.

—Sí, no ha sido tan espléndido como un sauce llorón, pero sí uno de los gordos: ¡bum!

—Ah, ¿sí? Enhorabuena...

—Sí... Gracias.

En ese momento se produjeron unos estruendos enormes.

—¡Oh! Ya van llegando al final...

—¿Ya se acaban? —preguntó Nobuyo.

Ante esa pregunta, como si fuera una señal, todos salieron a la pasarela. Osamu hizo un gesto a Lin para que se acercara y ella, royendo una mazorca, se sentó en su regazo.

—No se ve nada de nada. —Aki se rio.

—Sólo se oye. —Osamu también se rio.

Los seis miembros de la familia contemplaron un fragmento del cielo nocturno visible al otro lado del edificio del piso vecino, como si fueran peces en el fondo oscuro del mar que miraran hacia la luz del sol iluminando la superficie de las aguas.

El arroz, que había empezado a echar espigas, se mecía a la brisa como las olas pálidas rizándose en la superficie de las aguas. El tren había salido de un túnel y marchaba de nuevo como

si se deslizará sobre el mar de arrozales.

Shota, plantado de pie en la parte frontal del primer vagón, estaba comiéndose un huevo duro. Los adultos enseguida empezaron a tomarse una cerveza con pollo frito de aperitivo. Lin se había quitado las sandalias recién estrenadas y estaba de rodillas en el asiento al lado de Nobuyo, mirando el paisaje por la ventanilla.

—Un coche..., un buzón de correos..., un río..., una bicicleta. —Lin le iba enumerando a Nobuyo cada elemento que entraba en su campo de visión.

—¿Y qué más?

—Y una nube. Parece un pez. —Lin señaló el cielo.

—Sí, una nube. Parece una ballena, ¿verdad? —Nobuyo también miró esa nube.

—No, es un pez.

—¿Y qué más ves?

—La vía.

—¿Y en esa dirección?

—Se ve algo parecido a la Skytree.

—Sí que se ve.

Era la primera vez que toda la familia iba a la playa. No porque llevaran una vida más holgada esos días. Nobuyo estaba en paro y Osamu no tenía ganas de trabajar. Aki era la única que trabajaba, pero ahora tenía novio y seguía sin aportar dinero a la familia.

Recientemente, la mayoría de las tiendas habían instalado cámaras de vigilancia, por lo que los establecimientos donde Shota y Osamu podían *trabajar* eran cada vez más escasos. El único ingreso fijo consistía en la pensión de Hatsue.

Con todo, la anciana, que había presenciado la escena de los niños ilusionados, bañándose con el bañador puesto o inflando el flotador, era quien había propuesto la excursión:

—Es que este año puede ser la última oportunidad.

Cabía la posibilidad de que Aki estuviera conviviendo con su novio el próximo verano. Nobuyo se había puesto de acuerdo con Hatsue para organizarlo todo.

Bajaron en la parada final y cogieron un autobús. Osamu, que se había pasado todo el trayecto bebiendo cerveza, estaba completamente ebrio cuando el vehículo llegó a la playa.

En el momento en que Shota y Lin pusieron el pie en la arena blanca iluminada por el sol, exclamaron: «¡Quema, quema!», y echaron a correr casi a saltos hacia la orilla.

—¡Os vais a caer! —Aki también corrió tras ellos.

Osamu, que se había separado del resto de la familia, fue a un extremo de la playa y miró a su alrededor. Había una lámina de plástico azul en la que estaban colocados un equipaje y una sombrilla. Los propietarios igual estarían bañándose o tomando un granizado en un chiringuito. Tras asegurarse de que los dueños no iban a regresar, Osamu arrancó la sombrilla clavada en la arena y echó a correr.

—Aquí tenéis una sombrilla. —La instaló junto a la lámina en la que la familia estaba sentada.

—Qué bien, así estamos a salvo del sol. —Hatsue miró la sombrilla agradecida, sin saber que la había robado.

—Di que sí. Hay que ser amables con los viejos.

Todo, desde los gastos del viaje hasta las bebidas, era invitación de Hatsue, de ahí que Osamu se mostrara atento a su manera. Todos los demás estaban preparándose para echarse al agua.

Aki se quitó la camisa y comenzó a aplicarse protector solar. Shota, que estaba inflando el flotador, clavó la mirada en el pecho nívico de Aki.

—Shota, date prisa. —Osamu se quitó la camisa hawaiana azul y se quedó solo con los calzoncillos blancos de algodón hasta la rodilla.

—¡Sí! —Shota respiró hondo y siguió inflando el flotador.

El mar estaba lleno de surfistas, pero, cuando Osamu y Shota salieron a mar abierto, se encontraron con una tranquilidad absoluta. Mientras esperaban la llegada de una ola grande, se limitaron a flotar sin poder tocar el fondo con los pies.

—Shota, ¿te gustan las tetas? —Osamu le habló sin ambages al muchacho, al que sujetaba por la espalda.

—No en particular —respondió evasivamente él.

—Mentiroso. Te has quedado mirando unas hace un rato.

Lo habían pillado; al darse cuenta, Shota se sintió avergonzado y guardó silencio.

—Está bien, muchacho..., porque a todos los hombres les gustan las tetas. A tu padre también le encantan. —Con esas palabras entre risas, Osamu le mostró su apoyo a Shota y este también se rio.

—Por cierto, ¿últimamente se te pone grande por las mañanas, tal vez? —Osamu le tocó a Shota el bajo vientre dentro del agua.

—Pero ¿por qué? —Shota se retorció, tratando de escaparse de su mano.

—¡Bingo!

—¿Es normal? —Shota se volvió y miró a Osamu.

—Sí, normal. A todos los chicos les pasa eso. ¿Ya te has quedado tranquilo?

—Sí, porque pensé que estaba un poco enfermo. —Shota sonrió con timidez.

Osamu había tardado en desarrollarse y, cuando se había dado cuenta de su cambio físico, ya era alumno de secundaria. Para entonces, su padre ya no estaba ni tenía amigos con los que poder consultar esas cuestiones.

Llevaba mucho tiempo deseando tener una conversación de ese estilo algún día. O, más bien, había imaginado que un padre y un hijo mantendrían una conversación así, e intentó llevarla a la práctica.

En la orilla, Aki y Lin permanecían de pie con las manos agarradas. Cada vez que las olas venían, Lin retrocedía y no se atrevía mojarse los pies.

Bajo la sombrilla que Osamu había robado, Nobuyo y Hatsue miraban el mar relajadamente.

—Lin se está riendo —dijo Nobuyo mientras roía una mazorca de maíz.

Hatsue aguzó el oído.

—Ah, es verdad.

—Jo, quinientos yenes por una mazorca. ¿Cuánto dinero pretenderá ganar el bribón? —Pese a sus protestas, Nobuyo no podía contenerse. Las mazorcas de maíz eran su comida favorita desde pequeña, en especial las asadas con salsa de soja que vendían en los chiringuitos—. ¿Quieres un poco? —le ofreció a Hatsue.

—No puedo. —Hatsue abrió la boca sin dientes. Le era imposible roer, a no ser que fuera algo que pudiera chuparse.

Shota y Osamu se habían unido a Aki y Lin en la orilla y ahora los cuatro, agarrados de la

mano, jugaban dando saltos a cada ola que venía.

—Ha sido tal como te dije, ¿verdad? —dijo Nobuyo sin mirar a Hatsue.

Aquella iniciativa había estrechado más el vínculo entre los miembros de la peculiar familia, Nobuyo así lo creía sinceramente. Y Hatsue captó de inmediato que se refería a su decisión de acoger a Lin y criarla.

—Esto no durará eternamente. —Con la mente serena, Hatsue reflexionaba sobre el hecho de que esa felicidad no se prolongaría durante mucho tiempo.

—Llevas razón, pero... Verás, a veces es mejor no tener lazos de sangre, ¿no crees? — Nobuyo parecía desear creérselo a toda costa.

Hatsue entendió que Nobuyo, que no tenía ningún familiar cercano, no podía evitar pensar de ese modo. Y no negó la esperanza a la que Nobuyo se aferraba.

—Bueno, mientras no se tengan demasiadas expectativas...

Por el contrario, cuando uno tiene lazos de sangre, hay momentos en que percibe que un sentimiento que creía desvanecido mucho tiempo atrás en realidad sólo estaba guardado en un recoveco del corazón.

Hatsue lo sabía de sobra por los celos que sentía hacia su exmarido y la familia de él. La sangre era un problema, pensaba.

Al escuchar las palabras de Hatsue, Nobuyo sonrió con tristeza. «¿Por qué no puedes esperar más de mí, como si fuera tu verdadera hija?», se decepcionó en su fuero interno.

Hatsue miró directamente la sonrisa de Nobuyo y comentó:

—Si te miro de cerca, eres guapa...

Sorprendida, Nobuyo también miró a Hatsue.

—¿De qué estás hablando?

—De tu cara. —Hatsue sonrió con los ojos entrecerrados.

Siempre que Nobuyo hablaba de esa familia, a Hatsue su expresión se le antojaba tan serena como la imagen de un buda.

—Me voy a mojar un poquito —anunció Nobuyo, acaso avergonzada, y apartó la mirada de Hatsue para dirigirse a la orilla.

Hatsue se quedó sola sobre la lámina de plástico. De repente vio sus propios pies descalzos extendidos sobre la arena. Sus piernas blancas y flácidas tenían muchas manchas.

—Vaya, cuántas manchas... —se dijo sorprendida en voz alta.

A continuación, recogió la arena blanca abrasada por el sol y se la echó sobre las piernas. La arena se deslizó suavemente por las espinillas y volvió al suelo. Al oír las risas escandalosas de Osamu, levantó el rostro.

El sol fue ocultado por las nubes y la playa se ensombreció de repente. Hatsue sintió escalofríos por la espalda.

Nobuyo se unió a los demás y ahora los cinco, con las manos aferradas, esperaron a las olas. Mientras contemplaba sus espaldas, Hatsue murmuró:

—Gracias, gracias.

Sin embargo, el rumor de las olas y las risas de los cinco miembros de la familia ahogaron su voz, que no llegó a oídos de nadie.

# CAPÍTULO 5

## CANICAS

Lin se despertó al sentir algo raro en la boca. Junto a su almohada tenía colocado un frasco de vidrio con la tapa amarilla, donde guardaba las caracolas que había recogido en la playa unos días antes y el alfiler de corbata que Shota le había regalado. Esos eran sus tesoros.

Se incorporó y dio dos palmadas en el brazo de Nobuyo, que dormía a su lado. La noche anterior había sido tan sofocante que debía de haberle resultado difícil conciliar el sueño. Nobuyo no mostró ninguna señal de despertarse. Osamu, por su parte, estaba roncando ruidosamente. Tan pronto como se levantó, Lin fue hacia el armario empotrado y descorrió la puerta con todas sus fuerzas.

Sobresaltado, Shota se incorporó al instante.

—Qué susto. No abras tan de repente.

Lin extendió un puño cerrado hacia él y lo abrió anunciando:

—Se me ha caído un diente.

—¿Un diente?! —Se sorprendió y miró la palma de Lin.

Había un pequeño diente blanco. Shota miró el rostro de Lin. Esta abrió la boca y sacó la punta de la lengua por el hueco del diente que le faltaba.

Shota despertó a Osamu y a Nobuyo, y entre los cuatro decidieron arrojar el diente sobre el tejado. El muchacho recibió el diente de la mano de Lin, sacó un taburete de la cocina a la pasarela exterior y se subió en él.

—Di «Devuélveme un diente fueerte» y lo arrojas, ¿vale? —lo instruyó Osamu.

—Ya lo sé —respondió Shota, que ya lo había hecho varias veces cuando se le habían caído a él los dientes.

Los dientes inferiores sobre el tejado y los dientes superiores debajo del tejado, al alero. Shota no sabía quién había decidido eso, pero en ese hogar donde apenas había reglas sólo se mantenía y practicaba estrictamente esa costumbre.

Shota dijo a coro con Lin:

—¡Devuélveme un diente fueerte! —Y arrojó el diente al pronunciar la sílaba *te* de «fuerte».

En ese preciso instante, sonó la voz de Aki desde la sala del altar:

—Abuela..., despierta... ¡Abuela!

En cuanto oyó el tono de Aki, Shota se percató de que había sucedido algo muy grave. Osamu se dirigió a la sala del altar. Nobuyo se levantó y se acercó corriendo a Hatsue.

—¡Abuela! ¡Abuela! Aaah, no puede ser, la abuela... —Osamu se quedó aturdido.

Shota, que bajó raudo del taburete, posó la mano en el hombro de Lin y miró desde el umbral a Hatsue, que yacía en el futón.

—Aki, hay que llamar al número 110... —Osamu tomó el móvil de Aki—. ¿O era 119[32]? ¿Cuál...?

—¿Para una ambulancia? En ese caso, el 119 —le dijo Shota conmocionado.

Nobuyo, que observaba el rostro de Hatsue, arrebató con calma el móvil de la mano de Osamu y colgó.

—¿Qué haces! —gritó él.

—Ya está muerta. Mira el color de la cara. No va a resucitar.

Él observó de nuevo el rostro macilento de Hatsue.

—Si llamas a una ambulancia... —Nobuyo le arreó a Osamu un manotazo en la cabeza.

Si llamaban una ambulancia, se descubrirían todos los secretos de la familia.

Aki, sentada a la cabecera de Hatsue, no paraba de llamarla. Parecía incapaz de aceptar la situación.

—No podemos hacer nada... porque nos tocará a todos algún día. —Nobuyo dio dos palmadas a Aki en la espalda.

Aki se negó a separarse de la cabecera de su abuela. Osamu, que vagaba por el cuarto de estar nerviosamente, preguntó:

—¿Qué hacemos con el entierro, la incineración y demás?

—No hay dinero para tanto —respondió Nobuyo tras sentarse con un ruido sordo a la mesa baja en el centro del cuarto.

—Pero... —Osamu miró a Nobuyo como pidiendo una solución, qué iban a hacer si no.

—La acompañaremos un poco más... Seguro que la abuela se sentirá sola.

Osamu no entendía lo que Nobuyo insinuaba. Ella se volvió hacia la habitación de los niños, al otro lado de la sala del altar.

—¿En serio?! —En ese momento Osamu comprendió lo que quería decir: «Enterrémosla ahí»—. Huum, pero...

—A ti tampoco te gustaría despedirte de la abuela, ¿verdad, Lin? —Nobuyo le acarició la cabeza a la niña, quien hizo un gesto negativo obedientemente—. Mira, en tal caso unamos nuestras fuerzas, sigamos adelante en esta casa y sobrellevemos lo mejor que podamos la ausencia de la abuela, ¿de acuerdo? —Enfatizó las palabras *en esta casa*.

Osamu asintió en silencio.

Para despejar la habitación de los niños que utilizaban de trastero, trasladaron entre todos las pertenencias de la estancia al cuarto de estar. Cuando desprendieron dos esteras de tatami[33] y cortaron con una sierra dos tableros de madera que los sostenían, apareció el suelo de tierra.

Osamu, en calzoncillos, bajó a ese suelo con una pala en las manos y excavó un hoyo.

Nobuyo y Shota llenaron unos cubos con la tierra, los llevaron al cuarto de estar y los vaciaron sobre la lámina de plástico que habían extendido. Se trataba de la lámina que habían usado en la playa hacía tan sólo unos días. Shota se sintió triste al ver que las rayas de la lámina iban desapareciendo poco a poco bajo la tierra. Lin clavó la rama de un árbol en el montón de tierra, como si fuera una tumba. Shota se preguntó si la niña llegaba a comprender que la abuela Hatsue había muerto.

Recordó que Lin había comentado que *su abuela de torta con gluten*, con quien vivía, ya estaba en el cielo. Si bien no le había preguntado si ella había estado presente durante la muerte de su abuela, estaba seguro de que la niña comprendía perfectamente que tendría que decirle adiós a Hatsue dentro de nada.

Aki seguía a la cabecera de la anciana y le cepillaba el cabello mientras sollozaba. Murmuraba algo constantemente, pero Shota no pudo entender lo que decía.

Justo después de que Nobuyo se fuera, Shota, con el cubo en la mano, se agachó frente al hoyo. Osamu ya estaba hundido hasta la cintura bajo el suelo.

—Escucha, esto es un secreto tremendo —advirtió a Shota—. La abuela nunca ha existido; siempre hemos sido cinco, ¿estamos?

El Osamu que clavó la mirada en él no era el bromista de siempre, y a Shota le pareció un hombre desconocido de alguna otra familia.

—Sí. —Tras responder, apartó la vista de Osamu.

Entre Osamu y Nobuyo separaron de la cabecera a Aki, que no paraba de llorar, depositaron el cuerpo de Hatsue en el hoyo que habían abierto en el suelo, lo cubrieron con la tierra y recolocaron los tatamis.

Shota presenciaba toda esa operación. Tal vez Osamu sintiera la mirada crítica del muchacho, porque se excusó:

—Cuando murió la lagartija que criabas, tú también la enterraste en el jardín, ¿recuerdas? Esto es lo mismo. —Y se forzó a sonreír.

Shota no era capaz de sonreír. Osamu le dio una palmada con la mano llena de tierra en la cabeza y se dirigió al cuarto de baño.

Mientras se enjabonaba por todo el cuerpo y se aclaraba con el agua restante de la bañera que habían utilizado la noche anterior, Osamu recordó un incidente de diez años atrás.

Era verano también. Aquel día se había limpiado la tierra de la misma manera. E incluso recordó que al otro lado de la pequeña ventana del cuarto de baño resonaba el desolador canto de los grillos. Sumido en tales reflexiones, sintió una presencia humana a su espalda y se volvió asustado. Nobuyo, con una toalla de baño en brazos, aguardaba de pie junto a la puerta.

—No me puedo creer que haya vuelto a hacer esto —se rio Osamu, burlándose de sí mismo, y recogió el agua con un cazo para echársela por la espalda.

—Pero hay una diferencia abismal con aquello. —Nobuyo parecía recordar lo mismo que Osamu.

—Sin duda. Pensándolo bien, la vieja ha sido feliz.

—Claro que sí, ha sido mucho mejor que morir sola.

Ambos se acordaron de *la póliza de seguro* de la que Hatsue había hablado.

—Aún tienes espuma. —Nobuyo tomó el cazo de la mano de Osamu y le enjuagó la espuma restante de la espalda. Mientras deslizaba la palma, ella se sorprendió por la tersura de la piel del hombre, pero no lo dijo por discreción, dadas las tensas circunstancias.

—Si algún día yo... —le murmuró Osamu sin volverse hacia ella—, debajo del estanque, por ejemplo...

Nobuyo comprendió lo que quería decir. Aunque era difícil distinguir si se trataba de que pedía los mimos habituales o de una suprema expresión de amor a su manera, se sintió feliz.

—No es tan grande el estanque del jardín —repuso para aligerar el tema.

Le secó la espalda a Osamu con la toalla de baño que ella llevaba colgada al cuello y le dio dos palmadas en señal de que ya estaba listo.

Cuando Osamu recibió la toalla, se la enrolló en torno a las caderas y salió del cuarto de baño como si huyera.

—Sécate bien los pies, siempre dejas el suelo mojado —advirtió ella a la espalda.

—Ya lo sé. —Osamu ya había recuperado su tono habitual.

Por fin llegó el día del cobro de la pensión de Hatsue que tanto esperaba la familia.

—Te acompaño —se ofreció inesperadamente Shota al ver que Nobuyo se preparaba para salir, y juntos se dirigieron al banco.

Mientras Nobuyo, con la tarjeta de Hatsue en la mano, guardaba la fila delante de los cajeros automáticos, Shota la esperó en la calle.

Nobuyo apareció con un sobre en la mano y luego se lo guardó en el bolso. Shota, sentado en el quitamiedos, saltó con un golpe seco.

—¿Cuánto? —preguntó Shota al acercarse corriendo a Nobuyo.

—Ciento dieciséis mil yenes.

—¿De quién es el dinero?

—De la abuela. —Mientras caminaba, Nobuyo dio un golpe en el bolso que contenía el sobre.

—En ese caso..., no es nada malo, ¿verdad? —quiso asegurarse Shota.

—No, no lo es.

Nobuyo recogió un par de palillos de los que se alineaban a la entrada de un bazar que daba a la calle. Quería comprarle a Lin unos palillos cortos para niños.

—¿Y robar en las tiendas? —preguntó de nuevo Shota. Llevaba tiempo queriendo plantearle esa pregunta, de ahí que hubiera buscado el momento de estar a solas con ella.

—¿Qué te dice tu padre?

¿Cuándo había aprendido Nobuyo esa habilidad? Le pasaba la pelota a su pareja, como acostumbran a hacer los padres experimentados.

—Me dice que las cosas expuestas en las tiendas todavía no le pertenecen a nadie...

Nobuyo sonrió con amargura. Era una respuesta muy propia de Osamu. Imaginó que él de pequeño también habría oído decir eso de su padre y que se lo habría creído.

—Bueno, supongo que eso es correcto siempre que la tienda no quiebre. —Nobuyo respondió con evasivas, cogió un par de palillos amarillos para niños y desapareció en el fondo del local.

Shota no se quedó convencido de la respuesta, pero notó que ella no quería que le hiciera más preguntas.

Ambos compraron la botella de Ramune que se vendía a la entrada de la calle comercial y caminaron mientras se lo tomaban. Cuando llegaron al comercio de las croquetas, Fujiya, la dependienta de mediana edad de siempre, saludó a Nobuyo:

—Hola, joven madre, ¿qué tal unas croquetas para la cena?

Por un momento, Nobuyo miró a su alrededor, preguntándose a quién se dirigía, pero se dio cuenta de inmediato de que era a ella y miró a Shota como diciendo: «Me ha llamado madre».

—¿Te sientes feliz cuando te llama mamá? —le preguntó él.

—Cuando me lo llama ¿quién? —le devolvió la pregunta Nobuyo.

Lógicamente no tenía por qué hacerle ilusión que una dependienta se le dirigiera de esa forma, supuso Shota, y aclaró:

—Lin, por ejemplo.

—No sabré decírtelo hasta que me llame así. —Nobuyo volvió a tomar un trago de Ramune. La canica que rodó dentro de la botella de vidrio produjo un agradable chasquido—. ¿Por qué me preguntas eso? —Acarició con fuerza la cabeza de Shota.

Unas niñas con los gorros triangulares de tela de toalla, tal vez de regreso de las clases de natación, aparecieron por un callejón y se fueron corriendo. Cuando se cruzaron alborozadas con Shota, percibió que olían un poco a cloro.

—Porque él quiere que lo llame papá —respondió Shota con cierto malhumor.

—Y no puedes llamarlo así, quieres decir.

—Todavía no.

Había transcurrido más de medio año desde que le había prometido a Osamu que lo haría algún día, pero seguía sin haberlo llamado nunca papá.

—Eso no tiene ninguna importancia. —Nobuyo rio al ver que se había ensombrecido la expresión del chico—. No te preocupes para nada. —Dio un eructo ruidoso y continuó su camino mientras se reía a carcajadas.

Ni Lin ni Shota llamaban mamá a Nobuyo. A diferencia de Osamu, ella no se lo pedía, por lo que Shota tampoco se había preocupado por ese detalle. Ahora se sintió algo aliviado.

En cuanto se terminaron el refresco, Nobuyo y Shota golpearon la botella contra una tapia de hormigón y sacaron la canica del interior.

Al volver a casa, Shota entró rápidamente en el armario empotrado e iluminó la canica con el foco del casco. Se veían muchas burbujas menudas dentro y Shota recordó el mar de verano al que había ido con la familia.

Lin abrió la puerta corredera y se sentó junto a Shota.

—¿Qué ves?

—El mar. —Shota acercó la canica a los ojos de Lin.

Lin se arrimó mucho a ella y dijo:

—El universo.

—¿Universo? —Shota volvió a mirarla: en efecto, esas burbujas también se parecían a las estrellas.

En ese momento, se oyó un tintineo de la campana del altar. Al igual que Hatsue lo hacía, Nobuyo ofreció el sobre del banco y juntó las palmas.

—Qué admirable la abuela..., nos es útil incluso después de muerta... —oyó decir a Nobuyo.

—Aunque el que resulta verdaderamente útil es el viejo —comentó Osamu mientras trasteaba por la habitación de los niños en la que había enterrado a Hatsue.

Él sospechaba que Hatsue tenía escondidos sus ahorros secretos en esa estancia. No obstante, ella era cautelosa. Además, Osamu temía que la anciana descubriera que había estado buscando en su ausencia, y que, enfurruñada, dejara de proporcionar su pensión a la familia, de modo que no se atrevió a hacerlo en vida de Hatsue.

Ahora que la suspicaz Hatsue dormía bajo tierra, Osamu podía rebuscar por la casa libre de inquietudes.

Delante de la mesa de estudio que consideraba uno de los escondites más probables después de la cómoda, había una estufa colocada de forma poco natural, lo que dificultaba abrir los cajones de la mesa. Cuando Osamu forzó un cajón y consiguió abrirlo a medias, vio una cajita negra al fondo. En un golpe de intuición, movió la estufa y sacó la caja.

Cuando la destapó, descubrió la dentadura postiza de Hatsue en el interior.

—¡Puaj! —Casi dejo caer la caja.

A punto estuvo de tirarla a la papelera, pero se contuvo, preguntándose por qué la anciana guardaría su dentadura vieja en el fondo de un cajón de ese tipo. Así que examinó con atención el interior de la caja y advirtió que había un sobre doblado bajo el pliego de periódico sobre el que estaba colocada la dentadura. Con cuidado de no tocar la dentadura, retiró el periódico.

Tal como pensaba, el sobre contenía dinero, tres billetes de diez mil yenes. Con un fajo de sobres en la mano, Osamu corrió al lado de Nobuyo.

—Lo tengo, lo tengo. La vieja sí que lo tenía bien escondido.

Shota, que lo escuchó desde dentro del armario, salió fuera. Osamu y Nobuyo habían desdoblado los sobres uno a uno y estaban contando los billetes.

—Uno, dos y tres... Cuatro, cinco y seis... Siete, ocho y nueve...

Cada vez subían más el tono y, a partir de la mitad de los sobres, se pusieron a dar saltos de alegría.

—¿Estaría chantajeando a alguien? Bueno, en cualquier caso, el dinero es el dinero.

Mientras contemplaba al matrimonio contando, Shota disgustado, arrojó en el armario con todas sus fuerzas el casco que le colgaba de la mano. El casco azul chocó contra la pared y produjo un estrépito, pero la pareja alborozada pareció no darse cuenta.

—Hala, ven conmigo.

Ante la orden de Osamu, Shota se cambió de ropa con resignación.

El muchacho llevaba un tiempo sin salir con Osamu a solas. Antes iban juntos a cualquier lado, pero últimamente Shota pasaba mucho tiempo solo en el coche abandonado del aparcamiento al aire libre y, cuando salía, casi siempre iba con Lin.

—¿Adónde vamos?

—A un salón de *pachinko*. —Osamu sonrió con malicia como si se le hubiera ocurrido una divertida travesura.

Osamu ya había perdido los ahorros secretos de Hatsue en el *pachinko*. Shota sabía que no tenía fondos para jugar ese día.

Shota odiaba el salón de *pachinko*. Como tenía buen oído, podía diferenciar los sonidos sutiles. Pero en un sitio como un salón de juegos, rodeado por un ruido ensordecedor, se le quedaba la mente en blanco sin saber qué escuchar. Hatsue una vez lo llevó allí y él sólo se sintió aliviado cuando se puso los taponos para los oídos que llevaba la anciana. Hoy, sin embargo, no contaba con ese remedio.

Cuando llegaron al salón de *pachinko*, Osamu, sin entrar en el local, subió por la escalera del aparcamiento de varios pisos y salió a la primera planta. Antes de que Shota le preguntara qué iba a hacer, Osamu adivinó la pregunta, se volvió hacia el muchacho y sacó del bolsillo algo parecido a un martillo.

—¡Tachááán!

—¿Qué es eso?

—Un rompevidrios.

Esa palabra le sonaba a Shota.

—¿De dónde lo has sacado? ¿Lo has comprado?

—Idiota, cómo voy a comprarlo —se rio Osamu, como diciendo que no lo tomara por tonto—. Ahora verás.

Dicho esto, comenzó a escudriñar uno por uno los vehículos aparcados en línea. A través de la luna, miraba el asiento del copiloto y el asiento trasero para ver si había algún objeto de valor. Shota lo seguía a unos pasos de distancia.

—Un momento.

—¿Qué? —Osamu no se volvió.

—¿No serán de alguien estos...?

Mirase como lo mirase, los objetos del interior de los coches eran diferentes de los artículos expuestos en las tiendas que *no le pertenecían a nadie*. Ignorando la pregunta de Shota, Osamu continuaba examinando el interior de los vehículos. Cuando pareció no haber visto nada de interés, soltó un suspiro y se volvió hacia Shota.

—¿Y qué? —preguntó Osamu sin inmutarse.

Su expresión parecía hacerle un reproche: «¿De qué vas a estas alturas?». Por primera vez, Shota sintió miedo de la firmeza de Osamu.

—¿Quieres intentarlo tú también? —De inmediato, volvió a ser el Osamu bromista de siempre y blandió el rompevidrios de forma ostentosa.

Shota fue incapaz de replicar nada. Se sintió triste sin saber el porqué, apartó la vista de Osamu y bajó la cabeza.

Osamu aún reía.

Shota se dio la vuelta y se dirigió solo hacia la escalera por la que había venido antes.

—¡Oye! —lo llamó Osamu a su espalda—. ¿Qué te sucede? —Parecía malhumorado—. Vale, pues quédate allí vigilando. —Señaló la escalera con un dedo.

Shota no tenía más remedio que vigilar por si los propietarios de los vehículos aparecían por la escalera. El suelo de hormigón, recalentado por el sol, le ardía bajo las plantas de los pies.

Más allá del tejado del salón de *pachinko*, se atisbaba la torre blanca de un depósito de agua. Era un edificio con forma de extraterrestre cabezudo y con patas largas. De repente, Shota imaginó lo agradable que sería si pudiera subir a esa torre y tenderse sobre la cabeza plana.

En ese momento se produjo un fuerte chasquido al romperse un cristal.

Cuando miró en la dirección del ruido, Osamu ya estaba sacando del asiento trasero de un vehículo rojo una bolsa grande con el diseño de una enorme letra alfabética. Osamu sostuvo la bolsa delante del abdomen y corrió hacia Shota con una rapidez impensable en él.

Estupefacto, Shota se quedó plantado donde estaba.

Mientras emitía unos gritos extraños, Osamu se deslizó por el lado de Shota y se precipitó por la escalera saltando los escalones de dos en dos.

Shota volvió en sí y bajó la escalera tras la espalda de Osamu.

Cuando Shota hubo atravesado la planta baja del aparcamiento, oyó detrás de él que se abría la puerta del salón de *pachinko* y resonaba el bullicio que salía del interior, pero no fue capaz de volverse para mirar atrás.

—¡Qué pasada!, tal como esperaba —Osamu alzó triunfante el rompevidrios y miró a Shota mientras corría.

Sin responder, Shota balbució:

—Cuando a mí...

—¿Qué?

—Cuando me rescataste...

—Ah...

—En aquel momento también... ¿estabas intentando robar algo?

Osamu esbozó una débil sonrisa y volvió a mirarlo.

—No, bobo..., sólo pretendía rescatarte.

Igual que siempre que su *trabajo* concluía con éxito, Osamu extendió un puño hacia Shota. Esta vez el muchacho no entrechocó el suyo.

—¿Qué pasa, hombre? —Le dio un golpe en el hombro a Shota y se fue corriendo.

Él se detuvo y siguió con la mirada la espalda de Osamu.

Tenía otra razón, además del ruido, para que no le gustara el salón de *pachinko*.

Un día tórrido de verano, él estaba sentado solo dentro del coche, con el cinturón de seguridad puesto. Era el asiento trasero. Una botella de plástico rodaba por el asiento, pero, cuando bebió un trago, ya era agua caliente y la dejó.

El ruido de las máquinas de *pachinko* resonaba de vez en cuando y desaparecía en la distancia. En un momento dado, oyó el chasquido del cristal roto y por el agujero de la luna se asomó un hombre que resultó ser Osamu. Él le quitó el cinturón de seguridad a Shota y lo aupó en brazos.

Esa era la historia de su primer encuentro, que Osamu le relataba a Shota con frecuencia. Y esa historia se había llegado a convertir en un recuerdo exclusivo del chico. El nombre de Shota también era el que Osamu le dio en ese momento. Osamu le salvó la vida. Este se lo había estado agradeciendo durante todo ese tiempo.

Más adelante, cuando Osamu salvó a Lin, Shota recordó que a él también lo había salvado de un modo similar, y nunca podría despreciar a un *padre*, por muy indolente que fuera.

Sin embargo, ahora que se fijaba en Osamu, que huía dejándolo atrás, reconocía que el recuerdo de su primer encuentro se había ido alterando poco a poco. ¿Y si Osamu no había roto la luna para rescatarlo, sino que la había roto para robar y se topó con él casualmente? ¿Había sido así, sin más, la historia?

Shota, que ya había dejado de seguir a Osamu, se quedó en medio del cruce mirándose fijamente las palmas de las manos.

A partir de ese día, no volvió a salir a *trabajar* con Osamu.

Shota estaba en el aparcamiento al aire libre, como de costumbre, limando un tornillo que había recogido, cuando Lin empezó a quejarse de sed. No llevaba dinero. Sin pensar mucho, ambos se dirigieron a Yamatoya.

Caminaron en medio del intenso chirrido de las cigarras y, cuando llegaron empapados de sudor, encontraron la tienda cerrada. En la puerta de cristal de la entrada estaba pegada una hoja de papel donde venían escritos dos sinogramas que significaban: «Cerrado por defunción». El signo de *defunción* a Shota le resultó difícil de leer y entender, pero pudo suponer al menos que

algo malo le había sucedido a la tienda. Ambos miraron dentro a través de la puerta de cristal. Podían vislumbrar el juego de mesa de béisbol que siempre estaba expuesto en la entrada. Ahora aparecía solitario en el interior a oscuras.

—¿No trabaja hoy? —preguntó Lin.

—No... No sé si ha quebrado...

Shota reflexionó sobre por qué había *trabajado* repetidamente en esa tienda durante tanto tiempo. Se marchó con Lin y, mientras caminaba a lo largo de la ribera del río, se acordó de la ninfa de cigarra que había encontrado un día de lluvia torrencial. Abrumado por los negros pensamientos, se preguntó si aquella ninfa habría conseguido convertirse por fin en cigarra. ¿Se le habían mojado las alas por la lluvia repentina y no habría podido volar? ¿La habrían rodeado las hormigas y habría muerto devorada antes de poder convertirse en cigarra?

Los niños llegaron a un supermercado cercano, el Sakaiya.

—Hoy tu hermano lo hará solo... Espérame aquí —le dijo a Lin, que no respondió.

Shota se adentró solo en el establecimiento.

Le dio la impresión de que había más dependientes de lo habitual. Pero no había cámaras de vigilancia, aparte de que quedaban varios ángulos muertos entre los altos expositores. Se trataba de un lugar perfecto para que pudiera *trabajar*. Sin embargo, no podía dejar de pensar en Yamatoya y no hacía más que vagar por la tienda.

De pronto, descubrió a Lin en el departamento de golosinas. La niña no le había hecho caso y había entrado en el comercio. Delante del expositor, Lin estaba haciendo el gesto ritual imitando a Shota.

—¿Qué haces? —Perplejo, Shota se dirigió a la pequeña.

Lin se volvió hacia Shota por un instante y, a continuación, cogió un paquete de chocolatinas y trató de embutirlo en el bolsillo. Un empleado, con un archivo de control de mercancías en un brazo, se plantó entre Shota y Lin. Shota vaciló por un momento sobre si dejar a Lin allí y huir solo, pero lo reconsideró de inmediato. Al instante, volcó una pila de latas con las manos, agarró una malla de mandarinas y echó a correr hacia la entrada a toda velocidad.

—¡Oye, ven aquí!

Los dos dependientes lo siguieron apresuradamente.

Huyó con la malla de mandarinas en brazos y los dependientes lo persiguieron sin desistir. Shota atravesó entre los edificios del barrio de bloques y corrió por el dique a lo largo del río.

Al reflexionarlo más tarde, se dio cuenta de que habría podido correr más rápido si hubiera tirado las mandarinas, ya que no tenía especiales ganas de comérselas. Aun así, en ese momento no podía pensar con calma.

Cruzó un puente, salió al otro lado del río y, cuando llegó a una cuesta algo curvada a su derecha, vio que un dependiente que se le había adelantado subía de frente. Ya no tenía escapatoria.

Un tren atravesaba el puente del río. Shota se asomó por la pared baja de la cuesta para mirar hacia abajo. Le pareció que había una altura similar a las barras de las jaulas de los parques infantiles. No había problema, pues había saltado de ellas alguna vez.

Con las mandarinas en brazos, saltó al otro lado de la pared. Oyó el grito de asombro del dependiente por encima de su cabeza. Lo más probable era que ni se hubiese imaginado que el muchacho fuera a saltar. Shota falló al aterrizar y cayó rodando por el suelo. La sorpresa que se

llevó por la altura de la pared, mayor de lo que había pensado, superó con creces el dolor que sentía.

Cuando intentó levantarse, su pierna derecha no reaccionó. En el suelo pudo ver cómo se dispersaban rodando las mandarinas, que se habían salido de la malla al chocar contra el quitamiedos. Mientras se desmayaba, Shota pensó en lo bonito que era el tono anaranjado de aquella fruta.

A Shota lo trasladaron al hospital en una ambulancia.

Unos agentes de policía acudieron de inmediato a su habitación para hacerse cargo de la situación. Eran una mujer de edad similar a Nobuyo y un tipo de veintitantos años.

El hombre, que se presentó como Maezono, fue quien principalmente le hizo preguntas:

—¿Dónde vives?

—En un coche.

—¿En un coche?

—Sí, en un aparcamiento en la ribera del río.

—¿Tú solo?

—Sí.

—¿No vives en esta casa, con tu familia? —El hombre le enseñó a Shota una fotografía, la de su casa.

Shota negó con la cabeza. Trataba de defender a su familia. El joven agente parecía adivinarlo, dado que preguntó:

—Por casualidad, ¿estás defendiendo a alguien?

Shota no levantó la vista; miraba fijamente su pierna lesionada, inmovilizada con la escayola.

El médico le había dicho que tenía una fractura y un esguince severo, y que tardaría unos seis meses en recuperarse por completo.

La agente, apellidada Miyabe, rompió el silencio:

—Cuando llegamos a tu casa, los otros miembros ya habían recogido sus cosas y estaban a punto de huir, dejándote a ti tirado.

Shota levantó el rostro y la observó. Miyabe pensó que era una mirada que evidenciaba desconfianza en los adultos.

—Si fuera tu verdadera familia, no habría hecho eso, ¿a que no?

Él volvió a fijar la vista en su pierna.

¿Qué le estaría pasando a su familia en esos momentos? ¿Habrían detenido a Lin? Quería saberlo, pero se abstuvo de preguntar porque la tal agente Miyabe le daba la impresión de no estar contándole la verdad.

Lin, sentada en una silla de una sala de reuniones, estaba dibujando el mar con una cera azul en una cartulina que le habían ofrecido. En la orilla, Lin con el pelo castaño, Shota, Nobuyo, Aki y Osamu con la barba corta sonreían agarrados de las manos.

Miyabe y Maezono aparecieron en la sala con un zumo de naranja en la mano, se sentaron frente a Lin y se inclinaron hacia delante para mirar el dibujo.

—¡Oh, qué color más bonito!

Al mirar el rostro de Miyabe cuando mostró su admiración por el dibujo, Lin se puso rígida.

—Hacía buen tiempo, ¿eh?

Había pintado un sol totalmente rojo.

—Juri —Miyabe llamó a Lin por su verdadero nombre—, ¿cuántos fuisteis a la playa?

—Cinco.

Cuando Lin vio a Shota lesionado y que se lo llevaban en una ambulancia, corrió frenéticamente a casa y se lo contó a Osamu. Este acudió a toda prisa al hospital y dio por descuido el nombre y la dirección al agente de policía que acompañaba a Shota.

Osamu regresó a casa con Nobuyo, que había ido a buscarlo al hospital, recogieron sus pertenencias y, cuando salían por la puerta de servicio a la callejuela trasera, fueron detenidos.

Mientras hacían el equipaje, Osamu había persuadido a Lin: «Si te preguntan por la abuela, contesta que no la conoces, ¿de acuerdo?».

Lin lo recordó.

—¿Qué hicisteis en la playa? —preguntó Maezono.

—Saltos —respondió Lin.

—¡Oh, así que saltos! —El hombre sonrió como diciendo que eso le parecía muy divertido.

—¿No estaba la abuela con vosotros ese día? —preguntó la mujer.

Su tono era amable, como el de las maestras de la guardería, pero sus ojos no sonreían. Con desconfianza, Lin apretó los labios con firmeza y ya no volvió a mirar a la mujer.

Los miembros de la familia estaban siendo interrogados cada uno en salas diferentes.

Cuando a Osamu lo detuvieron, llevaba una camisa hawaiana barata de color azul. Su aspecto de turista resultaba completamente impropio en ese lugar tan serio.

—No, nunca se trató de un secuestro. Nobuyo... no podía quedarse indiferente ante una niña muerta de hambre... y la trajo..., pero no a la fuerza...

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Maezono en tono severo, como si fuese una persona diferente de la que había tratado con Shota.

—El pasado febrero...

—Eso se considera secuestro, ¿es que no lo sabe?

—Ya... Yo también se lo dije, pero según ella..., pues que no, porque ella no había pedido rescate, sino que la había protegido —explicó Osamu tal como Nobuyo lo había instruido.

Eso era lo que ambos habían acordado mientras hacían el equipaje. Nobuyo había propuesto declarar que ella lo había hecho todo si llegaba el momento. Tal vez ya se hubiera estado mentalizando para asumir la responsabilidad total.

—¿Cómo? ¿Que ellos mataron a alguien? —Aki, que estaba sentada en una sala de reuniones, se quedó sin habla.

—¿Vivías con ellos sin saberlo? —quiso asegurarse Miyabe con aire muy sorprendido a propósito.

Aki asintió lentamente.

—Osamu Shibata en realidad se llama Shota Enoki y Nobuyo Shibata es Yuko Tanabe.

Al oír el nombre de Shota, Maezono bajó la vista a su libreta y apuntó el nombre homófono con dos sinogramas diferentes del de Shota Enoki junto al nombre del muchacho, Shota Shibata.

—¿A quién... mataron?

—Al exmarido. Lo apuñalaron con un cuchillo de cocina y lo enterraron. Dicho a las claras, se trata de un crimen pasional.

Aki no fue capaz de responder nada.

—Ese es el vínculo entre ellos.

Ella continuó en silencio. En cierto modo, siempre había supuesto que Osamu y Nobuyo compartían un pasado misterioso. Pensaba que probablemente se tratara de algo que iba más allá de una relación sentimental, y resulta que no era otro vínculo que un crimen.

Cuando Hatsue falleció y Aki estaba a su cabecera sin saber qué hacer, Nobuyo se había erigido rápidamente en la líder de la familia en lugar de la anciana y había tomado la decisión de enterrarla. No tenía más remedio que hacerlo para proteger a la familia. Incluso Aki había admirado su resolución y la había considerado digna de confianza. Sin embargo, ¿esa resolución se debía a que ya había hecho lo mismo antes con Osamu?

Aki se quedó estupefacta ante su propia ingenuidad.

—Aquello fue en defensa propia. Si él no lo hubiera matado, habríamos sido él y yo las víctimas —dijo Nobuyo con cierta displicencia a Miyabe, que estaba sentada frente a ella.

—Bueno, sin duda la sentencia fue esa, pero...

Miyabe, aun consciente de ese hecho, se lo había ocultado a Aki. El marido de Nobuyo la agredía cada vez que bebía. Al intentar proteger a Nobuyo, Osamu arrebató el cuchillo de la mano de su marido y se lo clavó. Esa explicación fue admitida en el juicio y Osamu fue absuelto.

—¿Y qué tiene que ver eso con lo de ahora?

—Entonces, ¿por qué intentabais huir? —A Miyabe le irritó que la presunta culpable hubiera cuestionado su argumento.

—No huíamos, sólo íbamos al hospital.

Nobuyo no quería admitir su culpa. Miyabe, como madre, juró que jamás perdonaría a esa mujer.

Los padres de Juri descendieron juntos unos escalones del portal. En esos instantes, situados ante los buzones, se hallaban rodeados de periodistas y reporteros de televisión.

—¿Cómo se encuentra la pequeña Juri? —preguntó una periodista, como si estuviera muy preocupada, al padre, Tamotsu.

—Ah..., debió de quedarse aliviada, anoche durmió profundamente —respondió Tamotsu con rudeza.

Iba trajeado de negro con una corbata. Pese a estar repeinado para la ocasión, era fácil imaginar por sus finas cejas depiladas que su aspecto habitual no era tan formal.

—Señora, ¿qué cenó la pequeña Juri? —preguntó una reportera de televisión.

—Su plato favorito, una tortilla rellena de arroz.

—¿Se lo preparó usted?

—Así... es.

—Señor, ¿tiene algo que decir al culpable?

—Es imperdonable... hacer algo como esto a una niña inocente.

—¿Por qué no denunció su falta durante esos dos largos meses desde que ella desapareciese? —preguntó la misma reportera de antes, presionándolo.

En su programa, los comentaristas del plató habían hablado sin cesar de que los padres resultaban sospechosos. Tamotsu, que lo sabía, miró mal a la reportera y respondió:

—Bueno..., porque pensé que el culpable se pondría en contacto conmigo para pedirme un rescate. El caso es que también recibí muchas llamadas fantasma, como de amenaza.

Lin, que había vuelto a ser Juri, estaba escuchando contestar a sus padres al otro lado de la entrada, con la oreja pegada a la puerta.

La casa a la que había regresado al cabo de medio año era la misma de antes, pero le daba la sensación de estar provisionalmente en la de una amiga. En esos momentos, Juri apretaba contra su pecho el frasco de vidrio, repleto de su tesoro y con el que dormía junto a su almohada en la otra casa. Su madre Nozomi había tirado todo lo que le había comprado la otra familia, tanto la ropa como los zapatos e incluso el bañador amarillo que le encantaba. Sin embargo, Juri se había resistido a que tirase ese frasco y no lo soltaba de ninguna manera, por lo que Nozomi había renunciado a obligarla.

Ese frasco desprendía olor a mar al retirar la tapa amarilla.

El caso del secuestro de la niña se consideró resuelto momentáneamente debido a que Juri había regresado con sus padres.

El interés de la policía y el público se concentraba ahora en el paradero de la propietaria del inmueble, Hatsue.

Miyabe preguntó a Aki por qué había comenzado a vivir en esa casa, y esta respondió:

—Porque... la abuela me dijo que quería vivir conmigo... por generosidad.

—Pero no se trataba de ninguna generosidad, ¿no?

—¿Por qué?

—Porque obtenía dinero de la familia que le había arrebatado a su esposo.

—¿Ella les sacaba dinero a mis padres? —Aki se llevó la mano al pecho, ansiosa.

Quizás hubiera estado golpeando una pared, pues tenía innumerables heridas y marcas de sangre en el dorso de esa mano.

—Eso parece..., cada vez que los visitaba.

Miyabe no podía entender la razón por la que a Hatsue se le había ocurrido vivir con Aki. Sólo cabía la posibilidad de que se debiera a un acoso o un fin monetario. Los móviles de los delitos solían ser esos. Miyabe era capaz de analizar con semejante frialdad la psicología humana.

—¿Mis padres sabían que yo vivía con ella?

—Dicen que no...

Aki pensó que sus padres a la fuerza tenían que saberlo. Y a sabiendas de ello, seguro que se habían quedado bien a gusto desembarazándose de ella. En cualquier caso, eso no le importaba demasiado. Sólo el hecho de que Hatsue se lo hubiera ocultado le supuso un duro golpe.

—Me pregunto si la abuela sólo quería el dinero... y no a mí.

«Tanto el vínculo entre Nobuyo y Osamu como el vínculo entre la abuela y yo podían ser diferentes de lo que yo pensaba. Después de todo, probablemente lo que unía a esta familia fuera sólo el interés de los adultos que tanto odio».

Cuando Aki alzó la vista, como si se hubiera despertado de un sueño, Miyabe la miró de brazos cruzados y le preguntó:

—¿Dónde está ahora la abuela?

La casa en la que vivían los seis miembros de la familia Shibata fue envuelta en un plástico azul. En su interior, los agentes de policía estaban llevando a cabo la investigación *in situ*. Los mirones se habían congregado alrededor de la cinta amarilla que cercaba la finca y, desde los balcones de los apartamentos circundantes, los residentes se asomaban como si contemplaran el fondo del agua. Las miradas del público se fijaron tanto en la familia como en su casa, que hasta entonces habían estado sumidas en el olvido y habían sido ignoradas.

Un reportero estaba informando frente a una cámara de televisión:

*—El cuerpo sin vida de la señora Hatsue Shibata llevaba enterrado varias semanas desde su muerte. La principal línea de investigación es la de un posible homicidio. El propósito que tenían las personas que vivían aquí y se hacían pasar por una familia todavía sigue siendo un misterio.*

Una vez que el cuerpo de Hatsue hubo aparecido bajo el suelo de tatami, la mirada crítica del público hacia Nobuyo se volvió aún más severa. Aunque no se había encontrado ninguna prueba de asesinato, ni siquiera en la autopsia, la imagen de Nobuyo retirando la pensión de la cuenta bancaria de Hatsue mientras ocultaba su muerte, que quedó grabada en la cámara de vigilancia, la tenía acorralada sin posibilidad de escapatoria.

Pero Nobuyo, desde el minuto uno de su detención, no había pretendido responsabilizar a otros ni ocultar hechos como el secuestro o el abandono del cuerpo, ni siquiera el fraude del cobro de la pensión. Así que respondió con sinceridad a cada pregunta que le hacían. Con todo, su franqueza no dejaba de parecerle desafiante a Miyabe.

—¿Afirmas haberlo hecho tú sola?

—Así es.

—¿Cavar un hoyo y enterrarla también?

—Sí..., lo hice yo todo.

—Deshacerse de un cadáver es un crimen grave. ¿Estás segura de lo que declaras?

—No me deshice de él —murmuró Nobuyo.

Su tono, que revelaba rebeldía, no se le escapó a Miyabe, quien siguió presionando:

—¿Cómo que no?

Miyabe despreciaba particularmente a los delincuentes como Nobuyo, carentes de todo sentido de culpabilidad. Y Nobuyo odiaba a las personas arrogantes como Miyabe, que ejercían la justicia, condenaban a la gente y sermoneaban sobre cómo debía comportarse una persona.

—La recogí...

Miyabe no entendió lo que Nobuyo estaba tratando de decir.

—La recogí a ella, que estaba abandonada. Antes otros se deshicieron de ella, ¿no?

«¿De quién diablos nos hemos deshecho Osamu y yo? Convivimos con Hatsue, que fue abandonada nada más contraer matrimonio su propio hijo; acogimos a Aki, que había perdido su sitio en su propio hogar; y dimos protección a Shota y a Lin, que podrían haberse muerto si no los hubiéramos atendido. Son las personas que los abandonaron quienes deben ser acusadas de un delito muy grave y no nosotros. —Nobuyo miró a los ojos a Miyabe y murmuró en su interior—: De todas formas, la gente como tú no lo entenderá nunca».

Osamu, que estaba siendo interrogado, parecía falto de sueño y tenía la barba crecida y el pelo

muy alborotado, como si acabara de levantarse.

—¿El objetivo? —repitió la pregunta de Miyabe con la mirada ausente.

—Sí, vuestro objetivo, el motivo de que os reunierais en esa casa. Por ejemplo, si planeabais cometer un delito —concretó Miyabe.

De repente, Osamu recordó haber hablado con Nobuyo sobre el plan de demoler la casa y construir un bloque alto de apartamentos, pero cayó en la cuenta de que vivir de las rentas no podía considerarse un delito.

—Ah... —Osamu levantó el rostro. Entonces se percató de que su objetivo para haber convivido con Hatsue era obvio—. La anciana dijo que se había dado de alta en una póliza de seguro.

—¿Una póliza de seguro? ¿Qué seguro? —inquirió Maezono.

—A ver qué era... —Por un segundo, se planteó decir «contra la contingencia de una muerte en soledad», la expresión que se le había ocurrido a él medio en broma en su momento, pero no se atrevió a decirlo por si cabreaba a los agentes que tenía delante—. No, nada. Olvídenlo.

Preguntaran lo que le preguntaran, Osamu no daba más que explicaciones confusas y contestaba con evasivas, por lo que Miyabe y Maezono ya no sabían qué hacer con él.

—¿No te importaba enseñar a los niños a robar en tiendas? —preguntó Maezono como si fuera un maestro amonestando a unos alumnos que habían cometido una falta.

—Es que yo... no tenía otra cosa que poder enseñarles.

Ante semejante respuesta, totalmente carente de lógica, Maezono apenas pudo controlar su indignación y subió el tono:

—¡Aun así!

Enseñar a los hijos lo que está bien y lo que está mal es la obligación de un padre. Sin embargo, aquel individuo presumía de ser padre después de haber secuestrado a los niños y haberles enseñado a delinquir. Maezono sentía una profunda lástima por el muchacho Shota, que había sido acogido y criado por ese hombre.

—¿Por qué escogiste el nombre de Shota para el niño? —Durante todo ese tiempo, Maezono había tenido esa duda—. Es tu nombre real, ¿no?, aunque se escriben con diferentes caracteres.

Osamu lo miró sorprendido, como si acabara de fijarse en ese detalle por primera vez.

—Es porque... —No supo qué decir.

Maezono esperó con paciencia a que continuara la explicación. Osamu parecía querer decir algo, pero al final no dio con las palabras precisas.

Llegó la temporada en que al ir en manga corta se siente fresco al atardecer.

En la tercera planta del hospital, había una pequeña terraza donde un paciente en pijama estaba tomando el sol mientras un enfermero empujaba su silla de ruedas. Desde la habitación de Shota se veían las libélulas que sobrevolaban también ese lugar.

Mientras observaba la escena a través del cristal de la ventana, Shota estaba sentado frente a Maezono, que había venido de visita. Ya era la quinta vez que iba a verlo.

Ambos habían estado tensos sólo hasta el segundo encuentro, cuando concluyeron los interrogatorios. Desde que Maezono había reconocido que Shota, a diferencia de los delincuentes menores, tenía sentido de la justicia, que defendía a su familia y se preocupaba por Juri, su actitud hacia él había cambiado por completo. Deseaba de corazón encaminar al muchacho hacia una vida digna, por lo que no quería perder el contacto.

Ese día también tuvo el detalle de traerle un manual de pesca que había comprado en una librería, ya que había oído que tenía interés por pescar.

Shota, con la agenda policial de Maezono en la mano, estaba paseando la mirada de la fotografía de Maezono al agente en persona y viceversa. Este mostró deliberadamente al muchacho una mirada tan seria como la de la fotografía.

—¿Es un piso? —Shota comenzaba a confiar en el hombre, que en sus repetidas visitas lo trataba con afecto, como si fuera su hermano mayor.

—Es una casa de dos plantas.

—Ah, ¿sí...? Una casa. —Recordó la casa de Arakawa donde vivía con toda la familia.

—Hay seis niños viviendo juntos allí. Suena divertido, ¿verdad? —Maezono le estaba describiendo el centro de acogida en el que Shota viviría después de que le dieran el alta.

Este agente había ido más allá de su trabajo, había recopilado folletos e incluso había visitado previamente él mismo varios centros en sus días libres.

—¿Sólo habrá niños?

—Sí. Los adultos os preparan la comida. Incluso tendrás una paga mensual. Podrás comprar los libros que te gusten con ella.

—¿De veras? —A Shota le pareció un plan estupendo.

—Incluso puedes ir a la escuela.

—Pero una escuela es a donde van los niños que no pueden estudiar en casa, ¿no? —Shota repitió las palabras que le había enseñado Osamu.

Reprimiendo la indignación que le causaba Osamu, Maezono dijo:

—También hay cosas que no puedes estudiar en casa.

—¿Cuáles? —Shota devolvió la agenda policial a Maezono y tomó un sorbo del zumo de naranja que el agente le había comprado en una máquina expendedora.

—Conocer a gente, por ejemplo, y tener amigos...

—¿Qué es de Lin ahora? —Shota se atrevió a preguntar lo que más le preocupaba.

—Ha vuelto con su familia —respondió Maezono, eligiendo las palabras que fueran a hacerle menos daño al muchacho.

—¿Con su familia de verdad?

Maezono asintió. Tal vez Shota era consciente de que él y los otros formaban una familia falsa. Al percatarse de eso una vez más, se apenó mucho.

—Shota, si tú también... —Trató de decir que lo ayudaría si quería buscar a sus padres biológicos, pero, antes de que terminara, Shota negó con la cabeza.

—No recuerdo nada.

Maezono fue incapaz de decir más. Por muy rudas que fueran las personas con las que él vivía en la casa de Arakawa, esas y no otras eran las que el muchacho podía considerar su familia. Y había perdido a esa *familia* para siempre.

Juri volvió a la misma vida de antes. Al principio de su regreso, cuando la familia atraía la atención pública, su padre Tamotsu se contenía, pero no tardó en recurrir a la violencia y las peleas matrimoniales volvieron a repetirse a diario.

Juri, que estaba sentada en un rincón del cuarto de estar, miró la canica que Shota le había

regalado a través de la luz que penetraba por el balcón. Pudo ver las pequeñas burbujas en su interior. Le pareció que era el *mar*. Con ella en la mano, se acercó a su madre Nozomi, situada frente al tocador.

—Mamá, dentro de esta...

—Déjame tranquila, estoy ocupada —la rechazó Nozomi.

La mujer estaba tratando de ocultar con el maquillaje un cardenal en la mejilla producido por un golpe de Tamotsu. Juri miró la imagen de su madre en el espejo. La encontró triste. Entonces le tocó con cuidado el cardenal, tal como había hecho con la cicatriz de Nobuyo.

—¡Ay! ¡Te he dicho que no me toques aquí! —gritó Nozomi al reflejo de Juri—. Vete para allá. —Miró mal a la niña.

Juri se apartó de su madre y volvió al rincón del cuarto.

—¿No me pides disculpas?

La niña, que solía repetir «Perdón» tan a menudo que hasta resultaba molesto, ahora guardaba silencio. Nozomi se volvió y dijo con voz zalamera:

—Juri, te compraré ropa, así que ven aquí.

Sacudiendo la cabeza, Juri por fin se negó a obedecer a su madre.

—¿Lin dijo que quería volver con sus padres? —Nobuyo no pudo ocultar su conmoción.

Naturalmente ella había imaginado que a Lin, bajo custodia policial, la devolverían con su madre, pero cuando eso sucedió de verdad, fue sacudida por un dolor como si le hubieran arrebatado a su propia hija.

—Sí, *Juri*. —A Miyabe no se le pasó corregir el nombre. Pensó que tenía que hacerle entender que la niña llamada Lin no existía en realidad.

—Ella jamás pediría eso. —Nobuyo parecía no poder aceptar la situación.

—Los niños necesitan una madre, ¿entiendes?

—Eso es justo lo que quieren creer las madres, ¿no?

—¿Cómo? —Miyabe clavó una mirada escrutadora en Nobuyo, preguntándose qué querría decir.

—¿Es que con dar a luz ya todas se convierten en madres?

—Sin dar a luz no puedes ser madre.

Nobuyo guardó silencio.

—Entiendo el dolor que sientes por no poder tener hijos.

Nobuyo no replicó.

—¿Te daba envidia? ¿Por eso la secuestraste?

«No, no es eso», pensó Nobuyo y comentó:

—Tal vez yo odiara... a la madre. —Ella se refería a su propia madre, a una madre que presumía de serlo por el simple hecho de haber dado a luz y que había dominado la vida de su hija hasta que finalmente la había abandonado.

Miyabe notó que su instinto *maternal* clamaba que no perdonara a esa mujer.

—¿Cómo te llamaban los dos niños? —le preguntó Miyabe en tono sarcástico para hacerse entender mejor. Nobuyo enmudeció—. ¿«Mamá»? ¿«Madre»? —presionó para asegurarse de que los niños no la habían llamado nunca así y de esa mujer no tenía derecho a que la llamaran así.

Nobuyo frunció el ceño. Una vez ella le había dicho a Shota que no tenía ninguna importancia que no la llamara mamá. Sin embargo, ahora que la estaban cuestionando de esta manera, experimentó un sentimiento diferente al de entonces.

«Sin duda, yo fui madre. La yema que me tocó el brazo cuando Lin y yo comparamos las cicatrices en el baño. Sus ojos mirando mis lágrimas mientras nos abrazábamos y quemábamos su ropa. La manita que agarraba la mía en la orilla del mar. No di a luz; sin embargo, fui su madre».

Cuando reconoció todo esto, las lágrimas brotaron sin control de sus ojos. No pudo reprimirlas. Nobuyo se retiró el cabello hacia atrás y miró al techo. Sus labios se convulsionaron.

«¿Por qué no le pedí a Lin que me llamara *mamá*, aunque fuera una sola vez?». Al pensarlo se arrepintió como nunca.

Cuando quiso darse cuenta, Aki se encontraba de pie ante el portón de la casa de Arakawa.

Conforme a las preguntas que Miyabe le formulaba, Aki había declarado que Hatsue estaba enterrada bajo el suelo y que Nobuyo había tomado la decisión de hacerlo. Al haberse enterado de que el hogar donde creía haber encontrado su sitio en la vida estaba formado por personas vinculadas por el dinero y el delito, le habían entrado ganas de mancillarlas. Cuando abandonó la comisaría tras haberle comunicado Miyabe: «El caso ha sido resuelto gracias a ti», casi se quedó a gusto por haberse deshecho del lugar adonde en teoría no necesitaba regresar.

Pero Aki fue atraída allí, después de todo.

El alboroto que había presenciado en los informativos de televisión ya había cesado por completo, como si nada hubiera pasado, y la casa seguía ahí abandonada. La cuerda para tender la ropa, que llevaba tiempo sin usarse, se balanceaba con desolación a la brisa. Más allá de ella se extendía un trozo del cielo en el que no se veían los fuegos artificiales.

En el jardín reinaba la paz. Desde la pasarela exterior, posó las manos en las puertas de vidrio y las recorrió a ambos lados a la par. Un olor a moho salió flotando en el aire desde el interior de la casa, que había permanecido cerrada desde el verano. Aki respiró hondo ese aire enrarecido a propósito. Ya no olía al futón de la abuela.

La casa parecía intacta tras concluir la investigación; los cajones de las cómodas estaban apilados en varias partes de la sala del altar.

Todo había terminado.

Aki se había vuelto desconfiada y los recuerdos del lugar le pesaban demasiado. Había sido ella quien había traicionado a los demás. Un batiburrillo de familia como aquella tenía que llegar irremediablemente a su fin algún día. Sin embargo, Aki reconoció que había sido ella misma quien había puesto el punto final.

El dolor que sentía por su propia culpa era lo que quería dejar grabado en su mente. En ese momento, Aki supo que por eso había vuelto a la casa.

«¿Adónde voy ahora?», murmuró en su interior.

—¿Adónde voy ahora? —pronunció a continuación.

Un perro ladró en la distancia.

# CAPÍTULO 6

## MUÑECO DE NIEVE

En la costa casi desierta de la ciudad de Kisarazu, en la prefectura de Chiba, Shota y Osamu pescaban uno al lado del otro, cada uno con su caña. Era la primera vez que se veían después de medio año.

—Hay señuelos artificiales blandos y duros. Y hay otros que se llaman flotantes, hundidos y afondantes en función de la profundidad del agua —explicaba Shota mientras desenredaba el sedal de Osamu.

—¿Y dónde has aprendido todo esto? —preguntó Osamu, admirado.

—Lo leí en un libro —respondió el chico con cierta timidez, y bajó la mirada.

—Ah, ¿en un libro? —Osamu sonrió y volvió a lanzar el sedal al mar.

Después de estar pescando inmóviles durante tres largas horas, se habían quedado ateridos, pero al final consiguieron pescar una estimable cantidad de chicharros pequeños. Miraron dentro del cubo y los contaron a coro en voz alta:

—Uno, dos, tres..., cuatro, cinco y seis.

Tras chocar los puños como hacían antes, se gritaron uno a continuación del otro:

—*Yeah!*

—*Yeah!*

Y miraron de nuevo el contenido del cubo azul.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó Osamu.

—No será posible criarlos, ¿verdad? —quiso asegurarse Shota, consciente de la inviabilidad del plan.

—No... Tal vez...

Shota tocó el lomo de un pez con la yema del índice y preguntó:

—¿Y si los soltamos?

—Mejor, sí...

Se pusieron en pie y devolvieron los peces al mar. Las pequeñas sombras negras se dispersaron rápidamente y desaparecieron de la vista bajo las profundidades del agua turbia.

Acabada la pesca, fueron a la prisión donde se encontraba Nobuyo para visitarla. Dejaron las cañas en una taquilla, fueron conducidos a una sala y se sentaron en una silla plegable.

Nobuyo apareció sin dilación.

—He oído que va a nevar esta noche —dijo a modo de saludo, y se sentó al otro lado de la

ventanilla de seguridad, quedando justo en medio de Osamu y Shota.

El agujero circular abierto para que se filtrara la voz se superpuso al rostro de Nobuyo, por lo que Shota no podía ver bien su expresión. Pero eso le alivió un poco.

—Me han dicho que me caerán unos cinco años —anunció Nobuyo alegremente.

—Jo, cuánto lo siento... Asumes incluso lo que me hubiera correspondido a mí.

A pesar de que Nobuyo y Osamu habían acordado eso, él se lamentaba profundamente de haberle endosado toda la responsabilidad a ella sola.

—A ti, como tienes antecedentes, te hubieran caído más de cinco años.

—Pero tú...

—No importa. Me lo pasé tan bien que esto no es nada.

Sus palabras parecían sinceras.

—Siento... que me pillaran... —Shota bajó la vista abatido.

—No es culpa tuya, Shota. —Nobuyo se inclinó hacia delante y acercó el rostro hacia él.

—Es cierto. Las cosas no siempre salen bien. —Osamu animó a Shota con unas palmaditas en el hombro.

Por lo visto, Nobuyo y Osamu no sabían que el muchacho había robado para proteger a Lin. Shota pensó que era preferible así.

—¿Qué tal tu vida en el centro de acogida?... ¿Vas a la escuela todos los días, como es tu obligación? —Nobuyo sonrió a Shota y a él le pareció afectuosa.

—Sí. Fui el octavo de la clase en el examen de japonés.

—¡Alucinante! —Nobuyo exageró su sorpresa a propósito.

—Eres inteligente, ¿a que sí, Shota? —Osamu parecía feliz como si lo hubieran elogiado a él mismo.

—¿Te has cortado el pelo? Déjame que te vea. —Nobuyo hizo el gesto de quitarle la gorra.

Ese día Shota llevaba una gorra con una letra. Se trataba de un regalo del agente de policía Maezono.

—Vamos, muchacho. —Osamu le clavó un dedo en el hombro para apremiarlo.

Shota se quitó la gorra. A diferencia de antes, parecía que se lavaba el pelo todos los días, y el flequillo suelto y liso osciló en su frente.

—¿Lo ves? Está más moderno con este corte —lo alabó Osamu, con la misma palabra que no paraba de repetir desde que se había reunido con Shota en la estación de tren.

—Shota —Nobuyo adoptó una expresión seria y lo miró fijamente—, te encontramos en el aparcamiento de un salón de *pachinko* en Matsudo. Estabas en un Toyota Vitz rojo con matrícula de Narashino[34].

Shota la escuchaba en silencio.

—Un momento... —Sorprendido, Osamu no supo qué más decir.

—Si tienes ganas, seguro que puedes localizar a tus padres —concluyó Nobuyo.

Osamu visitaba a Nobuyo una vez al mes. En su última visita a finales del año anterior, Nobuyo le comentó que quería ver a Shota. Como evidentemente era imposible ver a Lin ya, bajo la custodia de sus padres, al menos se suponía que sí podría ver al muchacho.

—Está bien. Haré lo que pueda —prometió Osamu, y abandonó la sala de visitas.

Como él tenía la dirección del centro de acogida en el que vivía Shota, buscó la escuela

primaria pública a la que suponía que acudía. Un día Osamu esperó a Shota frente a la puerta de la escuela a la hora de salida con el fin de acordar una fecha para visitar a Nobuyo. Si hubiera solicitado el permiso al centro de acogida por la vía legal, no se lo habrían consentido, por lo que llevó a Shota en secreto a la prisión.

—Así que tú... ¿me pediste que lo trajera para decirle eso? —preguntó en tono severo Osamu, que finalmente comprendió la verdadera intención de Nobuyo.

—Exacto. Date cuenta ya de que no somos lo bastante buenos para él —dijo ella como si regañara a un niño, y luego desvió la mirada hacia Shota.

Shota también miró a Nobuyo. La encontró hermosa. O quizás era algo diferente a la hermosura, pero advirtió en los ojos y los labios una pureza que ella no tenía antes. Vio que los ojos de Nobuyo se llenaban de lágrimas. En el momento justo en que esas lágrimas estaban a punto de derramarse, ella anunció a la oficial que permanecía a su lado:

—Ya he terminado. —Y se levantó.

Shota y Osamu siguieron en silencio con la mirada la espalda de Nobuyo. Delante de la puerta, la mujer se detuvo y se volvió hacia ellos. Shota no pudo escuchar la voz de Nobuyo, pero sus labios parecían moverse para pronunciar «Hasta pronto». Osamu ya no le dijo nada más a ella. Shota fue incapaz de mirar a la cara a Osamu, que seguía a su lado.

Osamu y Shota salieron de la sala de visitas de la prisión y cogieron el tren. No cruzaron ni una palabra en todo el trayecto. Shota iba pensando que «hasta pronto» se diferenciaba sutilmente de «hasta luego». Lo más seguro era que Nobuyo lo hubiera dicho en el sentido de «adiós».

Bajo el cielo de Tokio, que fluía fuera de la ventanilla del tren, estaba empezando a nevar. Shota, que había vacilado sobre si despedirse de Osamu en la estación, decidió acompañarlo hasta el estudio donde vivía porque le preocupaba dejarlo solo, pues llevaban todo el tiempo guardando silencio de un modo extraño. Así, fueron caminando juntos entre de los copos de nieve que caían.

—Es verdad que ha comenzado a nevar. —Shota miró hacia el cielo.

—Sí, tal como ha dicho ella... —Osamu hizo un gesto como si le molestara el tobillo derecho, que se había lesionado el año anterior.

La caña de pescar que sostenía se había quedado fría como el hielo, Shota la pasó de la mano derecha a la izquierda y al revés varias veces durante el camino.

Ambos se detuvieron en una tienda de conveniencia y compraron fideos instantáneos y croquetas.

El estudio de Osamu se hallaba en un edificio de dos pisos que albergaba ocho estudios, tres de los cuales estaban vacíos. La escalera metálica del exterior estaba oxidada y la barandilla, torcida.

—Ten cuidado de no tocarla porque está rota —le advirtió Osamu, que subía delante volviéndose hacia Shota.

La cocina entarimada estaba equipada con sólo un pequeño fregadero y un hornillo de gas, y la habitación con seis tatamis, de unos diez metros cuadrados, ofrecía el mismo aspecto desnudo y desangelado, sin siquiera una mesa.

Osamu hirvió agua y la vertió en dos vasos de fideos instantáneos. A continuación, los dos colocaron las croquetas sobre la tapa de sus respectivos vasos y esperaron tres minutos.

—¡Ping! —Imitaron al unísono el pitido del microondas y empezaron a comer.

—Qué rico comer así —comentó Osamu.

—¿Verdad?

—¿Quién te ha enseñado esto?

En lugar de responder, Shota lo miró.

—Vaya, ¿no habré sido yo?

—Sí...

Entonces, Osamu se rio en voz alta.

—¿Vives aquí solo? —preguntó Shota mientras recorría con la mirada aquella estancia tan distinta de la casa de Arakawa, que estaba atestada de cosas.

—Sí. Es estrecha, pero la bañera es nueva —aclaró Osamu con orgullo.

—Ah, ¿sí?

—¿Quieres darte un baño luego?

—No lo sé.

—Venga, hombre. No tengas reparos.

Shota notó que Osamu estaba comportándose con una alegría forzada. Las palabras que Nobuyo había dicho: «Hasta pronto», aún resonaban en la mente del muchacho. Y este pensó que seguramente le sucedía lo mismo a Osamu.

—Me pregunto si podría pasar la noche aquí.

—¿No te reñirán? —preguntó Osamu conteniendo todo lo posible la alegría que le invadía ante la propuesta de Shota.

—Me van a echar la bronca igual si regreso ahora.

—Tienes razón.

Los dos sorbieron los fideos haciendo mucho ruido deliberadamente.

Continuó nevando hasta altas horas de la noche.

Cuando Osamu salió a la puerta de entrada para fumar un cigarrillo, todo estaba cubierto de un manto blanco tan grueso que no parecía un rincón de Tokio.

—¡Shota, ven un momento! —gritó Osamu mientras echaba el humo hacia el cielo.

Shota, que se disponía a extender el futón, se acercó a la entrada y, en cuanto abrió la puerta, exclamó:

—¡Oh! Qué guay.

—¿Verdad? —convino Osamu.

Shota se precipitó por la escalera, atravesó por un lado el aparcamiento de bicicletas y, cuando hubo llegado al patio del centro de estudios, se volvió hacia Osamu.

—¡Hagamos un muñeco de nieve! —Antes de terminar de decirlo, se agachó y se puso a amasar una pequeña bola.

Osamu, tan pronto como apagó el cigarrillo estrujándolo en una lata de salmón vacía que usaba de cenicero, bajó la escalera con las sandalias puestas.

Un silencio absoluto reinaba en el ambiente. En la lejanía se oyó la sirena de una ambulancia. De las ramas del árbol de una casa situada al otro lado de la calle, un montón de nieve cayó con un ruido sordo. Nadie pasaba por ahí.

Shota sólo escuchaba el crujido de la nieve al pisarla ellos y el de las bolas que se agrandaban poco a poco. Tuvo la sensación de que eran los únicos seres en el mundo. Ante

aquella idea, pensó que sería fantástico que pudieran estar juntos a solas para siempre.

Shota se acostó de espaldas junto a Osamu en el mismo futón.

Osamu había tendido en la cocina una cuerda de la colada para colgar la ropa mojada del muchacho y había colocado una estufa eléctrica debajo. Sólo las barras incandescentes de color anaranjado de la estufa iluminaban la habitación a oscuras.

Transcurridos unos treinta minutos desde que se habían acostado, los pies de Shota por fin comenzaron a calentarse. Sentía el calor de Osamu en la espalda.

«¿Te has dormido ya?». En el momento justo en que Shota iba a pronunciarlo, Osamu le hizo la misma pregunta.

—Todavía no —respondió Shota.

—Mañana tienes que irte, ¿verdad? —se aseguró Osamu.

—Lo sé...

En el caso de que tardara más en regresar al centro de acogida, era obvio que tendría un gran problema. Sin duda le resultaría aún más perjudicial a Osamu que al propio Shota.

—Esto... —Lo asaltó de nuevo la curiosidad que lo había perseguido durante todo este tiempo.

—Dime.

—¿Intentabais huir... sin mí? —Notó que la espalda de Osamu se ponía tensa.

—Sí... Pero nos pillaron antes.

—Vaya...

En circunstancias normales, Osamu hubiera mentido diciendo: «¿Cómo íbamos a hacerlo? Estábamos a punto de ir a buscarte». Pero, al igual que Shota, Osamu no podía dejar de recordar la última sonrisa de Nobuyo que habían visto a través del cristal.

—Lo siento...

—Sí.

—Perdóname. —Osamu se disculpó una vez más.

Shota se quedó callado.

—Tu padre... vuelve a ser un tío cualquiera a partir de ahora —dijo entonces Osamu, como si forzara a las palabras a salirle de muy adentro.

No eran unas palabras meditadas, sino que le habían surgido espontáneamente mientras hacía el muñeco de nieve con el muchacho. El muchacho aún no lo había llamado «papá» ni una sola vez, por lo que esa declaración le podría parecer absurda, pero aun así Osamu aguardó su respuesta.

—Vale —dijo Shota sin girarse hacia él.

Luego dejaron de hablar.

Pronto Shota comenzó a respirar apaciblemente, sumido en el sueño. Mientras escuchaba ese sonido sutil, Osamu se mantuvo en vela hasta al amanecer. No podía desperdiciar ni un solo minuto de estar juntos quedándose dormido.

La ropa de Shota que había tendido ya estaba seca. Osamu la descolgó de la cuerda, la dobló y la colocó en la cabecera del muchacho, que dormía profundamente. Luego se volvió a acostar.

Habían ido a la playa juntos. También habían visto los fuegos artificiales juntos; más exactamente, los habían oído. Habían hecho un muñeco de nieve juntos. Ya era suficiente. Si

deseaba algo más, le caería un castigo. De esa forma trató de convencerse a sí mismo.

Al amanecer, la nieve se convirtió en lluvia.

«Vaya, pero si se nos va a derretir el muñeco de nieve», pensó Osamu.

Se levantaron antes del mediodía y caminaron hasta la parada de autobús. Seguían sin hablar.

De pie uno al lado de otro en la parada, esperaron a que llegara un autobús. Resonaba el chasquido metálico de las cadenas para la nieve de los vehículos que se acercaban y pasaban por delante de ellos.

—Discúlpate al llegar, ¿de acuerdo? —aconsejó Osamu, sin poder soportar más el silencio.

—Sí —asintió Shota con la mirada fija al frente.

—Di que yo te retuve a la fuerza, ¿vale?

—Claro.

Se vio un autobús a lo lejos. Osamu quiso decirle algo a Shota, como lo había hecho Nobuyo el día anterior. Sintió el deber de hacerlo.

—Lo siento..., pero yo, este tipo... ya... —Al referirse a sí mismo como tipo por primera vez, se le quedó la mente en blanco y la siguiente palabra se le atascó en la garganta.

Cuando Osamu por fin se dispuso a terminar la frase —«... ya no te verá más»—, Shota confesó:

—Me dejé pillar aposta.

—¿Cómo?

—Fui yo quien se dejó pillar aposta —repitió Shota.

Osamu captó de inmediato que era una muestra de amable sutileza por parte de Shota para hacerle entender que no era Osamu, sino él mismo quien había puesto el punto final a la familia. El muchacho que Osamu tenía delante quería decirle: «No es culpa tuya».

Resonó el claxon del autobús que se acercaba.

«Ha llegado el momento de la despedida». Osamu le dio unas palmadas en el hombro a Shota y dijo:

—Entendido.

A Osamu le pareció que el muchacho que tenía a su lado era mucho más maduro que él. Eso le hizo sentirse triste y satisfecho a la vez.

El autobús volvió a hacer sonar el claxon y se detuvo delante de ellos. En silencio, Shota se subió.

—Shota —lo llamó Osamu en voz baja, y agitó la mano.

Shota parecía no haberlo oído. Caminó por el interior del vehículo y se sentó en uno de los últimos asientos. El autobús reemprendió la marcha.

—¡Shota! —lo llamó Osamu una vez más.

Cuando quiso darse cuenta, estaba corriendo frenéticamente detrás del autobús. El muchacho no lo vio.

Shota llevaba la gorra calada hasta los ojos y no trató de volverse atrás por puro empeño. Pensó que, si se volvía hacia Osamu y agitaba la mano, al hombre la separación le resultaría aún más dolorosa. Las señales de que Osamu perseguía el autobús desaparecieron por completo cuando el vehículo hubo pasado el tercer semáforo. Shota esperó hasta ese punto y finalmente se volvió a mirar por la ventanilla. Los arbustos plantados a lo largo de la calle asfaltada en los que

aún había restos de nieve se iban quedando cada vez más atrás.

—Papá... —murmuró Shota por primera vez.

Osamu, que había estado persiguiendo el autobús como un loco, se detuvo y miró al cielo conteniendo las lágrimas. Al final prorrumpió en llanto como un niño. Él, que lloraba desconsoladamente tras comprender la magnitud de lo que había perdido, ya no tenía ningún lugar adonde ir. Nadie lo estaba esperando.

En la galería exterior del bloque de apartamentos, Juri estaba jugando sola.

De nuevo tenía un hematoma en el dorso de la mano. Dejando a un lado el frasco de su *tesoro* lleno de las caracolas marinas, recogía una a una las canicas esparcidas a sus pies.

—Uno, dos, pescado, seta...

En el tejado azul de una fábrica que se atisbaba más allá de una valla alambrada, aún quedaba nieve de la noche anterior brillando al sol.

—Gorilita, verduritas y hierbas, el tofu podrido.

Juri contó hasta diez, tal como había aprendido de Nobuyo. Pero aún quedaban rodando por el suelo cuatro canicas y ya no sabía contar más a partir de once.

—¿Por qué no le pregunté cómo continuar? —murmuró arrepentida.

Sin más remedio, volvió a contar desde el principio:

—Uno, dos, pescado y seta. —Y guardó las catorce canicas en el frasco.

En ese momento, tuvo la sensación de que alguien la llamaba. Se subió a una caja de cerveza que había en la galería y sacó medio cuerpo fuera de la barandilla. Se estiró mucho para poder ver lo más lejos posible.

Sintió frío en las yemas de los dedos con los que se agarraba a la barandilla. Vio que había un pequeño muñeco de nieve a un lado del contenedor de basura. Le pareció oír los pasos de alguien que se acercaba corriendo y se inclinó aún más hacia delante.

Captó algo en la dirección de su mirada, concentró la fuerza en las manos que agarraban la barandilla y respiró hondo.

Una voz inaudible resonó en el cielo nublado de invierno.

«Llámame».

«Llámame en voz alta».

**FIN**

# NOTAS

[1] Una preparación fermentada de origen coreano, que se elabora a partir de varias verduras sazonadas con diversas especias. (Todas las notas al texto son de la traductora).

[2] Uno de los *nabemono*, plato que contiene una considerable variedad de ingredientes cocidos que en general se toma en Japón durante las temporadas frías. Actualmente la cazuela se mantiene caliente en la mesa mediante hornillos portátiles y los comensales, tanto familia como amigos, se sirven los ingredientes y cantidad que deseen.

[3] Las croquetas de puré de patata y carne picada típicas de Japón tienen forma de medallón y son más grandes que las croquetas españolas.

[4] Considerada una de las mayores burbujas especulativas de la historia económica moderna de Japón, que transcurrió desde finales de 1986 hasta principios de 1991.

[5] Un armario empotrado con dos puertas correderas de la casa tradicional japonesa constituye un hueco profundo con una separación por el medio, de modo que un niño puede entrar y caber cómodamente.

[6] Popular refresco gaseoso en botella de vidrio de cuello estrecho y que contiene una canica.

[7] Pasarela de madera que discurre a lo largo de la fachada de una casa tradicional japonesa.

[8] El nombre japonés del termo o la tetera eléctrica.

[9] «Ashita ga aru sa» es una canción japonesa interpretada por el popular cantante y actor Kyu Sakamoto (también intérprete de la canción mundialmente conocida como «Sukiyaki»), que tuvo un gran éxito en 1963, con más de ocho millones de discos vendidos.

[10] Pequeño altar doméstico con una imagen de Buda y tablas mortuorias de los difuntos de la familia.

[11] Un distrito de la capital de la prefectura de Fukuoka, en la isla de Kyushu.

[12] Se refiere a un agente de bienes inmobiliarios sin escrúpulos que presiona a los pequeños propietarios para que vendan sus parcelas con el fin de acumular terreno urbanizable y venderlo con un gran margen de beneficio.

[13] Consiste en carne de vacuno loncheada muy fina y cocida en una olla junto con verduras, tofu y otros ingredientes, aliñados con salsa de soja, azúcar y *mirin*. Ver también la nota 2.

[14] Fideos japoneses finos, translúcidos y gelatinosos, hechos del ñame *konjac*.

[15] Es un sistema de juegos muy similar al de los *pinballs*, que consiste en que el jugador debe comprar una gran cantidad de bolitas de acero y luego insertarlas en la máquina. En el centro

de la máquina hay una especie de regulador que lanza las bolitas.

[16] Se refiere al *o-fu*, una especie de torta hecha con gluten de trigo.

[17] Escrito en una tira de papel; modo de adivinación que se ofrece a cambio de una pequeña ofrenda monetaria en templos y santuarios.

[18] Buena suerte incierta.

[19] Ligera buena suerte.

[20] Buena suerte.

[21] Postre de cubitos de gelatina de agar-agar, frutas variadas y guisantes negros cocidos, todo recubierto con sirope, a lo que se añade una bola de pasta dulce de judías.

[22] JK es la abreviatura de *joshi kosei* (alumna de bachillerato). Este negocio ofrece diversos servicios íntimos (por ejemplo, masajes) prestados por una estudiante de bachillerato o una joven vestida con uniforme de colegiala.

[23] Traducido como Semana Dorada, un gran puente de festivos en Japón que tiene lugar del 29 de abril al 5 de mayo.

[24] Un pequeño muñeco tradicional japonés hecho con tela blanca y que se cuelga como amuleto bajo el alero los días lluviosos para atraer el buen tiempo.

[25] Flor.

[26] Digna.

[27] Ambos pertenecen a los doscientos catorce radicales del *Diccionario de Kangxi*.

[28] Banderas tradicionales japonesas con forma de carpa que se izan el Día de los Niños (5 de mayo).

[29] Los *love hotels* son hoteles típicos en Japón donde las habitaciones se pagan por horas y que ofrecen discreción a las parejas que desean mantener relaciones sexuales.

[30] La Tokyo Skytree es una torre de radiodifusión, restaurante y mirador construida en el distrito de Sumida, en Tokio, que mide seiscientos treinta y cuatro metros. Terminó de construirse en 2012.

[31] En este caso, el gesto alude en Japón a un enamorado.

[32] Son números de emergencia en Japón. El 110 conecta con la policía japonesa y el 119, con los bomberos y el servicio médico de emergencias.

[33] Normalmente, los tatamis miden 182 × 91 cm.

[34] Matsudo y Narashino son ciudades de la prefectura de Chiba, próxima a Tokio.